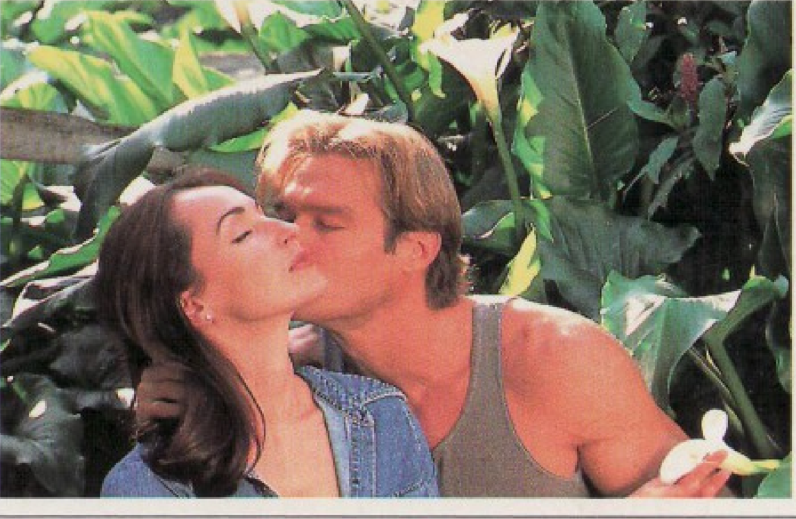


BIANCA®

NOVELAS INOLVIDABLES



565 ptas. - Argentina: $4,20 - México: $15.00

2 apasionantes historias publicadas por BIANCA para vivir la aventura de amar.

Las reglas del juego

Alison Kelly

Las reglas del juego (1997)
Título Original: Ryan's rules (1996)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 913
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Ryan Talbot y Kirrily

Argumento:

Desde que Ryan Talbot había asumido el papel de ángel de la guarda en la vida de Kirrily, había intentado que viviera su vida bajo las reglas por él impuestas. La primera era no salir nunca con un hombre que él no aprobara, y la segunda, encontrar un trabajo respetable y vestir con elegancia y discreción.

Kirrily, por su parte, se rebelaba contra sus normas y disfrutaba sorprendiéndolo. Hasta que un día se vio obligada a vivir en su casa y aquella intimidad le hizo abrir los ojos al cautivador atractivo de Ryan…

Prólogo

—¿Tienes un minuto? Al oír a su hermana Ryan, elevó la mirada del proyecto en el que había estado trabajando durante toda la tarde. Cuando vio las dos tazas de humeante café que la chica llevaba, asomó a sus labios una sonrisa.

—Cariño, ¡a cambio de un café puedo dedicarte más de un minuto! —tomó una de las tazas—. Gracias. Este proyecto de Emmerson me está dando más quebraderos de cabeza de los que esperaba.

—Seguro que conseguirás sacarlo adelante, Ryan, siempre lo haces.

—¡Café y lisonjas! Así no sólo vas a conseguir un minuto de atención, sino también mi curiosidad. ¿Qué pasa? ¿Está causándote problemas algún moroso?

—En… no. Todo va estupendamente en el departamento, por esa razón he decidido viajar a Europa, me apetece ver a papá y a mamá.

Fue tal la impresión, que Ryan tuvo dificultades para tragar el sorbo de café que acababa de tomar; cuando lo consiguió, abrió la boca y la cerró un par de veces antes de poder siquiera recuperar la voz. Si Jayne le hubiera anunciado que había aprendido a caminar por el agua no lo habría sorprendido tanto.

—¿Que vas a hacer qué?

—Ya me has oído —le dijo, como si no estuviera segura de ser capaz de repetir sus propias palabras—. Tengo treinta y cuatro años, Ryan; ya es hora de que intente hacerme cargo de mi propia vida —sonrió—. Al menos eso es lo que me dice siempre todo el mundo, y bien, ayer decidí que la gente tenía razón.

Por una parte. Ryan se alegraba de oírselo decir, pero por otra, le preocupaba la decisión que había tomado su hermana. Desde la muerte de Steve, su mejor amigo y el prometido de Jayne, de la que habían pasado ya más de quince años, se había estado preguntando si su hermana sería capaz de dejar alguna vez el pasado tras ella; hasta ese mismo momento, no había habido ningún indicio de que

así pudiera ser, por eso no terminaba de convencerlo que hubiera tomado una decisión tan repentina.

La miró buscando la respuesta en su rostro.

—No me mires como si me hubiera vuelto loca, Ryan.

—¡No lo estoy haciendo! —pero debía de reconocer que aquella posibilidad ya se le había pasado por la cabeza. Intentando sonreír para alejar su sentimiento de culpabilidad, se levantó, rodeó el escritorio y tomó a su hermana de la mano.

—Te has quitado el anillo de compromiso —observó.

—Sí, anoche. Creo que ésa ha sido la parte más difícil. Volar a Europa va a resultarme mucho más sencillo.

Hizo aquella confesión casi en un susurro, pero la fuerza que se ocultaba detrás de sus palabras le produjo a Ryan una curiosa mezcla de alivio y cariño. Rodeó a su hermana con el brazo y la estrechó contra él. Después de tanto tiempo, por fin estaba preparada para liberarse de las sombras tras las que se había refugiado durante aquellos años. El duelo había terminado. Cuando se separaron, ambos estaban sonriendo.

—¿Se lo has dicho a papá y a mamá?

—Sí, los llamé antes de venir a trabajar —rió—. Estaban sorprendidos, emocionados y aliviados… exactamente en ese orden.

—Me lo creo —vaciló antes de añadir—. ¿Y los Cosgrove?

Jack y Claire Cosgrove eran los mejores amigos de sus padres. Y también los padres de Steve.

—También están muy contentos —se le quebró ligeramente la voz—. Claire me dijo que Steven se alegraría de ver que soy capaz de continuar con mi vida.

Ryan asintió e inmediatamente desvió la conversación hacia temas menos tristes.

—Bueno, por lo que me dijo mamá cuando hablé con ella la otra noche, creo que te va a encantar Italia. Entonces, ¿cuándo te vas exactamente?

—El domingo.

—¡El domingo! Pero si hoy es viernes… ¿Cómo vas a conseguir

el pasaporte y el visado y…?

—Tengo todos los papeles en regla. ¿No te acuerdas de que hace un par de años estuve a punto de hacer esto mismo?

Claro que lo recordaba. Kirrily Cosgrove, la hermana pequeña de Steven, había estado a punto de convencerla para que pasara unas vacaciones con ella, pero en el último minuto Jayne se había echado para atrás, sin decirle a nadie qué motivo había tenido para cambiar de opinión.

—De acuerdo, entonces llamaré a la señora Phillips para que pueda venir a sustituirte.

—La señora Phillips no está disponible, pero ya está todo arreglado —le aseguró Jayne—. Ya he hablando con Kirrily para que me sustituya.

—No, ¡no puedes haberme hecho eso! Jayne, por favor, dime que no le has pedido a Kirrily que venga.

—Ya está todo arreglado. Llegará esta noche.

—¡Pues desarréglalo si no quieres que termine con un ataque de nervios!

—Oh, déjalo ya Ryan —lo regañó—. Es una solución perfecta. Kirrily ahora no tiene trabajo.

—¡Pero es una actriz, no una contable!

—Yo tampoco soy contable. Además Kirrily estuvo dos años en la universidad haciendo…

—Estuvo dos años porque suspendió el primero. Y lo que es peor, sólo es una niña.

Jayne soltó una carcajada.

—Si todavía la ves como a una niña es evidente que te perdiste el episodio de *Hot Heaven* en el que salía prácticamente desnuda y…

—Ahórrame los detalles del serial —repuso Ryan secamente: su cuerpo ya estaba reaccionando al recordar aquella escena que, desgraciadamente, no se había perdido.

—Pero Ryan, ¿qué problema le ves? Sólo van a ser unas semanas.

—Los terremotos apenas duran unos segundos.

—Debería haberme imaginado que ibas a ponerme dificultades.

—Jayne, cariño, no estoy intentando ponerte dificultades, simplemente estoy intentando ser práctico. Además, no creo que haya sido una buena idea llamar a una persona que prácticamente es de la familia.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Pues porque… porque Kirrily es imprevisible. Nunca se sabe lo que va a hacer, y encima odia que le den órdenes, sobre todo que se las dé yo —añadió pesaroso—. Diablos, cuestiona todo lo que le mando. Para colmo, es tan conocida que estoy seguro que se va a tener que pasar el día firmando autógrafos en la oficina. ¿De verdad crees que va a poder sacar adelante el trabajo?

—Mira. Ryan, este viaje es muy importante para mí, pero puedo cancelarlo si…

—¿Qué dices? ¡Ni se te ocurra! —pensar que podía estar proporcionándole a Jayne una excusa para renunciar a sus planes le hizo olvidarse de su intento de preservar la cordura—. Olvídate, te vas a marchar. El domingo te montarás en ese avión y Kirrily estará sentada detrás de tu escritorio el lunes por la mañana —echó un vistazo al documento que tenía encima de la mesa y que tantos quebraderos de cabeza le había dado y suspiró. Comparado con lo que iba a ser vivir y trabajar con Kirrily durante las próximas semanas, todo le parecía infinitamente sencillo.

Capítulo 1

Kirrily observó furtivamente al hombre que la estaba esperando. A pesar de ir vestido con unos vaqueros negros y una cazadora, no parecía menos elegante que los ejecutivos que revoloteaban alrededor de la cinta transportadora por la que iban saliendo las maletas. Ryan Talbot habría destacado en medio de cualquier multitud. Medía más de dos metros y tenía un porte atlético que le hacía imposible pasar desapercibido, al menos ante cualquier mujer que se preciara de serlo.

Desgraciadamente, Kirrily se vio obligada a admitir que no sólo no le había pasado desapercibido, sino que el pulso se le había acelerado de forma frenética al verlo. Deseando recuperar el control sobre su excitado corazón, se detuvo para tomar aire.

Durante el cuadragésimo aniversario de boda de Bob y Palm, celebrado unos meses antes, se había convencido de que había superado por fin el enamoramiento de adolescente que durante tanto tiempo había sufrido por su hijo, pero en ese momento, y con veinticuatro años ya, estaba experimentando todos los síntomas de una recaída. Como si no tuviera ya suficientes problemas.

Suspiró. Después de lo que había dejado en Melbourne estar en Sydney era una bendición, aunque supusiera estar expuesta a los encantos de Ryan.

La mirada impaciente de una señora perfectamente arreglada le recordó que estaba interrumpiendo el paso. Murmuró una disculpa y volvió a caminar hacia Ryan, deseando poder sofocar la oleada de adrenalina que la asaltaba a cada paso. ¡Aquello era injusto! Se suponía que una mujer adulta no debía reaccionar de aquella forma ante un hombre que todavía la consideraba una mocosa.

El hombre en cuestión se fijó en ese momento en ella. Kirrily esbozó una serena sonrisa, decidida a no dejar que Ryan la irritara. Era una adulta, una adulta perfectamente capaz de controlar su lengua y su carácter. Y durante el tiempo que pasara cerca de Ryan, iba a controlar ambas cosas simultáneamente. ¡Aunque tuviera que morir en el intento!

—Buenas, pequeñaja.

Aquel término habría sido ofensivo incluso si Kirrily no hubiera medido cerca de un metro ochenta, pero sus buenas intenciones la obligaban a esperar por lo menos hasta que Ryan le palmeara la cabeza para golpearlo. Afortunadamente, Ryan renunció a aquel gesto. En vez de eso, se inclinó y le dio un beso en la mejilla antes de separarse de ella y recorrerla con la mirada desde las puntas de los pies a la cabeza. A pesar de lo que la irritaba ser sometida al detallado escrutinio de aquel par de ojos azules, se obligó a relajarse… al menos en la medida que le era posible en presencia de Ryan; todavía recordaba demasiado bien aquellos días en los que, estando el uno al lado del otro, sin mirarse si quiera, el ambiente se espesaba de tal forma a su alrededor que casi podría haberse mascado.

La expresión inescrutable de Ryan le hizo desear tener algo ingenioso que decir. De hecho, se habría conformado con cualquier nadería con tal de poder asegurarse de que era capaz de pensar en algo más que en el maravilloso aspecto del hombre que estaba frente a ella. ¿Maravilloso?, se preguntó con ironía. Aquel tipo era el nombre más sexy que había visto en su vida.

—¿Qué tal el viaje?

Era tal el caos que las hormonas habían provocado en su cerebro, que Kirrily tardó algunos segundos en registrar la pregunta.
—Ha sido horroroso. En cuanto hemos salido de Melbourne nos hemos encontrado con una tormenta que nos ha acompañado durante casi todo el viaje.

—No sabía que te gustaba el béisbol.

La confusión que se reflejó en el rostro de Kirrily se debió tanto a lo inesperado de la pregunta como al efecto de la deslumbrante sonrisa de Ryan.

—Lo digo por la gorra que llevas, jovencita —le explicó Ryan, acercándose peligrosamente a ella y palmeándole la cabeza—. De todas formas, la llevas puesta al revés. Ahora, dime cuáles son tus maletas y vámonos de aquí.

—No es que la «lleve puesta al revés», es que me la he puesto así intencionadamente. Y, para tu información, no es de ningún equipo de béisbol, sino de uno de baloncesto.

Ryan arqueó una ceja con expresión de sorpresa.

—¿Estás hablando de tu maleta?

—No, de mi gorra —estalló. Se la quitó y se la mostró para que pudiera ver la insignia de los Sidney Kings.

—Me alegro de que vivir en Melbourne no haya hecho tambalear tu lealtad hacia la ciudad que te vio nacer. Ahora, procura contener ese mal genio que se te adivina en la mirada y dime cuáles son tus maletas.

Al ver una de ellas, Kirrily alargó la mano para agarrarla, pero no lo consiguió porque en ese momento otro de los viajeros tropezó con ella. Sólo la mano firme de Ryan la salvó de terminar estrellándose contra la cinta transportadora.

—Kirrily, te he dicho que me señales tus maletas, no que te lances a por ellas.

La diversión que se adivinaba en su tono no contribuía en absoluto a disminuir la irritación y el embarazo de Kirrily. Mientras esperaba a que volvieran a pasar sus maletas, mantenía la mirada fija en la cinta; no se atrevía a levantarla hacia Ryan.

—La próxima vez que las veas —le advirtió Ryan con voz tersa —, limítate a señalármelas. Quiero que salgamos de aquí antes de que alguien te reconozca y todos tus admiradores terminen abalanzándose sobre ti en busca de un autógrafo.

—Ryan, estamos en Sidney, no en Hollywood. Te aseguro que no voy a causar ningún revuelo. Además, estoy segura de que en el caso de que alguien se me acercara, me protegerías hasta con tu último aliento, lo quisiera yo o no.

—No estés tan segura —repuso Ryan secamente—. Ahora, deja de comportarte como una niña malcriada y dime cuáles son tus maletas…

—¡Ésa y ésa! —exclamó, molesta al ver que Ryan no tenía ninguna dificultad para atraparlas—. Y no soy yo la culpable de no estar a la altura de tus expectativas.

Ryan frunció el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que si dejaras de tratarme como a una niña caprichosa, yo podría comportarme como una persona adulta.

—Bueno, al menos eso es algo en lo que estamos de acuerdo.

—¡Aleluya! ¡Estamos de acuerdo en que soy una persona adulta!

—No. En lo que estamos de acuerdo es en que eres una caprichosa.

Kirrily giró sobre sus talones y corrió hacia la salida. Al ver su expresión. Ryan se dijo que si se había llevado su proverbial sentido del humor con ella, debía de tenerlo en el fondo de alguna de las maletas. ¡Aquello era grandioso! Lo último que necesitaba era soportar a Kirrily enfadada.

Si existieran los viajes en el tiempo, Ryan habría hecho una reserva para el día en el que Kirrily había empezado a convertirse en una mujer despampanante y se habría detenido allí. Pero, por supuesto, no existía nada parecido a los viajes a través del tiempo y, además, no era capaz de precisar el día en el que había empezado a operarse aquella extraordinaria transformación. Sospechaba que aquella evolución se había dado de forma gradual, y que la irritación que le producía sentirse físicamente atraído hacia ella, era la que le llevaba a pensar que el cambio había tenido lugar de un día para otro. ¡De un minuto para otro, casi! Recordaba con la misma nitidez el día que Kirrily había cumplido dieciséis años y la regañina que le había propinado por echar licor al ponche el día de la fiesta de aniversario de sus padres, en el que había terminado desnudándola mentalmente… Aunque la verdad era que el modelito que llevaba Kirrily aquella noche tampoco dejaba demasiado a la imaginación.

Durante el camino hacia el coche, Kirrily continuó en silencio. Ryan se sentía como un auténtico miserable, pero no por haberla enfadado de aquella manera, sino porque en el fondo había agradecido la oportunidad de poder mirarla sin tener que escucharla. Era tan canalla que hasta se había mantenido a unos pasos detrás de ella para poder observar su maravilloso trasero… Pero había terminado sintiéndose asquerosamente culpable.

Kirrily era la hermana de su mejor amigo, y sabía perfectamente que cuando éste le había pedido antes de morir que vigilara de cerca a su hermana, no se refería a aquello. ¡Diablos! Si Steven hubiera vivido lo suficiente para ser testigo de la forma en la que la estaba mirando, le habría dado tal puñetazo que lo habría dejado

sin dientes. Y habría sido un puñetazo justo, razonó. Él tampoco toleraría que nadie mirara de aquella forma a Jayne.

Debía hacer lo imposible para controlarse, se dijo a sí mismo. Al fin y al cabo, Kirrily ni siquiera era su tipo. A él le gustaban las mujeres rubias, de formas bien redondeadas… un tipo de belleza más clásico… Y no una jovencita morena, con aspecto infantil, sonrisa traviesa y una gorra de baloncesto en la cabeza… por muy largas que fueran sus piernas.

Aun así, el cambio que habían experimentado sus sentimientos hacia ella era preocupante; en el pasado, se había dicho que gran parte de la ternura que Kirrily le inspiraba se debía a los lazos que unían a sus respectivas familias y al hecho de que tuviera doce años menos que él. Pero entonces, ¿por qué de pronto había empezado a pensar que la distancia entre los veinticuatro y los treinta y seis años era menor que la que había entre los dieciséis y los veintiocho? ¿No sería que…?

—No me digas que te has dejado las llaves dentro.

El tono impaciente de Kirrily sacó a Ryan de sus pensamientos. Automáticamente, se llevó las manos a los bolsillos.

—No.

—¿Entonces qué haces ahí parado, mirando al coche con el ceño fruncido? —lo urgió—. Me muero de ganas de hablar con Jayne.

—Tendrás todo el tiempo que quieras para hacerlo. No se va hasta el domingo.

—Eso si no cambia de opinión…

—¿Crees que lo hará?

—No sería la primera vez.

Kirrily se obligó a meterse en el coche sin hacer ningún otro comentario, pero tuvo que morderse la lengua para mantener su pretendida indiferencia. La pasión de Ryan por los buenos deportivos no era ningún secreto para nadie y, por lo visto, ya no tenía que conformarse con vehículos de segunda mano: aquel modelo era lo último en la serie XJ de Jaguar y Kirrily sabía que valía millones. Miró a Ryan y comprendió que éste estaba esperando a que, como siempre, le pidiera que le dejara probarlo,

para poder contestarle con su ya tradicional «no». Pero para no pedírselo tuvo que morderse la lengua con más fuerza todavía. Si seguía mucho tiempo al lado de Ryan, iba a acabar con cicatrices permanentes en la lengua.

Consiguió mantenerse en un obstinado silencio hasta que salieron a la carretera. Entonces, se enderezó en su asiento, secretamente satisfecha por el ceño que marcaba la frente del conductor.

—La decisión de Jayne ha sido increíble —le dijo—. No me enteré hasta ayer por la noche.

—Y yo me he enterado hace un par de horas.

—Tienes que estar bromeando. ¿No te comentó nada antes de decidirse?

—No. Se ha presentado en mi despacho esta tarde y me ha dicho que se iba y que tú ibas a venir a sustituirla.

Aquella respuesta la sorprendió; debía ser la primera vez desde hacía años que Jayne tomaba una decisión sin correr a consultar a su hermano.

—¿Has hablado con Jack y con Claire? —le preguntó Ryan sin apartar los ojos de la carretera.

—Sí, ayer por la noche. Los llamé en cuanto terminé de hablar con Jayne —sonrió—. Estaban completamente emocionados.

—Mmm —la miró abiertamente—. ¿Y tú, Kirrily? ¿También estás emocionada?

—¡Por supuesto! ¿Cómo no iba a estarlo? Ya es hora de que Jayne comience a hacer cosas normales. Bueno —se corrigió, conocedora de lo susceptible que era Ryan ante las referencias a los problemas emocionales que había sufrido su hermana en el pasado —, no es que piense que hasta ahora no ha sido una persona normal, pero… bueno, vive un poco recluida, sólo tiene treinta y cuatro años y es una mujer muy atractiva y… —se interrumpió al advertir la mirada cargada de cinismo de Ryan.

—No intentes engañarme, Kirrily. Los dos sabemos que decir que ha vivido un poco recluida es un eufemismo.

—Bueno, admito que ha sido un poco rutinaria…

—Deja de dar rodeos. Jayne se ha pasado los últimos quince años viviendo en el pasado, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Y ahora nos aparece con esto —golpeó el volante—. ¡Puf! Hace seis semanas, estaba conmemorando la muerte de Steve con su peregrinación anual a Kiama y hoy me anuncia que se va a Europa —sacudió la cabeza—. Créeme, por mucho que me apetezca relajarme y pensar que es bueno para ella haber conseguido romper de una vez por todas con la rutina, la verdad es que no puedo. Y a ti todo esto te resulta tan incómodo como a mí —continuó con evidente enfado—, así que no sigas diciéndome lo que crees que yo quiero oír.

—No lo estoy haciendo. La verdad es que me encanta que Jayne haya decidido tomar las riendas de su vida. Llevamos años rezando para que salga de su rutina y ahora que por fin lo ha hecho debemos… —al ver la mirada de incredulidad de Ryan se interrumpió—. De acuerdo, de acuerdo —suspiró—. Admito que una parte de mí está ligeramente preocupada porque ha sido una decisión muy repentina. Pero hay una cierta diferencia entre decir que vas a hacer una cosa y hacerla realmente. Tú estás preocupado porque crees que Jayne está haciendo las cosas sin pensar, y lo que a mí me preocupa es que empiece a preguntarse si no estará actuando con demasiada precipitación y decida dar marcha atrás.

Al ver el ceño fruncido de Ryan añadió:

—Una persona que ha tomado tan rápidamente una decisión, puede cambiar de opinión a la misma velocidad. Si Jayne siente que tenemos dudas sobre lo que va a hacer, empezará a dudar ella misma. Y la cuestión de fondo es que necesita hacer ese viaje. Las razones que la hayan impulsado a decidirse ahora no deberían representar ningún problema.

Hubo algunos segundos de silencio mientras Ryan pensaba en lo que Kirrily acababa de decirle; después se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios.

—¿Sabes, Kirrily? A veces me sorprendes. Acabas de hacer una observación muy inteligente.

Era una alabanza demasiado condescendiente para que la joven se la tomara con alegría.

—Bueno, ya sabes lo que se dice de los niños…

—En realidad es un refrán referido a la boca de los bebés…

—Lo sé —le dirigió una sonrisa cargada de falsa dulzura—. Pero no soporto que me llamen bebé. Además, estoy intentando que descartes la imagen que tienes de mí, ya he dejado de tomar biberones. Ryan.

—Para empezar podrías ponerte una mordaza —le sugirió—. No cambiaría tu imagen, pero al menos dejaría de preocuparme que vayas a pegarme un mordisco cada vez que malinterpretas uno de mis inocentes argumentos.

—Sabes, Ryan, supongo que esto que voy a decirte no entra dentro de los límites de tu imaginación, pero hay algunos hombres que encontrarían deliciosa la idea de sentir mis dientes en su piel.

Cuando el coche tomó el desvío que conducía hacia aquella casa que había sido para Kirrily como un segundo hogar durante la adolescencia, se apoderó de la joven una oleada de nostalgia. Sin embargo, desde que los padres de Ryan se habían ido a vivir a Victoria, al igual que los suyos, sólo había hecho una media docena de visitas, y nunca había estado en ella más de unas cuantas horas. Pero, al menos durante las siguientes semanas, aquella casa volvería a convertirse en su hogar.

—¿Qué te pasa?

—Nada, sólo estaba pensando que la casa está tal como la recordaba. Cada vez que vengo, espero encontrarme con que has hecho alguna reforma…

—¿Por qué? ¿Le pasa algo malo a la casa?

—No, nada. Es sólo que, siendo tú arquitecto y pudiendo hacer reformas a muy bajo precio, me extraña que no hayas sucumbido a la tentación de hacer algún cambio —sonrió—. Mira, a mí, por ejemplo, me encanta la casita que me he comprado, pero si tuviera dinero, te aseguro que haría unas cuantas obras. Sin embargo, tú tienes dinero y no has hecho nada.

Ryan se volvió hacia ella arqueando una ceja con gesto escéptico.

—Oh, deja de mirarme así. Mi madre no para de decir que has tenido un éxito increíble y que desde que te has hecho cargo de la empresa de tu padre, has cuadriplicado los beneficios.

—Claire exagera.

—Y lo dices sentado al volante del último modelo de Jaguar —respondió Clair secamente.

Ryan sonrió.

—No me había dado cuenta de que lo habías notado.

—¡Estás bromeando! ¿Cómo no voy a fijarme? ¿Qué? ¿Me vas a dejar conducirlo mientras esté aquí?

—Como tú misma has dicho, ¡estás bromeando! Te he visto conducir. Kirrily.

—Pues claro, tú fuiste uno de los que me enseñó.

—No me lo recuerdes. De todas formas, Jayne ha dicho que puedes usar su coche mientras esté fuera.

Aquella referencia a su hermana hizo que Kirrily se volviera hacia la casa.

—¿Sabes, Ryan? Ahora que Jayne ha conseguido dejar a Steven en el pasado, quizá podamos hacerlo todos los demás —miró al que había sido el mejor amigo de su hermano, que a su vez la estaba observando con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá ahora alguien se digne a explicarme todo lo que sucedió la noche que murió.

—Kirrily…

—No —alzó una mano para interrumpirlo—. Sé lo que ocurrió después de su muerte: estoy enterada del embarazo psicológico de Jayne y los problemas que tuvo posteriormente, y hasta sé que no me dejas conducir ninguno de tus coches porque Steven iba en tu coche cuando sufrió el accidente.

Ryan se tensó visiblemente al oír sus palabras y, tras apagar el motor, agarró el picaporte.

—Deja de decir medio verdades sobre cosas que sucedieron cuando eras sólo una niña. Olvídalo ya, Kirrily, ahora que Jayne ya lo ha hecho.

—¿Tú lo has olvidado?

Ryan abrió la puerta del coche: cuando se encendió la luz del interior. Kirrily pudo advertir su irritación.

—No sé qué clase de fantasías ha concebido tu mente, pero procura guardarlas para ti. No quiero que nada le afecte a Jayne.

—¿Esa es la razón por la que compraste esta casa cuando tus padres decidieron que querían venderla y Jayne no estaba dispuesta a marcharse? —Ryan salió del coche y cerró su puerta de un portazo—. Tengo razón, ¿verdad? —insistió la joven en cuanto salió —. Por eso no has querido hacer ningún cambio, porque no quieres hacer nada que pueda afectar a Jayne.

—No sabía que las actrices se dedicaban a hacer psicoanálisis cuando están fuera del plato.

—Ya me conoces —repuso Kirrily, encogiéndose de hombros—. Soy capaz de hacer cualquier cosa. De hecho, ahora estoy a punto de empezar a llevar las cuentas de tu empresa.

Ryan rodeó el coche para abrir el maletero.

—¿Ryan? —le preguntó Kirrily mientras se acercaba a él—. Hay algo que nunca he sido capaz de comprender…

—¿Por qué no lo dejas ya y vas hacia la casa?

—¿Por qué renunciaste a ser socio de una de las firmas más prestigiosas de arquitectos de Sidney para hacerte cargo de la empresa de tu padre? A lo que me refiero es a que siempre has querido ser arquitecto, fuiste el primero de tu promoción y…

—¡Claro que no puedes comprenderlo! —cerró el capó violentamente—. La razón se llama «responsabilidad», «responsabilidad familiar». Nuestros padres y Steven trabajaron muy duramente para levantar esta empresa y no tenía ganas de ver cómo quebraba en manos de unos extraños.

—¿Y no echas de menos la arquitectura?

—En este momento, lo que echo de menos es la paz y la tranquilidad que tenía antes de ir a buscarte al aeropuerto. Ahora, ¿quieres hacer el favor de cerrar la boca y dejarme meter las maletas en casa? Estoy deseando ir a buscar el frasco de aspirinas que tuve que comprarme la última vez que estuviste aquí.

Capítulo 2

El domingo, Kirrily estaba otra vez en el aeropuerto; en aquella ocasión, en la terminal internacional, observando cómo rodaba por la pista el avión de Jayne. Incapaz ya de seguir conteniendo las lágrimas mediante constantes parpadeos, se bajó las gafas de sol. Aquel gesto le llamó la atención a Ryan, que estaba a su lado.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó éste.

—No, a no ser que tú quieras que nos vayamos.

La esperanza de haber conseguido disimular el temblor de su voz se evaporó cuando le quitó las gafas. Inmediatamente soltó un juramento.

—Pobre niña mía, no llores.

Kirrily apartó la cabeza y levantó la barbilla.

—No estoy llorando —contestó, mientras se deslizaban dos enormes lagrimones por sus mejillas—. Y no soy una niña.

—Estupendo. En ese caso, creo que debería advertirte que te estás derritiendo.

Kirrily intentó mostrarse enfadada, pero la comprensión y la delicadeza que bañaban los ojos de Ryan anulaban todos sus esfuerzos.

—Maldita sea —musitó, mientras le subía un sollozo a la garganta—. Yo… no tenía intención de llorar. Soy una estúpida, yo…

Kirrily no estaba segura de a qué se rindió primero, si al libre fluir de las lágrimas o al abrazo de Ryan, pero en cualquier caso fue un alivio poder llorar en sus brazos. Fue como si el calor del cuerpo de Ryan y el contacto de sus manos sobre su cabeza la estuvieran ayudando a liberarse de todas las emociones que había estado conteniendo durante meses. Llorar le hacía sentirse bien, probablemente no serviría de nada, pero le hacía sentirse estupendamente.

—Chsss, cariño —susurró Ryan—. Jayne va a estar estupendamente. Y no es como si se hubiera ido sola, va a tener a la

familia a su lado.

Aunque Kirrily asintió al oír aquellas palabras de consuelo, sabía que su reacción no estaba motivada solamente por la marcha de Jayne. La tensión a la que había estado sometida durante las últimas semanas y la desilusión de haber tenido que dejar de formar parte del reparto de *Hot Heaven*, la habían convertido en una importante candidata a un ataque de llanto.

Consideró la posibilidad de hablarle de la confusión a la que había estado sometida durante los últimos meses, pero se lo pensó mejor. Lo último que pretendía era invitar a Ryan Talbot a una sesión de compasión y protección fraternal. Era preferible que creyera que las lágrimas se debían solamente a la despedida de Jayne.

Tomó aire con la intención de dejar de llorar, pero en vez de ayudarla a regular la respiración, se la agitó todavía más. Al percibir el inconfundible aroma de Ryan, sintió una explosión en su corriente sanguínea. Y, aun sabiendo que era una locura, se estrechó más contra él. Permanecería así sólo unos minutos, después…

Ryan comprendió que tenía un problema en cuanto Kirrily cerró los brazos alrededor de su cintura. Pero cuando la sintió estremecerse y dejarse caer contra él, supo que el problema iba a ser muy serio. Desgraciadamente, su cerebro no había estado a la altura de su intuición.

Posó las manos en las caderas de la joven para separarla suavemente de la parte inferior de su cuerpo. Lo último que quería era ponerla en una situación embarazosa.

—Esto… Kirrily… —dijo vacilante—. ¿Estás bien? —el rostro de la joven continuaba oculto contra su pecho, pero la vio asentir con la cabeza—. ¿Estás segura? —la urgió, esperando ir recuperando el control sobre su propio cuerpo. Intentó separarla tímidamente de él, pero Kirrily tensó los brazos. Ryan suspiró, debatiéndose entre la necesidad de consolar a aquella mujer y la necesidad de salvar la poca dignidad que le quedaba.

¿Consolar a aquella mujer?, se repitió. Kirrily no era ninguna mujer. Bueno, tampoco era exactamente eso.

Podría decirse que sí, que técnica y físicamente era una mujer,

reflexionó, ¡pero también era la hermana de Steve! ¿Entonces por qué demonios le costaba tanto recordarlo? ¿Y por qué después de haber pasado más de veinte años pensando en ella como en una hermana, lo asaltaban constantemente preguntas acerca de lo que sentiría si pudiera hacer el amor con ella?

Estaba enfermo, pensó disgustado. Estaba verdaderamente enfermo.

—Sí, estás un poco pálido.

Ryan gruñó; aquella observación de Kirrily le había hecho darse cuenta de que estaba expresando sus pensamientos en voz alta. Pero al ver a la joven observándolo con el ceño fruncido, no pudo evitar una sonrisa. Incluso con los ojos rojos y los rastros que el llanto había dejado en su cara, Kirrily Claire Cosgrove era una belleza: y le proporcionaba un extraño consuelo saber que no era él el único hombre capaz de volverse loco por una mujer como aquella.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó la joven, mirándolo con sus enormes ojos verdes empañados por el recelo.

—Por nada de lo que me apetezca hablar. ¿Qué te parece que vayamos hacia el bar?

—¿Hacia el bar?

—Tienes aspecto de necesitar una bebida, y a mí desde luego me hace falta.

—Pensaba que te encontrabas mal.

—Es una enfermedad mental, no física —respondió Ryan, la agarró del brazo y la condujo hacia los ascensores.

—Entonces de acuerdo. Por un minuto he pensado que era algo fuera de lo normal.

Ryan sacudió la cabeza con gesto de desilusión.

—Demasiado fácil, Kirrily, esperaba algo mejor de ti.

—Lo siento, había olvidado que contigo mantengo unos niveles excepcionales.

—¡No creo que puedas estar nunca a la altura!

A pesar del codazo que le dio en las costillas, Kirrily sonrió, contenta de ver que volvían a retomar el tono de su antigua

relación. Aquella era la mejor forma de tratar con los nuevos sentimientos que albergaba hacia él. Aunque los minutos que había pasado en sus brazos habían sido maravillosos, saber que la única perspectiva que podía tener aquella relación era estrictamente platónica hería su orgullo femenino. Así que para no sucumbir al masoquismo, decidió curarse la nueva fiebre antes de terminar convirtiéndose en una estúpida.

Cuando llegaron al bar, Ryan la llevó hacia una mesa situada en una esquina.

—Un whisky solo, ¿te parece bien? —le preguntó Ryan.

—Eh… sí, gracias —contestó.

Al verlo asentir y dirigirse sin decir nada hacia la barra, se quedó estupefacta. Durante el aniversario de sus padres, había mostrado abiertamente su desaprobación al verla consumir alcohol, y había dado por sentado que estaba borracha. Había empezado a despedazarla verbalmente sin darle ninguna posibilidad de explicarle que la razón por la que había estado a punto de caerse en la pista de baile había sido que Aidan estaba tan bebido que ni siquiera era capaz de bailar con ella.

Suspiró. Durante su adolescencia, habían sido muchas las veces que Ryan la había juzgado de la peor de las maneras posibles. De pronto, advirtió irritada que no había dejado de mirarlo desde que la había dejado en la mesa y se obligó a observar el lugar en el que se encontraban.

La cafetería no estaba excesivamente llena. Una de las mesas estaba ocupada por un grupo de asistentes de vuelo; otra por una familia que evidentemente estaba esperando la salida de su avión, y, al final de todo, había dos parejas que charlaban animadamente.

La sorprendió darse cuenta de que aquélla era la primera vez que ella y Ryan estaban juntos como dos adultos, sin la compañía de sus padres o de Jayne. Desde que había cumplido dieciocho años, sólo se habían visto durante las fiestas familiares.

La amistad entre los Cosgrove y los Talbot se remontaba a la infancia de los padres de Kirrily y Ryan: habían crecido juntos, se habían casado ambos con chicas de su misma ciudad y habían seguido viviendo a sólo unos cuantos metros después de casados. Al cabo de los años, había sido más su amistad que una perspectiva

económica la que había impulsado al padre de Kirrily a invertir dinero en el negocio de Jack Cosgrove cuando los bancos se habían negado a concederle un crédito; así, su relación personal se había extendido también al ámbito profesional.

Ryan se sentó frente a ella, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

—Aquí tienes —le dijo, dejó en la mesa el zumo de naranja que él se iba a tomar y le puso su bebida en la mano—. Un whisky solo, sin hielo, sin agua y —sonrió—, te lo prometo, sin regañinas.

—No me digas que puedes leerme el pensamiento.

—Dios, espero que no —parecía horrorizado—. Ya me da suficientes dolores de cabeza saber lo que haces, para tener que preocuparme encima por lo que piensas.

—Esos dolores de cabeza te los buscas tú mismo. Nadie te ha pedido que te metas en mi vida.

—Me lo pidió tu hermano.

La aparente frialdad de su respuesta no ocultó la emoción que se reflejaba en sus ojos y Kirrily tuvo que desviar la mirada al evocar involuntariamente la imagen de Ryan entrando en la habitación de Steven después del funeral y descubriendo a una sollozante niña de nueve años con el corazón destrozado. Se había sentado a su lado en el suelo y había empezado a contarle con voz dulce que él también echaba de menos a Steven, que él quería a su hermano tanto como ella y que quizá lo mejor fuera que compartieran su tristeza. Le había explicado después que pensara en él como en un hermano, pues Steven le había pedido que cuidara de ella.

—¿Y también tienes que cuidar de Jayne? —le había preguntado ella.

—Sí, también de Jayne. Los dos vamos a tener que cuidar mucho a Jayne.

Kirrily miró su bebida y suspiró. Era extraño que la decisión de Jayne de enfrentarse a su futuro les hubiera llevado a ellos a enfrentarse con el pasado. Después de tantos años, era la primera vez que Ryan hacía referencia a la petición de su hermano.

Mientras la observaba, Ryan se dijo que había cambiado de

opinión. En ese momento, habría dado cualquier cosa por poder leer los pensamientos de Kirrily.

Las arrugas que se marcaban en su frente lo molestaban hasta el punto de desear acariciárselas para hacerlas desaparecer. En el pasado, se había esforzado en evitar mencionar a Steven delante de Kirrily: no quería volver a enfrentarse al sufrimiento que había visto en su rostro el día del funeral, cuando la había encontrado llorando, abrazada a su camiseta de fútbol. Era una cruel ironía que justo en el momento en el que Jayne había dado el paso final para abandonar los fantasmas del pasado, él hubiera hablado de Steven sin ningún cuidado delante de la ya suficientemente destrozada Kirrily.

Estaba pensando en ello cuando lo distrajo la voz de Kirrily.

—¿Qué? —le preguntó, esforzándose por reconducir sus pensamientos—. Lo siento, no he oído lo que has dicho.

—Ya lo sé —Kirrily sonrió y alzó su vaso—. Te he sugerido que hagamos un brindis por Jayne. Creo que sería lo más apropiado, ¿no te parece?

—Desde luego. Por Jayne, para que éste sea el comienzo de una vida muy feliz.

Kirrily unió su vaso al de Ryan.

—Y para que yo sea capaz de recordar todo lo que me ha explicado sobre la contabilidad de Talbot —y añadió alegremente —: Estoy segura de que estás dispuesto a brindar por ello.

—Kirrily, no sólo estoy dispuesto a brindar, estoy decidido a rezar por ello.

Al verla dar un sorbo al whisky y humedecerse a continuación los labios, se le encogió el estómago. Desesperado por aplacar el fuego que se encendía en su interior, se tomó el zumo de un solo trago.

—¿Sabes, Ryan…?

Aquella sonrisa no podía ser deliberadamente sensual. Y tampoco aquel gesto con el que se había colocado un mechón detrás de la oreja, dejando expuesta la suave piel de su cuello.

—Es posible que te sorprenda —continuó diciendo—, pero el

saber que esperas que cometa serios errores, me va a evitar sentirme culpable cuando lo haga.

Ryan emitió un sonido similar a un gemido. Kirrily no podría sentirse culpable porque él tenía el monopolio sobre aquel sentimiento.

Al volver del aeropuerto, Ryan dejó a Kirrily en casa y se dirigió a su oficina para poner al corriente el trabajo. Cuando Kirrily se fue a la cama, todavía no había regresado y, al día siguiente, cuando la joven entró a la cocina, ya duchada y vestida, a las siete y diez de la mañana, ya se había marchado.

Y era preferible, se dijo Kirrily, mientras conectaba la cafetera, porque ni en sus mejores días se levantaba de buen humor y tras una noche en la que apenas había conciliado el sueño, no tenía muchas ganas de enfrentarse al siempre intachable Ryan Talbot. Desgraciadamente, tuvo una prueba de su lamentable existencia en una nota pegada con un imán al refrigerador.

Espero verte a las nueve en punto, ¡ni un minuto más tarde! Intenta no vestirte de una forma excesivamente llamativa. ¡Y nada de gorras! Si el coche de Jayne necesita gasolina, tienes una gasolinera en el cruce.

Posdata: ya he dado de comer a Major. Pero no te olvides de activar la alarma.

Kirrily rompió la nota y cruzó nerviosa la cocina. El gato persa que dormitaba en el alféizar de la ventana, acostumbrado a los tranquilos movimientos de Jayne, saltó asustado.

—Arrogante, estúpido, condescendiente…

Incapaz de satisfacer su furia precafeínica con un vocabulario civilizado recurrió a todo tipo de obscenidades para calmar su frustración. ¡Ryan parecía disfrutar tratándola como si fuera una imbécil!

—¡Nada de gorras! —repitió indignada.

Ya era suficientemente malo que la considerara una descerebrada para que tuviera la audacia de cuestionar también su gusto al vestir. Precisamente Ryan, al que casi había tenido que sedar su madre para que se pusiera una americana el día que había acompañado a Kirrily a su primer baile… un hombre que ni siquiera sabía para qué servía una corbata.

Kirrily no terminaba de entender por qué durante toda su vida Ryan había tenido que dedicarse a darle consejos, a vetar a sus novios, a vigilarla como si fuera su ángel de la guardia… ¿Para qué tenía a sus padres entonces? Recordó entonces una secuencia que se había repetido a lo largo de su vida en innumerables ocasiones y que le hizo maldecirlo en voz alta; cada vez que tomaba una decisión, su padre o su madre se veían en la obligación de preguntar qué pensaba Ryan sobre ello.

La última vez había sido dos meses atrás, cuando les había explicado que iba a participar gratuitamente en un anuncio de preservativos. Kirrily, por supuesto, no había hablado de ello con Ryan, pero eso no le había evitado tener que escuchar su opinión. De hecho, todavía temblaba cuando recordaba la llamada que le había hecho Ryan en cuanto había salido el anuncio en televisión.

—Kirrily, ¿no tienes suficiente con lo que has ganado en ese serial para que tengas ahora que difundir tus hábitos nocturnos por televisión?

—No me han pagado nada por hacerlo, es una campaña informativa, —se había apresurado a explicarle—, aunque la compañía me ha enviado cien muestras gratuitas.

Pero a Ryan no le había hecho ninguna gracia aquella respuesta. Kirrily habría dado cualquier cosa por ver le cara que había puesto al recibir los cincuenta preservativos que le había enviado. En el paquete, había incluido una nota diciéndole que como dudaba que fuera capaz de emplearlos todos, había decidido compartir sus beneficios con él. Imaginarse la reacción de Ryan fue tan divertido que se olvidó casi por completo de su enfado.

Intentando ser objetiva, se miró en el espejo. Llevaba una falda negra que le llegaba hasta los tobillos y unas botas; si bien no era el último grito del invierno, estaba segura de que ni la persona más conservadora lo consideraría un atuendo llamativo. Y en cuanto al polo que se había puesto en la parte de arriba… Bueno, tenía que admitir que su color rojo era algo chillón, pero pensaba ponerse una chaqueta negra encima.

—Déjalo ya. Kirrily —se ordenó en voz alta. Sabía que estaba más que aceptable para acudir a una oficina, pero el temor a los juicios siempre negativos de Ryan, le hacía sentirse insegura. ¡Y lo

odiaba por tener tanta influencia sobre ella!

El deseo de retarlo estuvo a punto de llevarla de nuevo a su dormitorio para ponerse a buscar el vestido más corto e indiscreto de los que había llevado. Pero habría sido una respuesta demasiado obvia, se dijo mientras se preparaba el desayuno, además de muy infantil. En cualquier caso, se prometió, cuando menos se lo esperara, le demostraría a Ryan hasta dónde era capaz de llegar.

—Kirrily, éste es Ron Flemming. Es nuestro vendedor y representante más antiguo y el segundo hombre a cargo de la empresa. Ron, esta es Kirrily Cosgrove, la hija de Jack: se va a encargar de sustituir a Jayne mientras esté fuera.

Después de la presentación del último de los treinta empleados de Talbot Building Supplies. Kirrily sonrió y le estrechó la mano.

—Mi mujer y mis hijos no se lo van a creer cuando les diga que la estrella de *Hot Heaven* está trabajando conmigo —le dijo Ron con una sonrisa amistosa y un ligero rubor en el rostro.

—Gracias por el cumplido —respondió la joven—, pero no creo que pueda decirse que yo era la estrella de la serie.

—En lo que a mí respecta, sí —la contradijo Ron—, sobre todo después del capítulo en el que aparecía con… bueno, no recuerdo su nombre, en la bañera.

Kirrily entornó los ojos al ver la sonrisa inconfundiblemente lasciva.

—Espero no tener que vivir siempre con eso. La gente todavía me pregunta que si estaba completamente desnuda o llevaba cubiertos algunos lugares estratégicos…

—¿Y lo estaba?

—Ron —lo interrumpió Ryan—, ¿no tenías que ir a cobrar un pedido?

—Sí, pero…

—Entonces te sugiero que vayas saliendo de aquí.

Kirrily, que se solidarizaba con cualquiera que tuviera que recibir órdenes de Ryan, esbozó la más brillante de sus sonrisas. —Ya tendremos tiempo para hablan Ron. Voy a estar trabajando aquí durante las siguientes tres semanas.

—Exactamente, trabajando —murmuro Ryan mientras se alejaban de la mesa de Ron—, no estoy dispuesto a dejar que se monte un club de fans de Kirrily Cosgrove en mi empresa.

—Pero no creo que el convenio les impida a los empleados hablar entre ellos durante las horas de descanso —le recordó.

—Aquí no hay convenio que valga. Las normas las pongo yo, y la primera es que no te dediques a coquetear con mis empleados. Especialmente con los que están casados.

Kirrily se quedó estupefacta. Una vez más, tuvo que recordarse que mucha gente pensaba que aquellos que se dedicaban al mundo del espectáculo no tenían ningún tipo de moral, pero por propia experiencia, ella sabía que los artistas no eran ni mejores ni peores que el resto de los mortales. Por eso la sacaban de quicio comentarios como el de Ryan.

—Para tu información, jamás se me ocurriría tocar a un hombre casado.

—Estupendo. En ese caso no tendremos problemas con la norma número uno.

—No, pero conociéndote estoy segura de que tienes otras cien normas que esperas que cumpla.

—Me resulta duro decirlo —comentó con expresión pensativa—, pero la lista de normas es ilimitada. En cualquier caso, no te preocupes, a medida que se me vayan ocurriendo, iré diciéndotelas.

—Muchas gracias. Hay que reconocer que para Moisés fue una suerte encontrarse con Dios, y no contigo. En ese caso, todavía estaría bajando tablas de la montaña.

—Lo sé —le comentó Ryan mientras le abría la puerta de su oficina—. Dios y yo ya tuvimos en cuenta el problema que podía llegar a representar en su momento.

Enfadada consigo misma por su incapacidad para mantenerse seria. Kirrily le dio un pellizco en el brazo y pasó al que iba a ser su lugar de trabajo durante las siguientes semanas.

En el escritorio, que Jayne, evidentemente, había despejado de papeles, sólo había un teléfono, una calculadora, material de oficina y el correo que la recepcionista debía de haber distribuido aquella

misma mañana.

—Mira Kirrily, cuando te sientas abrumada con el trabajo, lo único que tienes que hacer es decírmelo, ¿de acuerdo?

El tono burlón de Ryan le hizo erguir la cabeza. Era obvio que había advertido el miedo que se estaba apoderando de ella. Pero no se le había ocurrido decirle que en el caso de que se sintiera abrumada lo avisara, no, lo había dado por sentado, porque, como era habitual en él, estaba seguro de que Kirrily no iba a saber hacer su trabajo.

—Escucha. Ryan, ¡sé lo que tengo que hacer!

—Ya, pero…

—Jayne se pasó todo el sábado explicándomelo y, al contrario que tú, estaba convencida de que sería capaz de sacar adelante el trabajo sin sentirme abrumada.

Por un momento, pensó que Ryan iba a discutir, pero éste se limitó a sacudir la cabeza con pesar, como si poner a Kirrily a cargo de aquel trabajo fuera el mayor riesgo que había corrido su empresa.

—Entonces, ¿no tienes ninguna pregunta que hacerme?

Kirrily se puso a buscar rápidamente alguna pregunta que Ryan no fuera capaz de contestar.

—Bueno, en ese caso —continuó diciendo Ryan ante su silencio —, te dejo —y empezó a cruzar el despacho para dirigirse hacia la puerta.

—¡Espera! Tengo una pregunta que hacerte —esbozó la más inocente de sus sonrisas.

—¿Si? —la instó Ryan, mirando su reloj—. ¿Y puede saberse de qué se trata?

—¿Qué tal vas de preservativos. Ryan? —haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener el rostro impasible, lo miró a los ojos —. Ya sabes que si necesitas más sólo tienes que decírmelo.

Aparte de un ligero endurecimiento de sus labios, no hubo nada en su expresión que indicara que Kirrily había conseguido desconcertarlo.

—Gracias, Kirrily, pero estoy bien surtido en ese aspecto. La semana pasada compré una caja nueva.

—¡Una caja nueva! —exclamó la joven boquiabierta—. ¿Has usado cincuenta preservativos en dos meses?

Ryan abrió sus maravillosos ojos azules como si a él mismo le sorprendiera. Después se encogió de hombros.

—De ese tipo de cosas no suelo llevar la cuenta.

Kirrily no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Cincuenta en menos de dos meses. ¡Y él era el que había insinuado que era una inmoral! ¡Ja!

—Y ahora. Kirrily, si no quieres nada más…

La joven negó con la cabeza. Había enmudecido.

—En ese caso, ambos podemos empezar a trabajar.

En cuanto Ryan salió de su despacho, Kirrily sacó el calendario y agarró la calculadora. ¿Cincuenta en dos meses?

Capítulo 3

Para Kirrily, los primeros días de cualquier nuevo proyecto en el que se involucraba siempre pasaban muy rápidamente. Le resultaba emocionante trabajar con gente nueva y el desafío de emprender una nueva tarea le parecía intelectualmente estimulante. Sin embargo, los primeros días que trabajó para Ryan, pasaron demasiado rápido. Era como si las ocho horas diarias de trabajo hubieran encogido y el jueves a las cinco se vio obligada a reconocer que llevaba un considerable retraso en su trabajo. Y estaba segura de que cuando Ryan lo averiguara no iba a ser especialmente amable con ella.

—Oh, no —gimió, al ver la montaña de papeles que tenía en el escritorio. No se atrevía a pensar siquiera cuánto podría llegar a crecer aquella pila durante el resto del mes. Casi podía oír ya las críticas de Ryan a su ineptitud.

Desgraciadamente, también podía oír el sonido de la cerradura de la puerta de entrada, lo que quería decir que de un minuto a otro, el que se había convertido en su jefe entraría en su despacho y le diría que ya era hora de dejar de trabajar. Aunque, por supuesto, él no practicaba lo que predicaba.

Teniendo en cuenta las horas que dedicaba a su trabajo, iba a convertirse en un millonario antes de que acabara el año. ¿Pero a quién pretendía engañar?, se preguntó la joven. Si había trabajado a ese mismo ritmo durante los últimos cinco años, debía de ser ya multimillonario. No le extrañaba que sus propios padres se maravillaran de los dividendos que recibían. Cuando Kirrily se levantaba por las mañanas, se encontraba con que Ryan ya se había ido y, durante el tiempo que Kirrily llevaba allí, no había llegado a casa ningún día antes de las once de la noche.

Después del comentario que había hecho sobre los preservativos, Kirrily pensaba que pasaba las noches con alguna mujer, hasta que su curiosidad la había llevado a descubrir el paquete que ella le había enviado en uno de los cajones del armario del baño. Pero entonces, sólo había dos posibles explicaciones para sus continuas ausencias: o bien era adicto al trabajo, o estaba evitándola.

Tampoco esperaba que se dedicara a entretenerla, pero, después de haber vivido en Melbourne con dos amigas, estaba acostumbrada a tener a alguien en casa con quien compartir las noticias y acontecimientos del día. Pasar cuatro veladas con la única compañía de un gato mimado no era lo que ella entendía como pasar un buen rato.

—¡Kirrily!

AI oír la voz de Ryan, Kirrily guardó casi todas las facturas que tenía encima de la mesa en un cajón, que cerró casi en el momento en el que Ryan se estaba acercando a su despacho.

—Tiempo de marcharse. Kirrily. Ya son las cinco.

Kirrily alzó la mirada, deseando que en ella no se reflejara el sentimiento de culpabilidad que la inundaba y fingió una sonrisa:

—¿Ya? ¡Vaya! Todavía tengo que terminar de revisar unas facturas —le dijo, señalando la media docena de papeles que había dejado encima de la mesa—. Lo siento. Parece que se me ha pasado el día…

—No me extraña, estabas ensimismada recordando viejos tiempos con Trevor Nichols —le espetó Ryan con evidente desaprobación.

—Mira, voy a terminar esto en un momento. Estoy segura de que terminaré a tiempo.

—¿De verdad? —la miró con escepticismo—. ¿Para qué ha venido?

—¿Quién? —preguntó Kirrily extrañada.

—Nichols.

—Oh. Quería saber lo que debía.

—¿Y cuánto era?

—Mmm, menos de doscientos dólares. Puedo darte más detalles si quieres.

—No los necesito. ¿Y ha pagado?

—No, pero va a venir mañana —Ryan no parecía en absoluto complacido—. Si quieres puedo dejar indicado en su ficha que no vuelva a suministrársele nada si no paga.

—No te molestes, no tengo la más mínima duda de que volverá mañana —dirigió una mirada cargada de intenciones a la minifalda de Kirrily.

La joven giró rápidamente su silla de manera que la mesa ocultara sus piernas.

—Bueno, voy a continuar con estas facturas —susurró, maldiciéndose a sí misma por la fragilidad de su voz—. Como ya te he dicho, no me va a llevar mucho tiempo.

Ryan le tocó la mano entonces de forma tan inesperada que por un momento Kirrily pensó que acababa de ser víctima de una descarga eléctrica; su corazón dejó de funcionar por unos instantes. Alzó la mirada y se encontró con un par de ojos de un azul increíble y entonces su corazón volvió a latir, pero a un ritmo desenfrenado.

Pero aquel latir no tenía nada que ver con su sentimiento de culpabilidad por el trabajo acumulado, y sí mucho con el hecho de que Ryan era suficientemente atractivo como para revivir cualquier corazón. Le habría encantado pensar que no parecía tan nerviosa como realmente estaba, pero el sentido común apagaba todas sus esperanzas.

—Déjalo —le dijo Ryan con voz grave—, no merece la pena que salgas más tarde por culpa de unas cuantas facturas.

Pero Kirrily, que sabía que cincuenta facturas a duras penas serían consideradas por su jefe como «unas cuantas», lo maldijo en silencio.

—No es ninguna molestia, no tengo ningún plan para esta noche.

—¡Olvídalo! —exclamó Ryan bruscamente, y se frotó el cuello —. No voy a dejarte aquí sola.

—¿Sola? ¿Es que tú no piensas quedarte a trabajar hasta tarde?

—Sí, pero antes voy a salir a cenar algo. Después volveré.

—Oh —Kirrily sonrió—. Entonces iré a cenar contigo y después…

—¡No! —repuso Ryan con expresión de absoluto terror—. He quedado con un constructor y un fontanero para hablar de un asunto de negocios. Lo último que necesito es que los distraigas.

—Caramba, Ryan, si tanto te preocupa que interrumpa uno de tus discursos de venta, siempre puedo sentarme en otra mesa.

—Ni lo sueñes. Si entro contigo en esa cafetería, estoy seguro de que vas a tener que oír cosas mucho más fuertes que un discurso sobre ventas.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Ryan sacudió la cabeza.

—Nada. Ahora toma —le pasó su bolso y su chaqueta—. Sé una buena chica, y vete a casa, ¿de acuerdo?

—¡Estupendo! Me iré a casa —a pesar de que su tono condescendiente la había enfadado lo suficiente como para largarse en ese mismo instante con uno de sus ataques de furia, no quería arriesgarse a que Ryan buscara alguna factura que pudiera necesitar y encontrara en el cajón todo el trabajo acumulado—. Supongo que no te importará que antes apague el ordenador.

—Haz lo que tengas que hacer —se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta—. ¡Pero date prisa! Estoy citado dentro de diez minutos.

Estupendo, y su ejecución quedaría pendiente hasta el día siguiente, pensó Kirrily con tristeza. Así no podría terminar los asuntos pendientes en su vida.

—Ah, por cierto —al oír la voz de Ryan en el momento en el que estaba a punto de abrir el cajón, se quedó completamente helada—, hazme el favor de darle de comer a ese maldito gato antes de irte a la cama. Si no tiene suficiente comida en el plato, se convierte en un ser terrible. Ayer me atacó en cuanto entré en casa.

Lamentándose porque Major no era un Dobermann asesino. Kirrily asintió.

—Claro —farfulló—, dar de comer al gato es lo más interesante que tengo que hacer en toda la noche.

—Cerradura estúpida —gruñó Kirrily mientras intentaba meter la llave en la cerradura por segunda vez en medio de una absoluta oscuridad.

El resto de las noches, la casa estaba tan iluminada como si Ryan tuviera acciones en la compañía eléctrica: pero aquella noche

estaba tan oscura como Londres durante un bombardeo aéreo. Debían de ser entre las tres y las cuatro de la madrugada, y tendría suerte si conseguía estar en la cama antes de que amaneciera. Si hubiera aceptado la oferta de Jodie y se hubiera quedado a dormir en su casa, en ese momento no estaría peleándose con aquella maldita puerta. Estaba tan cansada que lo único que le apetecía era meterse en la cama y dormir por lo menos doce horas seguidas, pero ni siquiera el saber que le faltaban sólo unas horas para presentarse en la oficina había sido suficiente para hacerla arrepentirse de su decisión de no pasar otra velada más sola en casa.

Por fin consiguió meter la llave en la cerradura y se despidió con la mano del taxista que solícitamente se había ofrecido a esperar hasta asegurarse de que no había ningún ladrón esperándola en casa. Unos meses atrás, le habría parecido ridícula aquella posibilidad, pero las cosas habían cambiado. Se estremeció y sacudió violentamente la cabeza, intentando apartar aquella idea de su mente.

Atenta a la costumbre de Major de escapar en cuanto se le presentaba una oportunidad, abrió la puerta justo lo suficiente para deslizarse al interior de la casa y la cerró un segundo antes de que el gato alcanzara sus piernas.

—Lo siento, Major, he vuelto a ganar.

El gato, con un envidiable sentido de la deportividad, se restregó contra sus piernas a modo de bienvenida. Kirrily se inclinó para acariciarlo y levantarlo en brazos pero, de pronto, se quedó paralizada por el terror.

—¿Dónde demonios has estado?

Estaba tan aterrorizada que ni siquiera se tranquilizó al reconocer la voz de Ryan. Aunque su cerebro le decía que estaba a salvo, su cuerpo todavía no lo había asimilado.

«Es Ryan», le repetía su cerebro, «es Ryan el que te ha agarrado, y Ryan no va a hacerte nada».

—¡Contéstame! ¿Tienes idea de la hora que es?

Pero no importaba que Ryan estuviera enfadado. Kirrily se sabía a salvo; por muy furioso que estuviera. Ryan no iba a hacerle

ningún daño.

Las luces se encendieron y Kirrily se apoyó contra la pared, agradeciendo el poder contar con otro soporte que el de sus temblorosas piernas.

—Dios mío. Estás tan borracha que ni siquiera puedes tenerte en pie.

Kirrily sabía que debería enfadarse, pero el alivio y el cansancio monopolizaban sus sentimientos, dejando muy poco espacio para la indignación. No iba a ocurrirle nada y al tener plena conciencia de ello, asomó a sus labios una sonrisa.

—¡Esto no tiene ninguna gracia, Kirrily!

—No estoy borracha. Ryan, sólo ligeramente achispada, un poco cansada y bastante impresionada, pero, definitivamente, no estoy borracha.

—Estupendo. En ese caso, será mejor que abras los ojos y me expliques dónde has estado toda la noche y por qué no me has dicho que pensabas salir.

En ese momento. Kirrily descubrió que incluso en medio de una fuerte impresión como aquélla, podía tener un genio incontrolable. Abrió los ojos, ¡y lo vio todo rojo!

—Perdóname —le dijo entre dientes—, pero no eres mi padre. Y tampoco tengo por qué darte cuenta de a dónde voy —se negaba a dejarse intimidar por su mirada—. Es cierto que estoy trabajando para ti. Ryan Talbot, pero a partir de las cinco de la tarde, lo que yo haga es asunto mío y de nadie más.

—¡No seas ridícula! Mientras estés bajo mi techo, también será asunto mío. ¿Tienes idea de cómo me he quedado cuando he venido a casa y he visto que no estabas?

—Ni la mitad de impresionado que yo al entrar y encontrarme con un ladrón.

—Yo no soy ningún ladrón.

—¡Me has dado el susto de mi vida! —exclamó y extendió la mano—. ¿Por qué te crees si no que estoy temblando así?

Al ver su mano temblorosa y las lágrimas que empañaban sus ojos. Ryan deseó cortarse el cuello.

Kirrily no estaba enfadada, advirtió, estaba directamente al borde de la histeria. Consolarla se convirtió en algo prioritario y, casi automáticamente, la estrechó contra él. Esperaba que se resistiera, pero la joven se dejó caer contra él y lo rodeó con los brazos.

A Kirrily no le gustaba que la mimaran. Ryan lo sabía desde hacía años, pero entonces ¿qué diablos le ocurría aquella noche? Comprendiendo que estaba demasiado destrozada para preguntárselo, se limitó a intentar tranquilizarla. —Lo siento, cariño —susurró—, no pretendía asustarte —hablaba suavemente mientras le acariciaba la cabeza, con el mismo gesto repetitivo y delicado con el que tranquilizaba a Jayne desde hacía años—. Lo que ha pasado es que estaba esperándote, y al oír la puerta he ido directamente hacia allí, no se me ha ocurrido encender la luz. Lo siento, Kirrily, tranquilízate.

No supo cuánto tiempo estuvo con ella en sus brazos; le parecieron sólo unos minutos, pero en algún momento debió dejarse arrastrar por el sueño, porque de pronto, abrió los ojos y descubrió a Kirrily dormida, iluminada por la débil luz del amanecer. Ryan enderezó el brazo que había apoyado contra la pared para sostenerse y se irguió intentando no despertar a Kirrily, que descansaba apoyada contra su pecho.

La serenidad que se reflejaba en su rostro era tan distinta de la energía que emanaba de ella durante el día que no pudo evitar acariciarla. Lentamente, deslizó la mano por su mejilla… Eran lo más suave que había acariciado en su vida.

Cuando la joven volvió la cabeza, buscando inconscientemente el contacto de su mano, Ryan maldijo en silencio su propia falta de moralidad, preguntándose cómo era posible que la ternura pudiera transformarse tan rápidamente en deseo. Si hubiera sentido lo mismo hacia otra mujer, nada le habría impedido levantarla en brazos y llevarla a su cama. Pero aquélla era Kirrily, así que, armándose de una nobleza y una resolución que posiblemente le valdrían la santidad, la llevó a su habitación decidido a ignorar las imágenes que incendiaban su mente.

Kirrily apartó las sábanas a la mañana siguiente y miró el reloj digital que tenía en la mesilla de noche. A pesar de la luz que inundaba la habitación, el despertador indicaba que eran las seis de

la mañana. Pero su reloj de pulsera confirmó sus peores temores: ¡eran cerca de las once!

Se desprendió rápidamente de las ropas que llevaba el día anterior e intentó recordar exactamente lo que había hecho después de aquel estúpido conato de histeria. No recordaba haber desconectado el despertador, pero era evidente que lo había hecho.

—¡Genial! —musitó, mientras se ponía la bata y se ataba el cinturón con tanta fuerza que estuvo a punto de seccionarse la cintura. Como si Ryan no tuviera ya suficientes motivos para enfadarse por culpa de su trabajo.

Durante una décima de segundo, se debatió entre la necesidad de ducharse o tomarse una taza de café, y al final decidió bajar a la cocina y ducharse mientras se hacía el café para ganar tiempo.

—Vaya, ¿cómo he podido ser tan estúpida? —gruñó al entrar.

—Estoy empezando a pensar que es algo genético.

—¡Ryan!

En cuanto puso un pie en la cocina, se quedó clavada donde estaba.

—¿Qué, qué estás haciendo aquí?

Ryan movió la taza que tenía en la mano.

—Tomarme un café, ¿quieres uno?

Kirrily no estaba segura de si su primera reacción al verlo había sido de horror, pero lo que sí sabía era que su actitud calmada le generaba una confusión total. Tenía que ser viernes, no era posible que hubiera estado veinticuatro horas durmiendo. No, por supuesto que no. Pero entonces, ¿por qué no estaba Ryan en la oficina? ¿Y por qué no le estaba pidiendo una explicación por su tardanza? Caramba, quizá fuera sábado, realmente.

Ryan observaba los sentimientos que cruzaban el rostro de Kirrily preguntándose cómo se las arreglaría para tener aquella expresión de infantil perplejidad y parecer tan sexy al mismo tiempo. —Hoy es viernes, ¿verdad?

—Sí, durante todo el día —sonrió al ver su expresión y le tendió la mano con la taza de café—. Ya que estás levantada, ¿te importa servirme otro?

—¿Qué?

—Lo siento, ¿podrías servirme otra taza de café, por favor? —Kirrily pestañeó y sacudió la cabeza como si no entendiera lo que le estaba diciendo—. De acuerdo, será más rápido que vaya yo —empezó a levantarse.

—De acuerdo, Ryan, tú ganas —repuso ella.

Ryan se volvió y la vio apoyada contra la nevera con los brazos cruzados.

—¿Qué es lo que gano?

—Si no son las seis de la mañana y tampoco es sábado, ¿cómo es que me estás pidiendo un café y no explicaciones por no haber ido al trabajo?

—Porque sé la razón por la que no has ido a trabajar. ¿Quieres que te sirva yo a ti un café?

—Lo que quiero es que me expliques es por qué no me estás dando una azotaina y diciéndome lo irresponsable que soy.

—¿Por qué?

—Por haberme quedado dormida.

—Te has quedado dormida porque yo desconecté tu despertador, no puedo culparte por ello.

Kirrily cruzó la habitación como un relámpago e, ignorando la taza que Ryan tenía en la mano, lo sacudió por los hombros.

—Eh, cuidado con el café.

—¡Olvídate del café y mírame!

Ryan se olvidó del café. Y no le suponía ningún sufrimiento mirar aquel par de ojazos verdes rodeados de espesas pestañas, a pesar de la furia que los iluminaba. De hecho, el efecto era sorprendentemente atractivo.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

—Porque estabas agotada y necesitabas dormir.

—Maldito seas, Ryan. No soy una niña, puedo decidir por mí misma si necesito dormir o no. ¡No necesito tu ayuda! He sobrevivido mucho tiempo durmiendo sólo tres horas al día.

Tenía el rostro sonrojado de enfado y frustración, pero Ryan ya se esperaba aquella reacción. Kirrily estaba tan orgullosa de ser independiente que jamás pedía ayuda a nadie: era consciente de cuánto la había molestado con su actitud, pero no le importaba. Había intervenido porque el comportamiento de Kirrily lo demandaba, le gustara a ella o no.

—No era tu cansancio el que me preocupaba —le dijo, sosteniéndole la mirada—, sino el estado emocional en el que te encontrabas cuando viniste a casa. Y quiero saber por qué estabas tan mal.

—¿Por qué? ¿Por qué? —repitió Kirrily de una manera que le hizo sospechar a Ryan que estaba buscando alguna explicación que pudiera parecer razonable sin acercarse ni remotamente a la verdad —. Te voy a decir por qué. ¡Porque me agarraste en la oscuridad y me diste un susto de muerte!

—Eso no me basta. Tu reacción no fue en absoluto normal: estuviste a punto de perder el control completamente. Estoy seguro de que anoche te ocurrió algo especial, y no te molestes en negarlo.

Kirrily lo miró como si fuera eso exactamente lo que pensaba hacer y soltó un suspiro de resignación.

—De acuerdo, si eso te hace feliz, te contaré lo que hice anoche, paso a paso. ¿Satisfecho?

—Lo sabré cuando te haya oído.

—Estaba sola, así que llamé a cierta gente para salir a cenar y a tomar unas copas. Hay ciertas personas —señaló—, a las que no les da vergüenza salir a cenar conmigo.

—¿Qué personas?

Kirrily elevó los ojos al cielo.

—Algunas amigas mías. Megan Tang, Crissie Webber y Jodie Peters. Después de cenar, nos fuimos a casa de Jodie, tomamos unas copas, bromeamos, recordamos viejos tiempos. Y tengo que reconocer —se detuvo como si estuviera a punto de hacer una importante confesión—, que tienes toda la razón. Fue una experiencia realmente traumática. Creo que jamás podré superarla. Mira Ryan, ya sé cómo funciona tu mente superprotectora, pero te aseguro que el único hombre del que fui víctima ayer por la noche,

fuiste tú.

—Sabes perfectamente que jamás te haría ningún daño…

—Claro que lo sé. El problema es que te preocupas demasiado por mí.

—Dime algo que no sepa, Kirrily.

—De acuerdo —contestó, buscando una respuesta adecuada. Era preferible continuar aquella discusión que pararse a pensar en lo cerca que estaban el uno del otro—. Ya no soy la ingenua adolescente de dieciséis años a la que sacaste del coche de Rick Nichols hace algunos años.

—Me alegro de oírlo. Aunque a juzgar por tus últimos novios, el gusto que tienes para los hombres todavía deja mucho que desear.

—Quizá, pero se trata de que me gusten a mí, no a ti. Así que deja de tratarme como si fuera una descerebrada incapaz de cuidar de sí misma y dispuesta a arrojarse a los brazos del primer hombre que se lo proponga.

—¿Qué te hace pensar que es así como te veo? —le preguntó Ryan.

—Las situaciones que hemos vivido en el pasado. Si hubieras continuado controlando mi vida, Ryan, habría terminado en un convento.

Ryan soltó una carcajada.

—No te creo capaz de llevar un hábito. Y además, no eres católica.

—Sinceramente, Ryan, mantener una conversación seria contigo es imposible. Estás decidido a seguir tratándome como si fuera una niña, ¿verdad?

—No te trato como a una niña, Kirrily.

—¿No?

—No.

—Entonces quizá no te importe decirme por qué esperaste levantado hasta que llegué a casa.

—Porque, maldita sea, como te dije anoche, estaba preocupado

por ti. Era muy tarde, y te habías ido sin dejar una nota.

—¿Y cómo te enteraste de que no estaba en casa? El coche estaba en el garaje.

—Miré en tu habitación.

—¿Que miraste en mi habitación?

—Subo todas las noches para…

—¿Para qué? —lo interrumpió—. ¿Para arroparme? ¿Para comprobar si me he lavado los dientes y he rezado mis oraciones? ¿Para asegurarte de que no hay ningún hombre en mi habitación? Ryan, tengo ya veinticuatro años. Aunque esté viviendo en tu casa, creo que tengo derecho a cierta intimidad.

—¿Ya has terminado?

—Ni mucho menos.

—Pues lo siento, porque tengo unas cuantas cosas que decirte.

—Pero yo no quiero oírlas.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, pero Ryan la agarró del brazo y le hizo volverse.

Kirrily se decía que el enfado era el único motivo por el que la sangre parecía correrle por las venas a la velocidad de la luz e intentó aferrarse a aquel pensamiento mientras Ryan la obligaba a alzar la barbilla. Sólo separaban sus rostros unos centímetros.

—La única razón por la que me asomo a tu habitación todas las noches es para desearte buenas noches.

Ryan maldijo en silencio la furia de Kirrily, la joven respiraba tan violentamente que al hacerlo dejaba parte de sus senos al descubierto.

—Así que puedes estar tranquila —continuó diciendo secamente —. Sé que tienes edad suficiente para taparte tú misma y decidir si quieres rezar o no. También tengo la certeza de que tus maravillosos dientes están al cuidado de uno de los mejores dentistas de Melbourne, y te aseguro de que no tengo ningún interés en invadir tu preciosa intimidad.

—¿Puedes dejarlo por escrito?

Ryan continuó hablando como si Kirrily no hubiera dicho nada.

—Sin embargo, pienso mantener ciertas reglas en esta casa.

—Más reglas —dijo la joven con fastidio—. ¿Y se puede saber cuáles son?

—No traerás ningún hombre a esta casa, ¿lo entiendes?

—Cumpliré la norma mientras esté viviendo aquí —replicó ella —, a no ser que tengas alguna normativa distinta para el dueño de la casa que todavía no haya oído.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Ryan, estaba bromeando…

—¿Bromeando, Kirrily? —le molestaba que pudiera ser tan ingenua, que tocara esos temas con tanta indiferencia. ¿Pensaba acaso que él era de piedra? ¡Diablos! El corazón le latía a una velocidad incontrolable, y estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos para controlar las imágenes que aquella contestación había evocado. ¡Le entraban ganas de estrangularla! Peor aún, lo que quería era acercarla todavía más él, deslizar la mano tras su cabeza y llevar hasta él aquella deliciosa boca.

«Hazlo, hazlo», le urgía su libido. Sólo una vez, sólo saborearía sus labios una vez.

—¿Bromeando? —repitió, con la esperanza de mantener la boca ocupada—. ¿Te parece divertido ofrecerte con esa indiferencia? ¿Qué ocurriría si alguien decidiera aceptar la oferta? Debería darte unos buenos azotes en el trasero.

—Déjalo —repuso, empezando a volverse—. Ese tipo de juegos son demasiado perversos incluso para mí. Y entonces Ryan lo hizo. Diciéndose a sí mismo que iba a darle una lección que no olvidaría durante el resto de su vida, la besó en los labios. Desgraciadamente para él, descubrió que Kirrily era la alumna ideal, dispuesta a cooperar, rápida en aprender y muy, muy sensible…

Capítulo 4

Transcurrió menos de una décima de segundo entre el momento en el que Kirrily comprendió que iba a besarla y el instante en el que sintió sus labios sobre los suyos. En ese minúsculo lapso de tiempo, se dijo también que aquel gesto estaría condimentado con el sabor del enfado de Ryan, pero se equivocó.

A pesar de que la sorpresa la había llevado a entreabrir ligeramente los labios. Ryan no tuvo ninguna prisa por invadir el interior de su boca. En vez de eso, deslizó los labios sobre los suyos, cubriéndolos de unos besos tan delicados que le hacían pensar en todo momento que iban a ser los últimos.

Casi irremediablemente, la joven le rodeó el cuello con los brazos para evitar una posible retirada. No tenía intención de dejar que un beso con el que había estado soñando durante ocho años durara sólo ocho segundos. Así que, espoleada por la excitación y el conocimiento de que con Ryan necesitaba emplearse a fondo. Kirrily respondió con todo su ser.

Y las buenas intenciones de Ryan se esfumaron en cuanto la joven se estrechó contra él y mordisqueó suavemente su labio inferior. En algunos momentos de debilidad, había fantaseado imaginándose lo que sería sentir la lengua rosada de Kirrily en su boca, pero jamás había imaginado que se sentiría como si su sistema nervioso hubiera estado paralizado durante los últimos dieciséis años. Se sentía como si Kirrily hubiera encontrado el interruptor para sus emociones y a él le fuera imposible recuperar el control. Y el momento de impacto total llegó en el momento en el que sus lenguas se rozaron.

Las piernas iban a doblársele de un momento a otro. Kirrily lo sabía con la misma seguridad con la que sabía que Ryan Talbot estaba causando estragos en cada uno de sus órganos vitales. ¡Y eso que sólo estaba besándola! A Kirrily la habían besado cientos de veces, tanto personal como profesionalmente, pero nada la había preparado para lo que estaba experimentando en ese momento. Ryan estaba volviéndola loca con sólo su lengua, estaba despertando el deseo en todos los rincones de su cuerpo sin mover siquiera las manos de sus hombros. Era como estar siendo sometida

a una especie de tortura celestial.

Kirrily quería que la tocara, que acariciar su piel, sus senos, sus pezones. Su cerebro reproducía la imagen de sus dedos en diferentes partes de su cuerpo y al final, como si se hubiera producido el milagro de la telepatía, Ryan apartó las manos de sus hombros y Kirrily ardió de deseo, anticipando ya cuál iba a ser su próximo destino.

Cuando Ryan abandonó también su boca, gimió a modo de protesta e, instintivamente, lo abrazó con más fuerza. La confusión y el placer le impedían darse cuenta de que Ryan ya no quería abrazarla, de que, en realidad, la estaba empujando.

—Apártate. Kirrily.

No fue el tono autoritario en el que fueron pronunciadas aquellas palabras el que aseguró la inmediata obediencia de Kirrily, sino la mirada de disgusto de Ryan.

—Supongo que a ti este tipo de prácticas te vienen muy bien, Kirrily, pero yo no tengo intención de entrenar a aprendices. Me gusta que las mujeres con las que salgo sean capaces de recordar dónde estaban cuando murió Elvis.

A Kirrily se le ocurrieron miles de respuestas adecuadas, pero no fue capaz de dar voz a ninguna de ellas. Le entraban ganas de empezar a darle puñetazos hasta que le sangraran las manos. Quería sacudirlo con la fuerza de cien ciclones y, más que cualquier otra cosa, quería sentir lo que era hacer el amor con él, tenerlo tan dentro de ella que no fuera capaz de sentir nada más.

—Tú has empezado. Ryan, así que ahora no me eches la culpa a mí. Y, además, creo que no te vendría mal empezar un cursillo de aprendizaje —le encantó advertir el asombro de Ryan—. Al fin y al cabo, teniendo en cuenta que el promedio de mujeres con las que te acuestas es de seis coma cinco por semana, supongo que ya estarás harto de mujeres con edad suficiente para recordar lo que estaban haciendo en agosto de mil novecientos setenta y siete.

—Cuando te dije lo de los preservativos estaba bromeando, y lo sabes.

—Ah, ¿así que tú tienes derecho a hacer bromas sobre sexo y yo no? Pues bien, Ryan Talbot, quédate con tus estúpidos dobles

raseros y déjame en paz.

El sonido del coche de Jayne le indicó a Ryan que Kirrily estaba llegando a casa. Y, por cierto, una hora más tarde de lo que debería haberlo hecho.

Maldiciéndose entre dientes, levantó una vez más por encima de su cabeza el peso del aparato de musculación y al cabo de unos segundos lo volvió a bajar hasta su pecho. Se había comportado como un idiota, y no sólo al besarla, sino también por el modo en el que había conducido después los acontecimientos. Pero lo que le hacía sentirse peor era que en realidad, sólo estaba sinceramente arrepentido de cómo se había comportado después del beso, no del beso en sí mismo. De hecho, se había pasado todo el día replanteándose la escena mentalmente y especulando con las posibilidades de lo que podría haber pasado si no hubiera terminado allí.

—Bonito trabajo, Talbot —murmuró mientras elevaba de nuevo el peso—. No sólo no aprendes de tus errores, sino que encima les añades detalles.

¡Clang!

Cuando el peso cayó en su lugar. Ryan dejó caer los brazos a ambos lados del banco en el que estaba tumbado. Estaba físicamente agotado, y aun así, todavía no se sentía capaz de estar en la misma habitación que Kirrily sin rodearla con sus brazos con la única intención de seducirla.

Cuando se había dado cuenta de que Kirrily iba a ir a la oficina, había decidido quedarse a trabajar en casa para poder concentrarse en el proyecto que estaba trabajando y presentarle una cifra definitiva al constructor. Habría sido un buen plan, pero para ello su mente tenía que haber sido capaz de pensar en algo más que en Kirrily. Al cabo de dos horas de infructuosa pelea con la calculadora, había salido a correr con la intención de sacarse de la cabeza tanto la imagen de Kirrily como el sentimiento de culpabilidad. Pero la carrera podría haberse convertido en un maratón antes de que hubiera alcanzado sus propósitos, así que se había decidido recurrir a las pesas.

Suspiró. Sabía que le debía una disculpa. Qué demonios, debería servirle su cabeza en una bandeja.

—Vamos Talbot —gruñó mientras se levantaba—. Ya es hora de enfrentarte a lo inevitable.

Kirrily entró en la casa y se dirigió directamente a la cocina. Después de haberse saltado el desayuno, haber estado trabajando a la hora del almuerzo y haber permanecido toda la tarde concentrada en las facturas, necesitaba una buena dosis de comida y de cafeína.

Dormir era otro de los lujos a los que habría dado la bienvenida con los brazos abiertos, y tampoco habría recibido con disgusto la noticia de que no iba a tener que volver a ver a Ryan durante el resto de su vida. Lamentablemente, estaban en la misma casa, y ésa era una de las razones por las que después de comer algo iba a salir de casa, en vez de meterse directamente en la cama. No pensaba pasar en presencia de Ryan ni un segundo más de lo imprescindible.

En teoría, ese era el plan. Pero la realidad se impuso: Ryan estaba en la cocina.

Lo primero que pensó la joven fue que los asesinos volvían siempre al lugar del crimen. Lo segundo, que era evidente que Ryan había estado haciendo ejercicio y que el sudor que hacía brillar sus músculos y pegaba la camiseta a su cuerpo como una segunda piel incrementaba todavía más su atractivo. Pero, recordándose su decisión de limitarse a recibir una experiencia humillante por día, se volvió para irse.

—Kirrily, espera.

—No tengo tiempo, yo…

—Pues intenta tenerlo, por favor. No tardaré mucho.

Kirrily adoptó una expresión de profundo aburrimiento y se volvió lentamente.

—Kirrily, siento todo lo que ha pasado esta mañana. Me he comportado como un verdadero estúpido. En primer lugar, no debería haberte besado y… bueno, sinceramente, he sido un auténtico canalla al decirte después lo que te he dicho.

—Mira, Ryan, no hace falta que te flageles por lo que ha pasado. Ha ocurrido y ya está; dejémoslo así.

—Sí, pero ése es precisamente el problema, que no debería

haber pasado. No debería haber ocurrido en absoluto.

—Ryan —le dijo—, no es la primera vez que me besan.

—Lo sé —repuso él—, como tú misma me recordaste la otra noche, fui yo el que te salvó de los avances amorosos del señor Nichols.

—Si esperas que te dé las gracias, ya puedes ir olvidándote. Creo que aquél fue el momento más embarazoso de mi vida —lo miró con los ojos entrecerrados—. No sólo le partiste el labio a Rick, dejándole una cicatriz para el resto de su vida, si no que durante dos años no hubo ningún tipo que se atreviera a hablarme, y mucho menos a hacerme una insinuación amorosa.

Ryan esbozó una sonrisa.

—¿De verdad? Bueno, siempre puedes agradecer que fuera yo y no tu padre el que estaba vigilándote en aquella fiesta —en la mirada que Kirrily le dirigió, el último sentimiento que se reflejaba era la gratitud. Ryan se maldijo en silencio. Lo último que quería era empezar otra discusión con ella—. Mira —le dijo, decidido a cambiar de tema—. ¿Qué te parece que encargue comida china para cenar y…

—Gracias, pero voy a cenar fuera.

—¿Otra vez? ¿Y con quién? Bueno, lo que quiero decir es que pensaba que hoy querías acostarte pronto.

—Lo que quiero es disfrutar de la deliciosa comida francesa a la que Trevor me va a invitar.

—¿Vas a salir con Trevor Nichols? ¿Es que te has vuelto loca?

—Sí, voy a salir con Trevor y no, no me he vuelto loca. Sucede que me parece un hombre agradable.

—¿Y ese hombre tan agradable ya te ha comentado que está casado y tiene dos hijos?

—Está divorciado, y tiene tres.

—¡Pero tiene tantos años como yo!

—En realidad es mayor que tú. Cumple cuarenta años el mes que viene.

—Kirrily, ese hombre es demasiado mayor para ti.

—Por el amor de Dios, voy a cenar con él, Ryan, no a casarme con él.

—¿Y qué pensáis hacer después de cenar?

—No lo sé. Supongo que iremos a ver una película o algo parecido.

—¿Estás tonta? —le preguntó Ryan mirándola como si hubiera perdido el juicio—. Es muy probable que Trevor tenga intenciones con las que Rick ni siquiera se habría atrevido a soñar.

—¿Y?

—Lo que tienes que hacer es llamarlo y cancelar la cita.

La furia corría por las venas de Kirrily a tal velocidad que decidió guardar silencio hasta tener la seguridad de que no iba a traicionarle la voz.

—¡No pienso hacerlo! —exclamó—. No voy a quedarme en casa un viernes por la noche sólo porque tú lo digas, ya soy…

—Mira, si eso te hace sentirte mejor, saldremos juntos a cenar.

Lo hacía parecer como si para él fuera un gran sacrificio.

—Gracias, pero no. Como ya te he dicho, he quedado con Trev.

—Y yo ya te he explicado que Trevor es un hombre de mi edad y tiene las hormonas como las de un viejo verde —le espetó Ryan—, ¿es que eso no te dice nada?

—Claro que sí —contestó Kirrily con una enorme sonrisa—, me dice que en el momento en el que empiece a preguntarme que dónde estaba yo cuando murió el rey de la pista, debo de empezar a prepararme.

Durante las siguientes horas Ryan estuvo de tan mal humor que evitó incluso cruzarse con Kirrily. La idea de que Trevor fuera a salir con ella le revolvía las tripas.

No era que no le gustara. En general, podría decirse que era un hombre decente, pero Ryan sabía cómo funcionaba su mente en cuanto estaba delante de una mujer atractiva. De modo que, en cuanto sonó el timbre de la puerta, se levantó de un salto y corrió hacia ella.

—Ya abro yo, Kirrily —gritó.

—¿Qué tal, Ryan? —lo saludó Trevor, aparentemente inmune a la durísima mirada de Ryan—. ¿Cómo van los negocios?

—Extraordinariamente —replicó Ryan haciéndole un gesto para que entrara—. La cuenta que has pagado hoy nos ha salvado la vida. Trevor soltó una carcajada.

—Ya me conoces, me gusta rematar bien las cosas.

Hasta que comprendió que la respuesta de Trevor no escondía segundas intenciones. Ryan estuvo a punto de soltarle un puñetazo.

—Kirri me ha comentado que Jayne está en Europa —comentó Trevor.

Ryan estuvo a punto de vomitar. ¿Kirri? Kirri y Trev. Era repugnante.

—Conociendo a Kirrily, estoy seguro de que todavía tardará años. ¿Te apetece tomar una copa?

—Te equivocas. Ryan.

Ambos hombres se volvieron al oír la voz de la joven y la observaron en completo silencio mientras ella entraba cubierta por una capa de lana negra.

—Hola. Trev —saludó, dirigiéndole a su acompañante una radiante sonrisa—. Como puedes comprobar, a pesar de la mala prensa, ya estoy lista, pero si te apetece, tómate una copa.

No fue ninguna sorpresa para Ryan que Nichols declinara la invitación. Era tan evidente su ansiedad por encontrarse a solas con Kirrily que Ryan estaba convencido de que hubiera rechazado la invitación aunque le hubiera ofrecido a la par un millón de dólares. Y la verdad era que no podía culparlo por ello. Kirrily parecía una auténtica princesa. Se había pintado los ojos de tal forma que su mirada inocente se había transformado en pura seducción y se había pintado los labios con una pintura que los hacía parecer deliciosamente húmedos.

—Trev —le preguntó Kirrily—, ¿tu coche tiene calefacción?

—Eh… bueno, sí, si tiene.

—Maravilloso, eso significa que no tengo que llevarme el abrigo.

Y mientras hablaba, fue quitándose la capa descubriendo al final

el vestido más corto y ajustado que Ryan había visto en su vida.

Mientras Ryan permanecía en silencio, intentando recomponer sus sentimientos, Kirrily le dirigió una radiante sonrisa a Nichols.

—No tardaré ni un segundo. Voy a dejar esto en su sitio.

Trevor, que también había perdido ante aquella visión la capacidad para articular palabra, se limitó a asentir mientras la joven salía corriendo de la sala.

Ryan se debatía entre las ganas de salir corriendo detrás de ella y exigirle que se cambiara de ropa y la necesidad de dejarle claras unas cuantas cosas a Trevor.

—Escucha, Nichols —empezó a decir mientras se acercaba a él —. Como se te ocurra pensar si quiera en ponerle una mano encima, te juro por Dios que lo que le hice a tu hermano será como una caricia comparado con lo que te haré a ti. ¿Lo has entendido? Sales con ella, la invitas a cenar y vuelves inmediatamente a casa. Y fin de la historia.

—Kirri quería algo más.

—Entonces asegúrate de que no lo tenga.

La mirada de admiración de Trevor fue todo lo que Ryan necesitó para saber que Kirrily había vuelto a aparecer. Se echó a un lado, se obligó a esbozar algo que dudaba pudiera pasar por una sonrisa y murmuró con una total falta de sinceridad que esperaba que disfrutaran de la cena.

—Estoy segura de que lo haremos —contestó Kirrily, agarrando a Nichols del brazo.

—¿Qué problema hay entre Ryan y tú? —le preguntó Trevor a Kirrily en cuanto puso el coche en marcha.

—Sólo un caso crónico de sobreprotección. Él todavía cree que soy una niña y me trata como si fuera una hermana caprichosa.

—Y a ti no te gusta.

—Pues no. Me trata así desde que murió mi hermano, no le entra en la cabeza que ya soy una mujer.

Trevor la miró de soslayo. —Supongo que te das cuenta de que lo hace porque te quiere.

—Sí, eso ya lo sé. Pero también quiere a Jayne y no intenta dirigir su vida como dirige la mía.

—Lo que quiero decir es que está enamorado de ti.

Por primera vez desde que se había reunido con él, Kirrily le prestó a Trevor una atención absoluta.

—Si de verdad crees lo que estás diciendo es que estás completamente loco.

—Quizá —le dijo—, pero no soy ningún estúpido, Kirri —se volvió y le dirigió una sonrisa cargada de ironía—. A partir de ahora, cuando le pidas a un chico que salga contigo para hacer de cebo, procura advertirle que estás intentando pescar una piraña.

Capítulo 5

Trevor Nichols podría haber sido el hombre más divertido y encantador con el que Kirrily había salido en su vida, pero estaba tan ensimismada en sus propios pensamientos que le habría dado igual que hubiera sido un patán detestable.

«Lo que quiero decir es que está enamorado de ti».

Durante toda la velada, aquellas palabras habían estado repitiéndose en su mente, no había dejado de oírlas antes de dormir y había continuado escuchándolas durante el sueño. Y no porque les concediera ningún crédito, sino porque la obligaban a analizar, por primera vez en su vida, sus propios sentimientos hacia Ryan. Pero el problema era que cuanto más intentaba analizarlos, más confundida y preocupada se sentía. ¿Sería posible que estuviera enamorada de Ryan?

¡No! Ni podía ni quería estarlo.

Ryan Talbot era un hombre más mandón y sobreprotector y era imposible que ella se hubiera enamorado de una persona así. Era cierto que lo quería, pero de la misma forma que quería a Jayne y a Bob y Palm Talbot, como si formaran parte de su familia. Y, aunque era cierto que le había gustado durante años, en eso no se diferenciaba del resto de sus amigas. Ryan era un hombre guapísimo, tenía un cuerpo impresionante y una sonrisa capaz de derretir a cualquiera. ¿Qué adolescente no se hubiera fijado en él?

Hasta ahí todo estaba claro. ¿Pero cómo podía explicar el hecho de que, teniendo ella ya veinticuatro años, a Ryan le bastara mirarla para que se sonrojara? ¿Y por qué se le había desbocado de aquella forma el corazón cuando la había besado?

Las hormonas, se dijo. Aquél era un caso de pura lujuria. El hecho de que hubiera crecido no quería decir que hubiera dejado de ser sensible al atractivo de Ryan. Y si se sentía más sensible a aquella atracción que a los dieciséis años era porque tenía una edad en la que había adquirido más importancia su propia sexualidad.

Pero ella trabajaba en un mundo en el que los hombres atractivos eran tan frecuentes como el hielo en el Polo Norte y

entonces, ¿por qué no reaccionaba de la misma forma ante ellos?

La respuesta era evidente: con Ryan estaba unida a un nivel emocional. La diferencia entre lo que sentía por él y lo que sentía por otros hombres era la misma que había entre la tristeza producida por la muerte de un conocido y la desesperación que causaba la muerte de algún pariente. Al comprender de pronto que algún día podría perder a Ryan se incorporó en la cama con el corazón latiéndole violentamente.

Kirrily tenía sólo nueve años cuando había muerto su hermano. Durante mucho tiempo, se había quedado atrapada en una sensación de pérdida, impotencia y confusión. En muchas ocasiones a lo largo de su adolescencia, se quedaba despierta en la cama, imaginándose que perdía sus padres en las mismas circunstancias en las que había perdido a su hermano.

Se decía entonces, que después de la muerte de Steven y de aquella especie de entrenamientos para el dolor, cuando tuviera que enfrentarse de nuevo a la muerte de algún ser querido, ya estaría preparada para el dolor. Así que se dedicaba a imaginarse su vida sin sus padres, sin sus abuelos, sin Jayne, incluso sin Russia, el perro de la familia… Pero nunca, nunca, había intentado visualizar lo que sería su vida sin Ryan. Hasta ese momento.

—No —susurró en medio de la noche—. No puedo imaginarme lo que sería estar sin él —pero la verdad era que se lo imaginaba perfectamente. Sería como si su corazón estuviera atravesado por un puñal.

El sonido de un patinador se introdujo en los pensamientos de Ryan; instintivamente, se desvió y dejó que el patinador lo adelantara. Al verlo, se preguntó si sería un auténtico fanático del patinaje para el que quedarse en la cama un sábado por la mañana era un crimen o si aquel tipo, al igual que él, había decidido ignorar el frío y la lluvia con la esperanza de que la fatiga física pudiera ayudarlo a alcanzar aquello que no le había sido dado durante la noche… el descanso del sueño.

Incluso después de oír llegar a Kirrily a las doce menos cuarto, una hora bastante decente, había sido incapaz de dormirse. Y tenía que admitir que el motivo tenía muy poco que ver con sus preocupaciones fraternales por Kirrily. ¡Era la libido la que no le

había dejado dormir! Enfadado consigo mismo, aceleró su carrera, preguntándose al mismo tiempo cuántos kilómetros tendría que correr antes de caer rendido.

Pero la culpa era únicamente suya, por supuesto; no debería haberla besado. Sí, aquel podía ser calificado como el error más grande en la historia de los hombres, después quizá del fiasco de la manzana en el paraíso. Pero él comprendía perfectamente la tentación a la que había sido sometido el pobre Adán.

Ryan soltó un juramento y aceleró el ritmo de su carrera. Nunca, ninguna mujer le había afectado jamás como lo hacía Kirrily.

Pero no era sólo la fuerza de aquella atracción física la que lo molestaba; era el modo en el que había desequilibrado sus sentimientos, como si todo lo que sentía o experimentaba estuviera ligado a ella de alguna manera. Sí, siempre se había preocupado por Kirrily y había estado especialmente unido a ella, pero de pronto era como si la dimensión de aquel lazo que los unía hubiera aumentado.

Ryan deseaba que Kirrily volviera a tener quince años otra vez, aquello lo ayudaría a controlarse. Pero sabía que era una idiotez. Por mucho que lo deseara, nada iba alterar el hecho de que Kirrily se había convertido en una mujer bellísima que estaba sumiéndole en un desastre emocional. Cuanto más la miraba, más difícil le resultaba recordarse que aquélla era la misma niña que iba siempre detrás de Steve, de Jayne y de él amenazando con acusarlos a sus padres si no la llevaban con ellos.

A pesar de la persistente lluvia. Ryan continuó castigándose físicamente durante otros noventa minutos, urgido por la frustración y la cobarde esperanza de que cuando por fin volviera a casa, Kirrily hubiera salido. Estaba convencido de que la única manera de evitar otra escena embarazosa era procurar estar el menor tiempo posible con ella.

Al final, completamente empapado por la lluvia y el sudor, se dirigió hacia su calle, agradeciendo que sólo faltara un día para que el trabajo y los colegas lo ayudaran a distraer sus hormonas sin necesidad de tener que correr hasta poner su corazón al borde del colapso.

Al ver un coche de policía aparcado a unos cien metros, soltó un

gemido. Era evidente que el hijo de la señora Dunford volvía a tener problemas. Había pasado un mes desde el día que su vecina le había pedido que hablara con su hijo, un muchachito de catorce años, con la esperanza de que hiciera más caso a un hombre del que le hacía a ella. Después de cuatro semanas sin ningún tipo de problema. Ryan había empezado a pensar que Sean había comprendido lo que le había dicho sobre la necesidad de emplear su talento artístico en algo más productivo que pintar murales en las paredes de la junta municipal. Maldiciendo la estupidez de los adolescentes, corrió hacia la casa de su vecina y llamó a la puerta trasera.

—Señora Dunford, soy Ryan.

Casi inmediatamente le abrió la puerta una mujer de mediana edad y pelo canoso.

—¿Qué ha hecho esta vez? —le preguntó Ryan.

Por la mirada de su vecina, comprendió que no sabía nada de lo ocurrido y deseó dar un buen tirón de orejas a su hijo por causar tantos disgustos a aquella buena señora.

—¿Cree que puede servir de ayuda que hable yo con la policía, señora Dunford?

—Ryan, la policía no ha venido a mi casa, está en la tuya.

—¿En mi casa?

—Sí. Han…

Pero antes de que terminara la frase, Ryan estaba ya en su propio jardín. Rodeó la piscina a toda velocidad, se dirigió hacia el patio y entró por la puerta trasera.

—¡Kirrily! ¿Dónde estás?

Kirrily ni siquiera tuvo tiempo de contestar antes de que Ryan irrumpiera en la sala y clavara los ojos en los dos policías que allí estaban. La joven sabía exactamente lo que Ryan estaba pensando y sintiendo; ella había sentido lo mismo cuando había abierto la puerta y había visto los uniformes.

—Están bien Ryan —le explicó rápidamente—. No les ha pasado nada.

Ryan pareció tardar algunos segundos en registrar el significado de sus palabras.

—Gracias a Dios —musitó entonces, apoyándose con un suspiro contra el marco de la puerta.

Eran las mismas palabras que había pronunciado Kirrily al comprender que el miedo de que le hubiera ocurrido algo a su familia era infundado.

Aunque a Ryan se le desaceleró ligeramente el pulso, la palidez de Kirrily y la presencia de dos policías en la casa era suficiente para inquietar a cualquiera. —Y bien —empezó a preguntar mientras se adentraba en la habitación—. ¿Alguien puede decirme lo que ha pasado?

—Señor, soy el sargento Stuart —se presentó el más alto de los policías—. Y éste es el agente Ellard.

—Ryan Talbot —le estrechó la mano—. ¿Y qué es lo que ha pasado, sargento?

—La policía de Victoria nos ha pedido que nos pusiéramos en contacto con la señorita Cosgrove.

—¿Y para qué?

—Señor…

—Ha habido un incendio —lo interrumpió Kirrily—. Mi casa… se ha quemado…

Ryan soltó un juramento. Aunque jamás había estado en aquella casa, sabía lo mucho que significaba para Kirrily, lo orgullosa que estaba de ella.

—Diablos, cariño. Lo siento —hizo una mueca burlona al comprender lo poco adecuadas que eran sus palabras y dio un paso hacia la joven con intención de abrazarla, pero ella lo evitó.

—¿Cómo es posible que alguien haya querido incendiar mi casa? —preguntó Kirrily con la mirada perdida—. ¿Cómo puede haber alguien capaz de hacer una cosa así? ¿Por que a mí? ¿Qué he podido hacer yo para merecer tanto odio?

El miedo y el terror que se reflejaban en su rostro se clavaron en el corazón de Ryan. Se acercó hasta ella, la rodeó con sus brazos y la estrechó contra él.

—Cariño —le dijo, haciéndola levantar la barbilla para mirarla a los ojos—, escúchame. Un incendio no tiene por qué ser provocado.

No tiene por qué estar relacionado con algo que hayas hecho o dejado de hacer. Esas cosas pasan. Es posible que haya habido un cortocircuito, o algo parecido —se interrumpió al advertir que el sargento estaba sacudiendo la cabeza; un escalofrío le recorrió la espalda al ver su expresión y abrazó a Kirrily con más fuerza.

—No ha sido un cortocircuito, señor Talbot. Como ya le he dicho a la señorita Cosgrove, todo indica que el incendio ha sido provocado.

—Provocado… ¿Pero por quién? —quiso saber Ryan.

—Probablemente por la misma persona que lleva meses hostigando a la señorita Cosgrove.

—¿Qué?

Capítulo 6

Después de que Kirrily le explicara todos los acontecimientos de los últimos meses, el enfado de Ryan cobró tal intensidad que si no hubiera sido por la presencia de los dos policías, habría sido capaz de estrangular a la joven.

Kirrily había sido víctima de anónimos, amenazas, un intento de atentado… ¡Y no se lo había contado! ¡Ni siquiera había tenido el sentido común de marcharse de Melbourne! Pero lo más increíble de todo era la indiferencia con la que relataba todo lo sucedido. ¿En qué habría estado pensando? Evidentemente, en nada. Si la estupidez tuviera alguna recompensa en la otra vida, estaba convencido de que Dios iba a preparar toda una recepción para cuando llegara Kirrily Cosgrove.

Había pasado ya una hora desde entonces, y todavía no había sido capaz de dominar su furia: y, en ausencia de la policía, necesitaba hasta la última gota de su capacidad de autocontrol para dominarse. La necesidad de agarrarla por los hombros y sacudirla hasta que admitiera su estupidez era sobrecogedora. ¡Había corrido un serio peligro y no había hecho absolutamente nada para evitarlo!

En cualquier caso, aquél no era el mejor momento para recriminaciones; eran lo último que Kirrily necesitaba. Desde que la policía se había marchado, la joven había adoptado una pose de aparente normalidad que la asemejaba más a un robot que a la mujer llena de energía y vitalidad que normalmente era.

Ryan nunca la había visto tan frágil, y ésa era la razón por la que estaba decidido a morderse la lengua… Aunque quizá fuera mejor que la provocara para ayudarla a liberar lo que estaba sintiendo. Sí, se dijo Ryan, quizá fuera ésa la mejor forma de actuar.

Estaba comportándose como un auténtico idiota. Lo que le pasaba en realidad era que no tenía ni idea de cómo conducir la situación, y que sólo había sentido algo parecido el día que Steve había muerto.

El corazón pareció detenérsele al recordar cuántas posibilidades había tenido Kirrily de morir en aquel fuego.

—Voy a irme a Melbourne en el primer avión en el que haya una plaza libre.

—¿Qué? —preguntó Ryan, lanzándose prácticamente del fregadero a la mesa de la cocina. Pero la joven no hizo ningún gesto que indicara siquiera que era consciente de su presencia, y mucho menos de su enfado. Ryan se desplazó hasta ponerse directamente frente a ella, pero la joven continuaba con la mirada fija en la taza de café, que llevaba agarrando cerca de cuarenta minutos y que todavía no se había llevado a la boca. Ryan agarró una silla, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre ella.

—Kirrily, mírame —la urgió con delicadeza. Al advertir que la joven ni siquiera parecía reconocerlo, apretó los dientes—. Cariño, has recibido una fuerte impresión, todavía no eres capaz de pensar con claridad. No hay ninguna razón por la que tengas que ir a Melbourne…

—Sí la hay —alzó la cabeza y se quedó mirándolo fijamente—. Tengo un millón de cosas que hacer. Para empezar, creo que debería hablar con el seguro, y además…

La suavidad de su voz, la carencia de emociones que en ella se reflejaba aumentó los temores de Ryan. De una mujer como Kirrily habría esperado que reaccionara clamando venganza, enfureciéndose, y no aceptando todo lo ocurrido con aquella docilidad.

—Sí, eso será lo primero que haré —continuó con calma—, llamaré a la compañía de seguros. Pero no, no puedo llamar hoy, es domingo. Esperaré… esperaré hasta mañana. Supongo que debería llamar también a Carole… Hace más de una semana que no hablo con ella. Es posible que tenga algún trabajo para mí… Quizá quiera que lea algún guión o…

Se interrumpió cuando Ryan le quitó la taza de las manos.

—Escúchame. ¿Por qué no vas a acostarte un rato? Descansa y…

—No tengo tiempo para descansar, Ryan —apartó la mano como si el contacto con la de Ryan la abrasara y lo miró a los ojos—. Por si no te has enterado todavía, un lunático me ha destrozado la casa y tengo que volver a Melbourne.

—¿Por qué? —le preguntó Ryan con una paciencia que estaba

lejos de sentir.

—Porque yo… yo… —tartamudeó, como si no estuviera segura de sí misma, arrastró la silla para levantarse y continuó—, necesito ver la extensión de los daños, tengo que hablar con la policía, ver si Cathy y Paul están bien…

—¡Kirrily!

Al darse cuenta de que había elevado la voz. Ryan se interrumpió y tomó aire.

—La policía ya te ha dicho que la casa está completamente quemada. Cathy y Paul no estaban allí, así que están perfectamente. Mira, puedes hablar con la policía, con el departamento de incendios y con quien te dé la gana, llamando desde aquí, no tienes necesidad de…

—¡Puedo hacer y voy a hacer lo que quiera, Ryan! ¡Nadie tiene derecho a controlarme! ¡Ni tú ni nadie! Así que deja de jugar al hermano mayor y de darme órdenes.

—¡Yo no estoy jugando a nada! Sólo estoy intentando protegerte.

—Pues no lo hagas —le gritó—. ¡No necesito tu maldita protección!

Al ver los ojos de Kirrily llenos de lágrimas, a Ryan se le encogió el corazón. —Tranquilízate, cariño… No pasa nada, ven aquí.

—¡Déjame en paz! —retrocedió hasta la puerta con el brazo estirado, para impedir que Ryan se acercara—. Ya me has oído, Ryan, déjame.

—Kirrily, por favor, yo sólo quiero ayudarte.

—Estupendo. Entonces llama al aeropuerto y consígueme un billete. Yo voy a hacer las maletas.

Giró sobre sus talones y salió corriendo. Segundos después, la oyó cerrar bruscamente la puerta de su habitación.

Mientras observaba los restos de la casa, Kirrily se sentía como si estuviera en medio de una especie de pesadilla o representando un papel en algún drama de televisión. Agarrándose a la verja de hierro forjado de la entrada, miraba fijamente los escombros, intentando aceptar lo que aquellos restos significaban.

El estómago le daba vueltas y no podía hacer nada para contener las nauseas. Bailaban ante sus ojos todo tipo de imágenes, se recordaba a sí misma regando los arbustos y soñando con las flores que tendrían en primavera, imaginándose sentada en el porche, estudiando un guión y disfrutando de su aroma…

La futilidad de aquellos pensamientos le produjo otro ataque de nauseas. Aunque el fuego no había tocado las plantas, ya no había ningún porche en el que sentarse.

—Vámonos, cariño…

Kirrily se apartó bruscamente de Ryan, alejándose de la mano que éste había apoyado en su hombro; aquel tipo de delicadezas no tenían cabida en ese lugar. Se sacó un paquete de pañuelos desechables del bolsillo, sacó uno y se cubrió con él la boca.

¿Por qué su vida tenía que ser más difícil que la de los demás? ¿Por qué tenía que sucederse una complicación tras otra? Ryan siempre decía que cuando era adolescente, parecía ir buscando los problemas. Irónicamente, desde que había crecido, parecía que eran los problemas los que la seguían a ella.

Se descubrió a sí misma intentando contener un ataque de risa histérica al pensar en la exactitud de aquel pensamiento. Ryan Talbot, que por aquel entonces personificaba uno de sus problemas más acuciantes, se había empeñado en seguirla hasta Sidney.

Oh, pensó, con un deseo enfermizo de estallar en carcajadas, si su vida continuaba siendo tan imprevisible, terminaría vendiéndole a Dean Koontz los derechos para escribir un guión sobre ella.

Empujó la puerta de entrada y después de atravesar el jardín se acercó a la puerta principal.

—No, Kirrily, no entres. Este lugar podría derrumbarse en cuestión de segundos.

Sin prestar atención ni a sus palabras ni al letrero de advertencia que habían puesto los agentes del departamento de incendios, continuó caminando. Nadie tenía derecho a decirle lo que podía hacer en su propia casa. ¡Nadie! Ella era una adulta. Una mujer independiente que había demostrado ser capaz de mantenerse sola; había sido capaz de sobrevivir a cientos de kilómetros de sus padres y de todo lo que la había rodeado durante la infancia. Había sido

capaz de vivir por sí misma, en su propia casa.

—Cariño, déjalo, no puedes avanzar más.

Aquella vez el tono fue mucho más autoritario, incitando involuntariamente a Kirrily a reaccionar.

—¡Claro que puedo! —gritó—. ¡Puedo hacerlo perfectamente, Ryan Talbot! Maldita sea, suéltame y déjame en paz.

Ryan fue suficientemente rápido para empujarla justo en el momento en el que un tablón empezó a derrumbarse. Kirrily se volvió asustada y se estrechó contra él.

—Tranquilízate cariño, todo va a salir bien.

Pero Kirrily le dijo con muy pocas palabras lo que pensaba de sus recomendaciones. —No, Ryan. Nada va a salir bien —estalló—. La vida es una porquería, una auténtica peste, una…

—Sí, cariño, lo sé, lo sé…

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad Ryan Talbot? —chilló, mientras se retorcía para que la soltara—. ¡Pues no tienes ni idea!

Ryan no sólo podía sentir su enfado, sino que podía verlo en el brillo intenso de sus ojos verdes y se negaba a soltarla. Rezaba para que la furia diera rápidamente lugar a las lágrimas contra las que Kirrily llevaba luchando todo el día; sabía que necesitaba el desahogo del llanto.

—Vámonos, Kirrily. Tienes que salir de…

—¡Maldita sea, no me digas lo que tengo que hacer! —se atragantó con sus propias palabras y tuvo que luchar para contener un sollozo. Cuando empezó a golpearle a Ryan el pecho, éste no intentó en ningún momento detenerla.

—¡Eh! ¿Quieren que continúe esperándolos? El taxímetro sigue corriendo.

Ryan volvió la mirada hacia el taxista que los había llevado desde el aeropuerto. La verdad era que no le parecía lo más conveniente arrastrar a Kirrily hasta el vestíbulo del hotel; posiblemente al día siguiente aparecería en los titulares de todos los periódicos, pero por otra parte, empezaba a oscurecer y cada vez hacía más frío.

—¡Espere un momento! —le gritó al taxista, y estrechó a Kirrily contra él. Aunque seguía resistiéndose, por lo menos sus acusaciones ya no iban dirigidas hacia él, sino hacia el tipo que le había quemado la casa.

—¡Canalla, asesino! ¿Cómo te has atrevido a hacerle esto a mi casa? No es justo, no es justo —sollozó, mientras le golpeaba a Ryan los hombros—. Yo quería esta casa, era mi independencia, lo era todo. La compré yo sola… sin consultar a nadie. Ni a mi madre… ni a mi padre… no necesité el consejo de nadie, ni el tuyo siquiera.

Continuaba golpeándolo, pero sus puñetazos eran cada vez más débiles y aumentaba la intensidad de su llanto.

—Yo adoraba esta casa, Ryan, de verdad.

—Chsss, cariño —ronroneó él—, ya lo sé.

Al final. Kirrily se rindió a las lágrimas. Y Ryan, que había resistido sus puñetazos sin sentir el menor dolor, absorbía los tristes estremecimientos de Kirrily con una angustia que le estaba destrozando las entrañas.

La intensidad de lo que estaba sintiendo, lo sorprendió. Jamás había experimentando un dolor como aquél. Ryan sabía hasta qué punto podía llegar la compasión por alguien, pero aquello era diferente, jamás había sentido algo así.

Era como si estuviera sufriendo con Kirrily, como si su dolor también lo alcanzara a él. Un dolor superior a cualquier otro de los que había conocido, mayor incluso que el que había sentido el día que había muerto en sus brazos su mejor amigo.

Capítulo 7

Kirrily se miró en el espejo del baño y se apartó horrorizada; tenía el aspecto de un demonio en uno de sus peores días, y no se sentía mucho mejor.

Abrió la única maleta que había llevado y sacó un chándal de color verde. Mientras se ponía los pantalones, musitó todo tipo de imprecaciones contra el canalla que le había quemado la casa, pero fue en el momento en el que se estaba poniendo el jersey cuando la enormidad de lo ocurrido la golpeó con toda su fuerza. La casa y todo lo que había dentro estaba asegurada, de modo que podría ser sustituido, con objetos incluso más bonitos. Pero todos sus objetos personales, como los recuerdos del colegio, las joyas de su madre, las fotografías de ella y de Steve, todas aquellas cosas que con tanto cariño había guardado, habían desaparecido para siempre. Estaba demasiado afectada para llorar; permanecía muy quieta, como una estatua, intentando encontrarle sentido a lo ocurrido.

Durante las últimas semanas su vida, normalmente bastante tranquila, había empezado a parecerse a ana película de terror. Y todavía, a pesar de que todo indicaba lo contrario, le costaba aceptar que alguien estuviera intentando matarla.

No tenía ningún sentido.

—¡No! —tenía que haber otra explicación—. Es posible que alguien esté intentando asustarme, o convertir mi vida en un horror, pero nadie, absolutamente nadie, tiene ninguna razón válida para matarme. No fue consciente de lo alto que había gritado hasta que Ryan entró en la habitación.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó, corriendo hacia ella y agarrándola de los brazos.

—No. no. Sólo estaba pensando en voz alta. Estoy bien.

El miedo que había tensado los músculos de Ryan desapareció inmediatamente, pero al advertir la fatiga y la confusión grabadas en el rostro de la joven, sintió una extraña presión en el pecho.

—Pues no lo parece. ¿De verdad te encuentras un poco mejor?

Por un momento, Kirrily se quedó mirándolo fijamente, como si

no fuera capaz de reconocerlo, después, tragó saliva y asintió vacilante.

Para Ryan, el hecho de que no se hubiera sentido ofendida por su comentario, en absoluto malintencionado o que le hubiera dejado claro que hacer esa pregunta en aquellas circunstancias era una solemne tontería, sólo era una muestra del estado de nervios en el que se encontraba. Suspirando ante su incapacidad para agarrar al animal que estaba sometiendo a Kirrily a aquella tortura, la soltó y retrocedió.

Cuando se alejó de ella, Kirrily tuvo que hacer un enorme esfuerzo para mantenerse en pie. En medio de la locura provocada por aquel incendio y el precipitado viaje en avión, se había olvidado completamente de Ryan. Bueno, en realidad no se había olvidado de él, sólo de que la noche anterior había hecho el increíble descubrimiento de que estaba enamorada de él. Pero en cuanto Ryan había irrumpido en la habitación vestido únicamente con unos vaqueros, el corazón le había dado un vuelco. Y no sólo el corazón.

No podía recordar cuándo lo había visto por última vez sin camisa, pero estaba segura de que cuando quiera que hubiera sido, no tenía ese aspecto. Un encuentro con un hombre tan espectacular era algo que una mujer recordaría con la misma precisión que su fecha de cumpleaños. Rápidamente, apartó los ojos de su pecho desnudo. Dios mío, se dijo desesperada, su vida cada vez se parecía más a una mala película.

No sólo había alguien amenazándola, sino que, al igual que en cualquier película de acción, parte de la trama consistía en que se había enamorado de un hombre que no tenía el menor interés en ella. Casi podía imaginarse el anuncio de la película: Kirrily la historia de una mujer persiguiendo un amor sin esperanza y perseguida por una amenaza sin rostro.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido? —le preguntó Ryan al verla reír.

—Mi vida —contestó en tono sarcástico mientras se dejaba caer en la cama—. O por lo menos mi existencia en esta especie de universo paralelo. ¿Tú crees que puede ser eso lo que ha sucedido? ¿Que de alguna manera me he trasladado a otra dimensión? La

verdad es que sería la única forma de encontrar sentido a todo lo que me está pasando.

—Para mí nada de lo que ha ocurrido tiene ningún sentido, y mucho menos el hecho de que no se lo hayas contado a nadie.

La determinación de su rostro le indicó a Kirrily que no le iba a resultar nada sencillo eludir una explicación.

—Aparte de que es asunto mío —respondió—, no les he dicho nada a mis padres porque sabía que eran capaces de acampar delante de la puerta de mi casa o de hacerme volver a Sidney —o de enviarle a él a buscarla, añadió para sí.

—No deberían haberte obligado a marcharte; eres tú la que debería haber tenido cerebro suficiente como para largarte de aquí en cuanto empezó todo este lío. Quedarte sola en esta casa es lo más estúpido que has hecho en toda tu vida.

—Te agradezco la consideración, pero no sé si recuerdas que llevo en Sidney toda una semana. ¿Ya te has olvidado de que hemos venido hoy en avión?

—Hemos venido hoy porque un loco ha incendiado tu casa. ¡Después de haber puesto una bomba en tu coche! Sólo a una persona con medio cerebro no se le habría ocurrido largarse de aquí en ese mismo instante. De hecho, cualquier persona sensata se hubiera largado en cuanto hubiera recibido las dos primeras cartas amenazadoras.

—En ese caso, todo el equipo de *Hot Heaven* debe de estar completamente loco, porque no hay nadie que no haya recibido ese tipo de cartas —le informó—. Incluidos los guionistas y los productores, ¡y a ninguno de ellos se le ha ocurrido marcharse de la ciudad! ¿También vas a insultarlos a ellos?

—¡No me importa lo que hagan los demás! Maldita sea, Kirrily, ellos no corren ningún peligro, pero tú sí.

—Bueno, creo que incluso una persona tan estúpida como yo ha podido darse cuenta de ello. Pero hasta hoy mismo, la policía no pensaba que las amenazas fueran dirigidas a mí personalmente.

—Dios mío. Kirrily, ¡pusieron una bomba en tu coche!

¿Y de verdad pensaba, se preguntó Kirrily, que era tan imbécil

como para haberse quedado por allí estando convencida de que los ataques iban dirigidos directamente a ella? A juzgar por el modo en que la estaba mirando, la respuesta sólo podía ser afirmativa. Sí, no tenía ninguna duda. Ryan Talbot debía tenerla puesta en el primer lugar de la lista de personas que necesitaban una lobotomía. En cualquier caso, teniendo en cuenta lo que sentía por Ryan, ¿quién era ella para negar su propia estupidez?

—El coche era prestado —empezó a contarle—. Una forma de publicidad, seis de los actores de *Hot Heaven* teníamos el mismo modelo. Podía habernos pasado a cualquiera.

Después de susurrar algo ininteligible, Ryan se sentó a sólo unos centímetros de ella.

—Comienza por el principio —le pidió.

Kirrily suspiró con resignación y se dispuso a darle la explicación que le pedía.

—Durante años, la serie ha sido periódicamente el blanco de moralistas, aparte de todo tipo de locos —le dijo—. Los anónimos y las llamadas amenazadoras no son precisamente algo nuevo. Pero he pasado épocas peores, como por ejemplo cuando Skye, el papel que representé anteriormente, tuvo una aventura con el mejor amigo de su padre. Se recibieron muchas quejas, la gente consideraba que podía ser una influencia negativa para la juventud y decían que se trataba de un asunto de muy mal gusto.

—¿De mal gusto? —Ryan arqueó una ceja—. ¿Y había algo que no lo fuera?

—Escucha, Ryan, nadie ha dicho que se tratara de una serie digna de un Osear, pero me pagaban bien. A mí me gustaba, y, a juzgar por los índices de audiencia, al público también.

—Por lo visto no a todo el mundo.

—¡Pero eso es lo que no comprendo! ¿Por qué hay gente que se dedica a ver programas que no le gustan? Lo que quiero decir es que nadie está obligado a ver ese programa. Pueden elegir entre miles de canales.

—Sí, supongo que tienes razón.

Le dirigió una mirada tan penetrante que Kirrily se sintió como

si de los ojos azules de Ryan hubiera surgido una corriente que la tenía completamente inmovilizada.

—Pero hay otras razones —continuó diciendo—, aparte de un guión de primera y un buen argumento, por las que la gente se engancha a una serie.

—¿Cómo…cuáles? —preguntó Kirrily con el corazón latiéndole violentamente en el pecho.

—Como la necesidad de buscar algo de lo que poder quejarse.

—Oh… pensaba que ibas a decir… —se interrumpió justo a tiempo, consciente de que había estado a punto de quedar como una auténtica idiota. —¿Qué es lo que pensabas que iba a decir? —la instó Ryan ligeramente irritado.

—Nada. No es difícil adivinar que consideras que ese programa está por debajo de tu nivel intelectual.

—La verdad es que creo que está por debajo del nivel intelectual de cualquiera —gruñó con disgusto—. En mi opinión, sólo es muestra de sexo fácil y de mal gusto.

—¡Aja! Entonces es que la has visto.

—Mi opinión está basada en los anuncios de la serie y en lo que le he oído decir a Jayne. Ella sí la ve, al parecer por un extraño sentido de la lealtad hacia ti.

—Entonces tengo que admitir mi error. Es evidente que tu punto de vista sobre la serie está basado en un profundo estudio de la misma.

—Escucha —repuso Ryan con cansancio—, no vamos a discutir sobre los supuestos méritos de una serie que ni siquiera tú consideraste suficientemente buena para volver a trabajar en ella. Yo…

—La única razón por la que no he vuelto a trabajar en ella es que no me han ofrecido renovarme el contrato.

—¿Quieres decir que te despidieron?

—No me despidieron, simplemente no quisieron renovarme el contrato.

—¿Por qué? —preguntó Ryan. Al ver que Kirrily desviaba la

mirada, repitió la pregunta—: ¿Por qué Kirrily?

—No lo sé —se encogió de hombros e inclinó la cabeza—. Probablemente quería…

Ryan le hizo levantar la cabeza y le sostuvo la mirada con dureza.

—¿Por qué?

Kirrily apartó bruscamente la cabeza y se levantó de un salto.

—Siempre quieres saberlo todo, ¿verdad? —era una queja, más que una pregunta—. De acuerdo entonces —continuó—, no me renovaron el contrato porque había gente del equipo que decía que era muy difícil trabajar conmigo porque tenía muy mal genio. Lo cual es una mentira de…

—A mí me parece una respuesta muy convincente.

—Escucha, Ryan —la furia de Kirrily era tal que se habían teñido de rubor sus mejillas—, comparada con algunos de los actores, no me diferencio mucho de la Madre Teresa.

—Supongo que no lo dirás por el papel que hacías…

—¡Cállate!

Después de dar algunas zancadas por la habitación, la rabia pareció abandonarla, se detuvo y dejó caer las manos a ambos lados con evidente desánimo. Ryan esperó durante aquellos segundos de tenso silencio observando el reflejo de Kirrily en el espejo e intentando interpretar la docena de sentimientos que cruzaban su rostro. Al cabo de un rato, Kirrily fue consciente de su atención. El cruce de miradas encendió un extraño fuego en el interior de Ryan.

—La verdadera razón por la que no me renovaron el contrato fue porque tomé una decisión equivocada —el espejo reflejaba su expresión de pesar—. Me negué a salir con el hijo del director.

Kirrily esperaba que Ryan hiciera algún gesto de incredulidad, por eso le resultó tan sorprendente su expresión de alivio.

—Ese tipo, Aidan, ¿no era el hijo del jefe?

Kirrily asintió.

—Peor aún. Era el ser más soberbio y estúpido del mundo cuando él no estaba.

Al oírselo admitir, Ryan esbozó una afectada sonrisa.

—Lo conocí en la fiesta de tus padres, aunque por aquel entonces no parecías pensar que fuera tan desagradable.

—Gracias una vez más, señor Talbot —le contestó Kirrily con falsa dulzura—. No sé cómo podría vivir sin que me recordaras constantemente mis errores.

Ryan ignoró su sarcasmo; quería escuchar el resto de la historia cuanto antes. Empezaba a resultarle estresante encontrarse en el mismo dormitorio que Kirrily.

—Entonces dime —le pidió, intentando apartar de su cabeza aquellos incómodos pensamientos—. ¿Cuánto tiempo tardaste en denunciar a la policía lo de las cartas?

—No estoy segura —se volvió hacia él—. Avisé al servicio de seguridad casi inmediatamente, pero no tuve constancia de que la policía estaba metida en el caso hasta que pusieron la bomba en el coche.

—¿Y cuándo fue eso?

—Dos días después de que grabara el anuncio de preservativos.

—¿Pero no fuiste tú el único miembro del equipo que grabó ese anuncio?

—Sí, pero…

—Entonces la policía podría haberse imaginado que…

—Ryan —en un gesto automático, lo agarró del brazo y razonó —: el anuncio ni siquiera había sido montado en ese momento, y, por supuesto, no había sido emitido. Nadie que no esté involucrado en la industria del cine podía saber que yo participaba en ese anuncio.

—Y, naturalmente, todo el mundo asumió que se trataba de alguien ajeno a ese mundo —le dirigió una mirada glacial—. Lo que ha demostrado ser una suposición totalmente equivocada.

—¡No! Ya es suficientemente malo pensar que alguien quiere matarme para tener que considerar la posibilidad de que sea alguien que ha trabajado conmigo.

—Lo siento, cariño, pero es una posibilidad a la que deberías

enfrentarte.

Kirrily sacudió la cabeza.

—Me niego a creer una cosa así —pero a medida que lo decía iba sintiendo el sabor del miedo en la boca. Volvió a sacudir la cabeza, pero por la expresión de Ryan era evidente que éste no iba a cambiar de opinión. Eso era lo que más la aterrorizaba. A lo largo de su vida había aprendido que cuando ella y Ryan no estaban de acuerdo en algo, el tiempo terminaba dándole a él la razón—. Dios mío, ¿qué voy a hacer? Todo esto es una locura.

Ryan, que empezaba a enfrentarse a la tentación de tomarla en sus brazos y besarla hasta sustituir el miedo que se reflejaba en sus ojos por el brillo de la pasión, comprendió que había llegado el momento de marcharse. Y rápido.

—Todo se arreglará —la consoló, mientras tomaba la prudente medida de meterse las manos en los bolsillos—. Pero como siempre se piensa mejor con el estómago lleno, ¿por qué no llamas al servicio de habitaciones y pides que nos suban algo mientras me ducho?

Treinta minutos después, estaban sentados en la sala de la suite, rodeados por la música de la radio y una botella de vino en la mesa, intentando relajarse. Por mutuo acuerdo, habían decidido dejar el tema del incendio y todo lo relacionado con él para otro momento.

Kirrily no había mostrado mucho entusiasmo por la comida hasta que no la había tenido delante. Esa era la razón por lo que para ella sólo había pedido una ensalada y en ese momento estaba robando las gambas del plato de Ryan a la misma velocidad que éste las pelaba.

—Avísame cuando estés llena, Kirrily, y así te evitaré problemas con los gases —bromeó Ryan cuando la joven le quitó otra gamba.

—Mi madre dice que las damas nunca tienen problemas de gases.

—¿Y también dice que no pueden pelar el marisco?

—No. pero yo siempre encuentro a alguien más rápido y hábil que yo que lo haga.

—De acuerdo, en ese caso deberías pelar por lo menos una para

que pueda saber si realmente soy más rápido.

—¡No! —exclamó mientras le quitaba otros dos crustáceos del plato—. Esta vez tendrás que confiar en mí —sonrió con deleite.

—Es evidente que no le has prestado ninguna atención a tu madre sobre ciertas normas de etiqueta. Te recuerdo que es de muy mala educación comerse lo último que queda en el plato.

—Oh, no seas gruñón. Tú has sido el que ha insistido en que comiera.

Ryan soltó una carcajada.

—¿Y desde cuándo has estado dispuesta a aceptar una de mis sugerencias?

—Casi siempre lo hago. Además… —la mirada de alarma de Ryan la hizo interrumpirse—. ¿Qué pasa?

—Estoy esperando a que empiecen a caer rayos en la habitación.

—Oh, eres una rata.

—Una rata hambrienta —miró la gamba que Kirrily todavía sostenía en la mano—. Si no te la vas a comer, déjamela a mí, me gustaría comer por lo menos dos.

Kirrily mordisqueó la gamba y suspiró con gesto teatral. Ryan soltó un gruñido de desaprobación.

—Oh, toma —le dijo, acercándole a la boca la pequeña porción de marisco que quedaba—. Jamás podrá decir nadie que le he negado la comida a un hombre hambriento.

Ryan alzó la mirada desde la gamba que la joven sostenía en la mano hacia sus sonrientes ojos. Aquél fue uno de los mayores errores de su vida; el corazón empezó a latirle con tal violencia que sentía vibrar todo su cuerpo. En ese mismo momento, se apoderó de él un deseo casi doloroso. Apretó los labios y tragó saliva, mientras le suplicaba a su cerebro que se hiciera cargo de la situación.

La repentina rigidez y expresión de Ryan le advirtió a Kirrily que había dejado de participar en aquel juego. Bajo su mirada, sentía que acababa de asignarle el papel de agresora en una batalla en la que él no quería participar si no era para ganar. Se estremeció al pensar en vencerlo obligándolo a aceptar la gamba que en ese momento no quería. La imagen de los labios de Ryan rozando sus

dedos le dejó sin respiración.

—Venga, vamos —lo urgió, rozando sus labios—. Te aseguro que está muy buena. ¿No quieres probar siquiera el último mordisco? Ryan la agarró de la muñeca; el deseo contenido estaba dando paso al enfado.

—¡Déjalo ya, Kirrily! ¡Y haz el favor de madurar!

Se levantó tan bruscamente que su silla se cayó al suelo y, por un instante Kirrily se quedó sin habla. Después, empezó a sentir un fuego en su interior, en parte a causa del enfado, pero sobre todo por la inconfundible expresión de Ryan y el bulto que había tenido tiempo de ver antes de que se diera la vuelta.

Ryan la deseaba. Ryan Talbot la deseaba como mujer. El sólo hecho de pensarlo le daba vértigo; y saber que se odiaba a sí mismo por desearla la enfurecía. ¿Qué tenía ella de malo para que no pudiera desearla?

—Eso de pedirme que madure, ¿es una forma de convencerte a ti mismo de que soy una niña, o lo que pretendes es convencerme a mí? Porque si es lo último, estás perdiendo el tiempo —se levantó y se acercó hasta él—. Y si es lo primero… bueno, en ese caso, creo que deberías ir al psiquiatra para que estudiara esa extraña aversión que te ha surgido de pronto hacia las gambas.

—Si sabes lo que es bueno para ti, Kirrily, cierra la boca y sal ahora mismo de esta habitación.

—¿Sabes Ryan? —deslizó un dedo por su espalda—. Lo que realmente es bueno para mí, eres tú.

Capítulo 8

Ryan se volvió y la agarró de los brazos. —¿Qué demonios quieres de mí.

—Lo mismo que tú quieres de mí.

Kirrily dio un paso para estrecharse contra él.

—Por supuesto —susurró Kirrily acariciándole el lóbulo de la oreja y dejando después que su mano descendiera por su barbilla y la parte superior de su cuello—, es posible que esté equivocada respecto a lo que tú quieres —lo miró arqueando una ceja—. ¿Lo estoy?

A Ryan se le ocurrieron un centenar de razones por las que debería alejarse de ella, pero se desmoronaron en cuanto tuvieron que enfrentarse a la respiración entrecortada de Kirrily y al roce de sus curvas. Durante años, había experimentado los juegos inocentes de Kirrily, su genio salvaje y después su carácter fuerte e independiente, pero jamás la había visto en aquel papel de mujer seductora.

—¿Me equivoco, Ryan?

Ryan cerró los ojos. Se sentía como si estuviera peleando contra un millón de demonios mientras Kirrily continuaba presionándolo, física y verbalmente. ¡Sí! Le habría gustado gritar, estaba equivocada. Pero antes de que pudiera verbalizar aquella evidente mentira. Kirrily había alzado la mano hasta su boca y Ryan se encontró a sí mismo hundiéndose en sus maravillosos ojos verdes.

—Jamás me has mentido. Ryan. No empieces a hacerlo ahora.

Kirrily oyó un suspiro de admisión antes de que su cuerpo fuera jubilosamente bombardeado por todo tipo de sensaciones eróticas mientras Ryan lamía sus dedos y la estrechaba contra él. Instintivamente, la joven le rodeó el cuello con los brazos y se abrazó con las piernas a sus caderas.

—Más fuerte —susurró Ryan contra la columna de su cuello—. Abrázame más fuerte.

Kirrily obedeció, alzó una pierna para rozar con su zona más

sensible la evidencia del deseo de Ryan y recibió a cambio un gemido de aprobación que la llenó de satisfacción. Los besos de Ryan en su cuello eran hipnóticos, pero ella estaba desesperada por saborearlo, necesitaba sentir la lengua de Ryan acariciando la suya. Confiando en la firmeza de sus piernas y en la fuerza de los brazos de Ryan para evitar que se cayera, lo agarró de la cabeza y le hizo inclinarla hasta que quedara a sólo unos centímetros de la suya.

—Ryan… bésame…

Kirrily no estaba segura de si sus palabras eran una orden o una súplica, pero cuando Ryan reclamó su boca con una urgencia que rozaba casi la brutalidad, consideró aquel gesto como una victoria. Ryan estaba respondiendo de una forma en la que no había sombra de protección y, embriagada por el poder de tanta sensualidad, Kirrily le respondió con la misma intensidad. Hundió los dedos en su pelo mientras Ryan hundía los suyos en su trasero y lo besó con el mismo abandono que el la besaba.

La mente de Ryan era como un caleidoscopio de sensaciones, todas en torno a la mujer que tenía en sus brazos, una mujer cuya pasión era más contagiosa y potente de lo que jamás podría haberse imaginado. Aquella era la experiencia más dulce y a la vez la más cruel de su vida. El calor y la dulzura de su boca alimentaban su deseo, dejándolo cada vez más hambriento.

Al imaginársela desnuda y retorciéndose bajo él, aumentaba si excitación. Pero aquella excitación que lo urgía fue contraatacada por una oleada de ternura.

¡Aquella era Kirrily! Aunque le costara la vida, iba a hacer aquello lentamente; Kirrily se merecía algo mejor que un simple desahogo. Aquélla iba a ser la mejor experiencia sexual de su vida. Pero todas sus buenas intenciones se desvanecieron en el momento en el que Kirrily comenzó a imitar con las caderas el provocativo movimiento de su lengua.

Kirrily no supo en qué momento la llevó a la habitación, pero la verdad fue que cuando se encontró en la cama no le importó lo más mínimo.

—¿Tienes preservativos?

Lo preguntó en medio de una lluvia de besos que dificultó seriamente la capacidad de comprensión de Kirrily.

—¿Eh? —preguntó, sacudida por un estremecimiento de deseo.

—¿Tienes alguna forma de protección?

—Eh, sí… en mi neceser. Está en mi maleta.

Momentos después, Ryan se levantó de la cama y fue a buscar los preservativos. Durante la espera, Kirrily no pudo evitar cierto nerviosismo, ¿qué ocurriría si Ryan cambiaba de opinión?, se preguntaba.

Pero no lo hizo. Ryan volvió, dejó la caja de preservativos en la mesilla y se tumbó a su lado. Kirrily se estrechó contra él.

El contacto de las manos de Ryan contra su piel en el momento en el que alzó la sudadera, la dejó completamente fuera de control. Quería sentir sus manos contra sus pezones, que se erguían inquietos esperando sus caricias. Impulsada por el deseo, empezó a bajarse los pantalones del chándal, pero Ryan se lo impidió.

Estupefacta, alzó la mirada hacia él.

—¿Qué es…?

Había tal veneración en expresión con la que Ryan estaba mirando sus senos desnudos que la joven se quedó sin respiración. Para ella, fue como si el tiempo hubiera dejado de correr mientras Ryan acercaba su rostro hacia cada uno de sus pezones; cuando volvió a recobrar el sentido del tiempo, se encontraba desnuda bajo el cuerpo igualmente desnudo de Ryan.

—Ryan… yo quiero…

—Chsss, no hables, limítate a sentir.

—Pero no puedo. Me has agarrado las manos.

Una sonrisa iluminó el semblante de Ryan.

—Confía en mí, no las vas a necesitar. Además, o me dejas tomar a mí el control, o esto va a durar muy poco.

Con la mano libre, comenzó a acariciarle la garganta para deslizaría a continuación entre sus senos y descender hasta el monte de venus.

—¿Te gusta? —le preguntó mientras jugaba con el centro de su feminidad hasta hacerla estremecerse. Con el rostro fijo en el de Kirrily continuó acariciando el botón del placer con el pulgar y

hundió en ella otro dedo—. Pues te prometo que todavía puede ser mucho mejor.

Kirrily era incapaz de dominar su mente o sus cuerdas vocales para hacer ningún comentario. Su excitación aumentaba con cada una de las caricias de Ryan. hasta convertirse en un placer casi doloroso que le hacía arquear las caderas, buscando su mano cada vez que sentía la más mínima posibilidad de abandono.

—Relaje, cariño —susurró mientras Kirrily se retorcía intentando liberar sus manos—, relájate.

Su voz sonaba como si llegara de otra dimensión, como si se estuviera filtrando en el arcoiris de luces que inundaba la mente y el cuerpo de Kirrily. La joven intentaba decirle lo que estaba viendo y oyendo, pero sólo podía susurrar su nombre.

Ryan le soltó las manos cuando sintió los estremecimientos del orgasmo: el temor a no ser capaz de aguantar ni un segundo más, convirtió la tarea de abrir el preservativo en la más difícil de las empresas. Conteniendo la respiración, se enfundó con dedos temblorosos el preservativo. —Ry… Ryan —susurró Kirrily con una voz que para Ryan era como un ángel—. Déjame ven.

Había tanto miedo o tanta admiración en su rostro que Ryan estuvo a punto de desmoronarse. La emoción que surgía en su interior era una extraña mezcla de ternura, deseo y una anticipación que rozaba el miedo.

Cerró los ojos, intentando tranquilizarse un poco, pero fue una batalla perdida en cuanto Kirrily posó las manos en su trasero y arqueó las caderas contra él.

—Enséñame cómo puede ser mejor, Ryan.

La ansiedad de Kirrily desbocó los pensamientos de Ryan: el último pensamiento de éste mientras se hundía en ella, fue que al menos ya había conseguido satisfacerla por completo.

Al sentir que se movía el colchón, Kirrily abrió los ojos. La luz que le llegaba desde la sala era suficiente para poder seguir con la mirada el camino de Ryan hacia el baño, pero no tanto como para permitirle estudiar los movimientos de su trasero con detalle.

Un débil gemido escapó de su garganta al recordar el contraste entre la suavidad de la piel de su trasero y la ligera aspereza del

vello que cubría su pecho… Tenía que reconocer que le había encantado poder acariciar cada centímetro de su piel. ¡Y tampoco tenía ninguna queja sobre la forma en la que Ryan la había acariciado a ella!

Kirrily era consciente de que estaba sonriendo como una tonta, pero no le importaba. ¡Jamás se había sentido tan bien, tan maravillosamente bien!

Nada la había preparado para los placeres que Ryan la había mostrado aquella noche. Era como si hubiera sometido a algún hechizo… Por un momento, temió que el acontecimiento más espectacular de su vida hubiera sido un sueño, pero Ryan volvió a aparecer en la puerta del baño y supo entonces que la realidad podía encerrar también buenas dosis de magia.

Entró en el dormitorio con una toalla alrededor de la cintura y el pelo revuelto; tenía un aspecto tan sexy que al principio la joven ni siquiera se dio cuenta de que por alguna razón también parecía…

—¡Tú… tú! —exclamó furioso mientras se acercaba de una sola zancada a los pies de la cama—. ¿Por qué no me has dicho que eras virgen?

—Yo…

—¿Qué? ¿Querías saber si tus dotes de seducción funcionaban tan bien en la vida real como en televisión? —con un rápido movimiento, recogió la sudadera del suelo y se la tiró al pecho—. Bueno, pues se puede decir que lo has conseguido. ¡Felicidades!

Kirrily estaba tan sorprendida que lo único que pudo hacer fue agarrar la sudadera intentado ocultar su desnudez.

—Ryan… —empezó a susurrar con voz apenas audible—. Ryan, no sé por qué estás tan enfadado. No es…

Ryan respondió con una seca carcajada que le hizo olvidar a la joven todos los sentimientos agradables de aquella velada y sustituirlos por la confusión y la vergüenza. Renunció a intentar adivinar los sentimientos que se escondían detrás de los ojos de Ryan porque los suyos estaban empañados en lágrimas.

—¿Enfadado? —sacudió la cabeza—. Estoy mucho peor que enfadado. ¿Tienes idea de lo repugnante que me siento, Kirrily?

Hablaba en un tono tan insultante que reactivó los pocos vestigios de orgullo que le quedaban a la joven.

—¿Te sientes repugnante? —estalló, rezando para que sus habilidades de actriz le permitieran parecer enfadada y ocultar así el dolor que albergaba en su pecho—. Bien, si ésa es la típica reacción post-coito, me parece que para esta pobre tonta el sexo va a ser una experiencia excepcional. ¡Sal ahora mismo de mi habitación! Como Ryan no se movía, le tiró un almohadón.

—Kirrily, espera…

—¡Sal inmediatamente de aquí! —gritó, tirándole un segundo almohadón—. ¡Desaparece de mi habitación y de mi vida para siempre!

Por un momento. Ryan pareció tener intención de ignorar su orden, pero cuando vio que Kirrily alargaba la mano hacia la radio que había en la mesilla de noche, cambió de opinión.

Ryan salió de su habitación a las siete de la mañana y encontró a Kirrily hablando por teléfono. Reparó vagamente en los vaqueros y la cazadora con los que iba vestida, pero su mente la recreaba tal como la había visto la noche anterior, al ver la melena flotando libremente sobre su espalda, tuvo que luchar contra la tentación de volver a acariciarla.

—Y le agradecería que me enviara un taxi… Sí, gracias, dentro de cuarenta minutos me parece estupendo.

—¿Te parece estupendo para qué? —le preguntó Ryan cuando colgó el teléfono.

Kirrily se volvió sobre sus talones: en su rostro se reflejaba la sorpresa y la falta de sueño, pero rápidamente levantó la barbilla en actitud desafiante.

—Me voy.

—Ya lo sé. Hemos reservado dos billetes para las diez y cuarto de la mañana.

—Por mí, tú puedes irte cuando te apetezca, pero yo me quedo en Melbourne. No quiero tener que volver a sufrir tu compañía en toda mi vida.

—Ten cuidado con lo que deseas —le advirtió Ryan, pero se

arrepintió de sus palabras al ver el miedo que se reflejó en sus facciones.

—Si los deseos sirvieran para algo, esta mañana habría descubierto al despertarme que todo lo que ha sucedido durante estos dos días ha sido una pesadilla —lo miró con los ojos entrecerrados y Ryan comprendió que no estaba hablando del incendio—. Estoy deseando que desaparezcas de mi vista y te encuentres a miles de kilómetros de aquí.

—No pienso dejarte sola. Puedes odiarme todo lo que quieras, pero no seas tan inmadura como para creer que voy a dejar que corras ningún peligro por culpa de tu orgullo.

—¡Genial! No creo que te preocupe mucho mi orgullo después del trabajo demoledor que hiciste ayer por la noche.

—Kirrily, yo…

—¡No! —alzó la mano—. Lo último que quiero oír es una disculpa.

—¿De verdad? Pues me alegro, porque no pensaba disculparme. A mí me parece que yo soy el único que se merece una disculpa por lo que ocurrió anoche.

—¿Tú? ¿Por qué? —le preguntó estupefacta.

—Porque me endilgaste la responsabilidad de quitarte la virginidad. ¡Por eso! Me engañaste, Kirrily.

—¿Que te endilgué qué? —rió con incredulidad—. ¿Cómo puedes decir que te engañé, por el amor de Dios?

—Te comportaste como si fueras toda una experta en el arte de la seducción. ¡Demonios! Aprovecharme de ti después de haberme pasado años intentando protegerte de los cerdos que se te acercaban ya habría sido suficiente malo, pero descubrir que soy el único cerdo que te ha tocado… eso es…

—La tontería más grande que he oído nunca —estalló—. Para empezar, tú no me has quitado nada, en todo caso, yo te lo ofrecí.

—Bien, dilo como quieras…

—Y en segundo lugar, la única razón por la que todavía era virgen era que cuando era una adolescente y estaba dispuesta a dar cualquier cosa para librarme del estigma de la virginidad, tú, Ryan

Talbot, espantaste a todos los candidatos que podrían haberme ayudado. Incluso me diste una charla fraternal explicándome que eso no era una decisión consciente, que simplemente ocurría cuando llegaba el momento oportuno. ¿Y sabes una cosa? —continuó diciendo con los brazos en jarras—. Ayer por la noche, llegó el momento oportuno. Si me comporté como una mujer con experiencia, quizá sea porque he tenido muy buenos directores en las escenas de amor. O quizá porque leyendo determinados artículos en algunas revistas femeninas he aprendido suficiente teoría sobre el tema como para no comportarme como una patosa. O quizá, y sospecho que eso es lo que te asusta, porque la química entre nosotros es tan fuerte que lo único que tuve que hacer fue dejar que me guiara mi instinto.

Ryan se limitaba a mirarla fijamente.

—Pues bien, te guste o no, es eso lo que ha sucedido —continuó diciendo la joven al ver que él no respondía—. Llámalo química, atracción física o simple lujuria, pero el hecho es que a mí no me preocupa mi virginidad. Por otra parte, es evidente que si no hubiera sido virgen, tú no estarías tan enfadado, de modo que el error ha sido tuyo, no mío y no pienso dejarme arrastrar por tu complejo de culpabilidad. Además, ya es hora de que reconduzcas la promesa que le hiciste a Steve de cuidarme a sus justos términos.

Al verlo apretar los labios, comprendió que por fin había conseguido penetrar en su aparente indiferencia.

—Te agradezco que en el pasado me hayas protegido de todos los hombres que se han acercado a mí con malas intenciones, pero a partir de ahora, no te confundas pensando que eres el responsable del comportamiento de mis hormonas. Tengo veinticuatro años, Ryan, tres años más de los que tenía mi hermano cuando murió y tres años más de los que tenías tú cuando asumiste esa responsabilidad. Así, que puedes considerarte liberado del papel de ángel guardián que te asignaron.

Después de aquel desahogo, Kirrily tuvo que esforzarse para no salir corriendo de la habitación, no sólo porque sabía que Ryan debía estar esperando que hiciera una salida dramática, sino porque tenía la sensación de que el futuro de su relación dependía de su capacidad para enfrentarse a las respuestas de Ryan. Pero el peso del silencio y la inescrutable expresión de Ryan la hacían sentir

claustrofobia.

—¿Y qué ocurrirá si yo no quiero que me liberes de ese papel?

—Como tú me has dicho en más de una ocasión, no siempre podemos tener el control sobre todos nuestros deseos.

—¿Es otra referencia a lo que ocurrió anoche?

—No, no… —respondió ella, sinceramente asombrada, pero sin dejar que cambiara de tema—. Mira Ryan, yo sé que siempre has hecho lo mejor para mí —decidió ignorar el sarcasmo de su risa—, pero ya soy adulta, no necesito una niñera.

—Demuéstralo —la desafió—, cancela el taxi y vuelve a Sidney conmigo.

—Bajo estas circunstancias, no creo que sea lo más inteligente.

—Dios mío, Kirrily —la impaciencia comenzaba a reflejarse en sus facciones—. Las circunstancias son que un loco está intentando matarte. Lo que ha sucedido entre nosotros no es nada comparado con eso.

—Ryan…

—Si quieres que te prometa que no volveré a ponerte la mano encima te lo prometo —dio un paso hacia ella y, violando en ese mismo momento su promesa, le puso la mano en el hombro—. Y espero que por lo menos no te sientas más a salvo con un maniático que conmigo.

Y la verdad era que Kirrily no podía negar que con Ryan se sentía a salvo. Demasiado a salvo. A su lado, tenía la sensación de ser una pieza de porcelana a la que le gustaría tener encerrada en un armario. Pero el verdadero problema era que Kirrily prácticamente acababa de darse cuenta de que emocionalmente jamás había sido inmune a Ryan. Y después de la intensidad de la experiencia de la noche anterior, sabía que jamás lo sería.

Incluso en ese momento sentía el calor de sus manos a través de la cazadora. Aquel mínimo contacto era más que suficiente para reavivar los rescoldos del deseo que quedaban en su interior. Aquella sensación le imposibilitaba pensar en los razonamientos de Ryan, por lógicos que fueran. Lo único que podía hacer era observar fascinada su boca: cualquiera que los hubiera visto, habría pensado

que estaba leyendo sus labios, pero el problema era que no quería leerlos, quería sentirlos, sentirlos recorriéndola desde la punta de sus pies hasta el último pelo de su cabeza.

—Maldita sea. Kirrily. ¿Has oído una sola palabra de lo que he dicho?

—No —contestó con sinceridad—. Pero estaré encantada de volver contigo a Sidney, si eso es lo que quieres.

—¿Que estás encantada de volver conmigo? —la miró con recelo —. ¿Se puede saber qué es lo que te ha pasado por la cabeza?

—Nada. Pero tienes razón, estaré más segura contigo en Sidney que quedándome aquí sola.

—No sé si te entiendo. ¿Quieres decir que después de haberte pasado años negándolo, ahora vas a admitir que necesitas mi protección?

—Sí. Ryan —confesó sin reservas—. Te necesito —por miedo a haber revelado demasiado, se precipitó a aclarar—: Lo que quiero decir es que, sea quien sea el que anda detrás de mí, estoy segura de que no espera encontrarme viviendo en tu casa y trabajando en una empresa de suministros de construcción —sonrió—. Dudo que a la policía pudiera habérsele ocurrido una idea mejor.

Ryan sintió una oleada de incomodidad.

—¿A cuánta gente le has dicho que estabas en Sidney?

—Aparte de Carol, mi agente, sólo a Cathy, a Paul y algunos amigos.

—¿Y a quién le has dado la dirección de mi casa?

—No lo sé, de todas formas, dejé tu número de teléfono, no tu dirección.

Ryan se volvió mientras ella iba recitando los nombres; el saber que prácticamente había anunciado públicamente su viaje a Sidney le preocupaba, le preocupaba mucho.

Capítulo 9

Ryan suspiró aliviado cuando por fin llegaron al aeropuerto de Mascot, a la una en punto del domingo, y no sólo porque en Sidney Kirrily estaría a una distancia prudente de su perseguidor, sino porque encontró el Jaguar exactamente donde lo había dejado.

Después de la avalancha de consejos de la policía y las compañías de seguro, dejar el coche toda una noche en un aparcamiento público era una abierta invitación a posibles ladrones.

Si su suerte continuaba, no tendría ningún problema en convencer a Kirrily de la idea que se le había ocurrido durante el vuelo a Sidney.

Desconectó la alarma del coche y abrió la puerta para que entrara Kirrily.

—Me gustaría hacer un pequeño desvío antes de ir a casa —dijo con naturalidad.

—De acuerdo, ¿pero te importaría sacar mi teléfono móvil antes de guardar la maleta? Quiero hacer algunas llamadas.

Ryan obedeció sin hacer ningún comentario y en el momento en el que se puso al volante, encontró a Kirrily marcando un número de teléfono.

Ryan consideraba los teléfonos móviles como una intrusión de la que, si no hubiera sido por asuntos de trabajo, habría prescindido encantado. Sin embargo para Kirrily parecía ser algo tan fundamental en su vida como la comida. Pero como Ryan no estaba seguro de cuánto tiempo iba tardar la joven en dejar de tragarse el cuento del «pequeño desvío», esperaba que al menos el teléfono la distrajera y no se le ocurriera pensar que tirarse del coche era la mejor opción que tenía.

Aunque había conseguido convencerla para que volviera a Sidney con un mínimo debate, no esperaba obtener una segunda victoria sobre su cabezonería, y mucho menos en un día. Le habría gustado creer que Kirrily tenía sentido común suficiente como para alegrarse de que él siguiera controlando la situación, pero como mucho sabía que sólo podría contar con su resignación.

La bilis le subió a la garganta al pensar en la gravedad de la situación. Desvió la mirada hacia la mujer que iba sentada a su lado. Quisiera ella o no, iba a hacer todo lo que fuera necesario para protegerla.

Una hora después, Kirrily continuaba hablando por teléfono con su agente, aparentemente ajena al lugar en el que se encontraban. Pero Ryan la había visto fruncir el ceño en un par de ocasiones al leer algunas de las señales que indicaban la carretera en la que se encontraban. Lo que no entendía era por qué todavía no le había hecho ninguna pregunta insidiosa sobre el supuesto desvío.

Al contrario, entre llamada y llamada le dirigía benignas sonrisas y lo trataba con una educación tan exquisita que podrían haber pasado por dos desconocidos. A Ryan no le gustaba nada aquello.

Aun así, continuó evitando dar ninguna explicación, decidido a distraer la atención de su hermosa, pero enigmática pasajera. Al principio funcionó, pero cuando llegó un momento en el que la melodiosa risa de Kirrily en respuesta a algún comentario de su agente, comenzó a irritarlo hasta tal punto que le entraron ganas de quitarle el teléfono. Consciente, sin embargo, de que habría sido una venganza propia de un hombre inmaduro, se aferró al volante con tanta fuerza que a punto estuvo de que se le cortara la circulación de los dedos.

No era normal estar tan cerca de Kirrily y no ser él el que estuviera charlando con ella. Caramba, casi preferiría que discutiera con él antes de ser ignorado de aquella forma tan descarada. Quizá, razonó, evitar hablar con él fuera su forma de enfrentarse a lo que había sucedido la noche anterior. Si así era, esperaba que por lo menos a ella le estuviera funcionando porque, lo que era a él, no lo estaba ayudando en absoluto. Dios, no había sido más consciente de la cercanía de una mujer en todos los años de su vida.

En el momento en el que Kirrily terminó de hablar, Ryan tenía los nervios destrozados.

—¿Qué era lo que tenía que decirte tu agente? ¿Te ha llegado alguna oferta de Hollywood?

—Ojalá. Lo único que tenía era una aparición en una comedia en la que tenía que salir con una peluca roja y decir un par de líneas.

Pero lo he rechazado.

—¿Por qué?

—No creo que fuera el papel más adecuado para resucitar mi carrera.

Permanecieron en completo silencio durante algunos; kilómetros, hasta que apareció una nueva señal. Kirrily volvió a mirarla sin hacer ningún comentario, obligándole a Ryan a hablar.

—¿No me vas a preguntar que a dónde vamos?

—No. hace un rato que ya me lo he imaginado.

—¿Sí?

—Sí, no creo que a esto pueda llamársele un pequeño desvío. Vamos hacia Bowral; mi madre me comentó que te habías comprado un terreno por esa zona. ¿Me equivoco?

Ryan le dirigió una rápida mirada y se sintió absurdamente complacido al verla sonreír. Volvió a fijar sus ojos en la carretera, preguntándose si alguna vez habría estado tan preocupado por la felicidad de Kirrily como en ese momento.

—¿Y bien? —insistió la joven—. ¿Tengo razón o no?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir?

—Si te lo digo no será una sorpresa.

—Si no me lo dices, me bajaré del coche en el próximo semáforo.

Era una amenaza absurda, puesto que no había semáforos en la autopista, pero volver a oír aquella determinación en su voz fue para Ryan como escuchar música celestial.

—¿Dónde está esa jovencita educada y obediente en la que te habías convertido desde que nos hemos montado en el avión esta mañana?

—Todo hay que hacerlo con moderación, Ryan. Y ahora, ¿me vas a decir que es esa sorpresa o no?

—No.

—¡Ryan! ¡Exijo saber por qué me estás llevando hacia Bowral!

Ryan sonrió.

—Ah, aquí está la Kirrily que todos conocemos y amamos. Autoritaria, temperamental, cabezota…

Pero desde que mencionó la palabra «amar», Kirrily ya no escuchó nada más. Aunque sabía que procediendo de Ryan, no se refería a otro tipo de amor que al que podían albergar hacia ella sus padres.

Pero a pesar de lo que Ryan pudiera sentir después de la noche anterior, Kirrily sabía que estaba más enamorada de él de lo que iba a estarlo de cualquier otro hombre en su vida. El hecho de no haber tenido amantes anteriores no le impedía valorar su reacción hacia él; sabía, sin ninguna sombra de duda, que había nacido para amar a Ryan y se moriría amándolo. El problema era lo que podía hacer con aquel sentimiento.

A cualquier otro hombre no le habría importado perseguirlo, sabiendo que no tenía nada que perder, pero con Ryan temía perderlo todo. Aunque considerando que ya le había entregado su corazón, la virginidad y una parte considerable de su orgullo, tampoco le quedaba mucho por arriesgar.

Sólo su independencia, le recordó una vocecilla interior.

Sí, suspiró, eso era lo que le impedía seguir los dictados de su corazón, el miedo a que el amor por Ryan la absorbiera por completo. Para Kirrily, que prefería seguir cualquiera de sus impulsos a dejarse abrumar por las dudas. Ryan Talbot era un hombre tan condenadamente seguro de sí mismo que temía que aquella confianza pudiera minar su independencia. ¿Qué ocurriría si después de alcanzar al único hombre al que había querido, él terminaba siendo lo único importante de su vida? Steve lo había sido todo para Jayne, incluso después de muerto. Y a Kirrily la aterrorizaba la idea de llegar a estar tan atada emocionalmente a otra persona.

—Eh, Kirrily —la llamó Ryan, deteniendo el curso de sus pensamientos—. Si sigues arrugando el ceño de esa manera te van a salir arrugas y entonces, ¿qué va a ser de tu carrera de actriz?

—Odio pensarlo, pero no creo que pueda ir peor de lo que va.

Entonces fue Ryan el que frunció el ceño.

—¿Tan mal están las cosas?

—Veamos… Para empezar, me han echado de una serie de éxito diciendo que soy una actriz con la que resulta difícil trabajar —dijo, empezando a contar con el pulgar—. Estoy siendo perseguida por un maníaco que me quiere matar —estiró el índice—. Mi casa ha sido reducida a un montón de cenizas, mi agente no tiene nada recomendable para mí, y no estoy preparada para trabajar en ninguna otra cosa —terminó con todos los dedos extendidos—. Si no he contado mal, son por lo menos cinco cosas contra mí. Jamás había tenido tantas. Así que ya ves, las cosas van muy mal.

Tomándola completamente por sorpresa. Ryan le agarró la mano y la apoyó en su muslo. Lentamente, fue haciéndole extender los dedos y colocando los suyos entre ellos. Para Kirrily, fue un gesto increíblemente erótico y tuvo que luchar contra la tentación de acariciarle la pierna.

—Primero —dijo Ryan con los ojos fijos en la carretera—, por lo que tú misma me dijiste, no te despidieron—, no te renovaron el contrato porque eres una mujer que sabe conservar su orgullo, fueron ellos los que perdieron, no tú. Segundo, después de lo que ha pasado, para la policía es una tarea prioritaria atrapar a ese tipo. Además, no es probable que sea capaz de encontrarte, porque nadie, excepto yo. sabe exactamente dónde estás, y yo no voy a dejar que te ocurra nada, ¿entendido?

La intensidad de su mirada y la total seguridad de su voz, le daban a Kirrily una confianza plena. La joven asintió en silencio, por miedo a que se le quebrara la voz.

—Estupendo. Por otra parte, tu casa estaba asegurada, ¿no?

—Sí —musitó la joven.

—Bueno, entonces, económicamente tampoco estás en una situación tan difícil. Además, por si lo has olvidado, tienes excelentes relaciones con el mundo de la construcción. Entre tus padres y yo, podremos reconstruirte la casa sin ningún problema. Y cuarto, no puedes decir que estés en paro, sino, como se suele decir en el mundo artístico, «decidiéndote entre distintos proyectos», pero en esta ocasión, en vez de esperar entre bambalinas estás trabajando para Talbot's Building Supplies.

Cuando llegó al dedo anular de Kirrily, le dirigió una sonrisa tan radiante que la joven estaba convencida de que, si no se había derretido completamente, su corazón debía de haber sufrido un daño serio.

—¿Y el otro problema? —preguntó, estirando el dedo meñique, que Ryan todavía no había cubierto.

—¿Te refieres a tu supuesta falta de habilidades? —Ryan suspiró en respuesta a su asentimiento, tomó su mano, se la llevó a la boca y le dio un dulce beso en la muñeca—. Estoy seguro de que tendrás éxito en todo lo que te propongas. Sé, por experiencia propia, que aprendes muy rápido.

Kirrily no se engañaba; sabía que estaba refiriéndose al trabajo que había hecho en la compañía. Pero antes de que tuviera tiempo de replicar, su mano estaba de nuevo en el regazo, y lo único en lo que pedía pensar era en que Ryan acababa de poner una cinta de Bruce Springsteen, en que una señal de la autopista anunciaba la salida hacia Southern Tablelandas y en que Ryan acababa de besarla sin que ella pusiera ninguna objeción.

Haciendo un esfuerzo por recobrar la compostura, se quedó mirando fijamente hacia las colinas de Southern Tablelands.

Cuando era niña, había pasado muchas tardes de domingo con sus padres, recorriendo las tiendas de antigüedades y artesanía de Bowral, Mittagong, Moss Vale y Kangaroo Valley; la belleza y la tranquilidad de aquella zona siempre la había impactado. Pero vivir allí no era nada barato: lo que alguna vez había sido una pequeña comunidad rural, se había convertido en una zona de moda a la que acudían todo tipo de celebridades y políticos.

—No puede decirse que tus vecinos se caractericen por su sencillez —comentó la joven al ver una limusina conducida por un chófer esperando frente a unas verjas de hierro forjado.

Ryan le explicó que aquella propiedad era de un político retirado cuya riqueza siempre había estado bajo control.

—Si ese es uno de tus vecinos, no sé si debería dejarme impresionar por tu éxito o lamentar que hayas dejado atrás tus raíces obreras. En cualquier caso, supongo que éste es un lugar ideal para invertir.

—¿Y que te hace pensar que la compra que he hecho ha sido sólo una inversión?

—Bueno, no creo que te resulte práctico vivir aquí. Con la cantidad de horas que pasas en la oficina, tener que viajar hasta aquí todos los días acabaría contigo. Además, supongo que en este pueblo la vida nocturna es prácticamente inexistente.

Ryan la miró con expresión interrogante. —Al contrario de lo que pareces imaginarte, mi vida nocturna suele limitarse a unas cuantas cenas de negocios.

—Seguro, y a esa rubia tonta que llevaste a la cena de Navidad la sacaste de un congreso de constructores.

—Pues resulta que Rachel es la directora de contabilidad de una firma muy importante. No creo que pueda decirse de ella que es una rubia tonta.

—Llámala como quieras, el caso es que estoy segura de que no la encontraste en una cena de negocios.

—Eso es cierto. Fue ella la que me encontró a mí en una reunión comercial. Rachel trabaja para una empresa de levantamiento de estructuras muy importante.

—Podía imaginármelo —farfulló Kirrily, sin pretender que la oyera.

—¡Estás celosa! —exclamó Ryan divertido.

—No señor.

—¿No?

—¡No! Jamás en mi vida me ha apetecido ser directora de contabilidad ni nada parecido.

—¿Eso significa que no vas a echar de menos el trabajo de Talbot?

Kirrily frunció el ceño.

—¿Ésa es una forma sutil de decirme que estoy despedida?

—¿Es que hay alguna razón por la que debería despedirte?

Kirrily recordó que el viernes se había pasado todo el día actualizando la contabilidad.

—Ya no —respondió secamente.

Ryan la miró con expresión interrogante, pero Kirrily no pensaba darle ninguna explicación.

—Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Que cierres los ojos —repitió Ryan.

—¿Por qué?

—Para seguirme la corriente.

Kirrily suspiró. —De acuerdo, ya los tengo cerrados. Pero me gustaría dejar claro que no lo hago para complacerte, Ryan Talbot. Creo que ya he hecho bastante por ti aceptando sin protestar este «pequeño desvío».

—Cierra la boca y abre los ojos. Kirrily.

La respuesta que Kirrily iba a dar a su tono de diversión murió en sus labios en cuanto fijó la mirada en lo que tenía ante ella. Aquella hermosa casa de estilo colonial la dejó sin aliento.

—Oh… es maravillosa. ¿De quién es?

—Mía.

—¡Tuya! ¿Eso quiere decir que la has comprado?

—No, la he construido yo.

—Pero… yo pensaba que sólo te habías comprado un terreno.

—Y lo hice. Pero después puse una casa encima.

—¡Y qué casa!

—Te gusta, ¿eh?

—¿Bromeas? Es maravillosa… Es más que maravillosa. Papá tenía razón, eres un arquitecto genial.

—¿Qué? —parecía ofendido—. ¿Quieres decir que no te dijo que también era un albañil y un carpintero y un fontanero genial?

—¿De verdad lo has hecho tú todo? ¿No has contratado a nadie?

—La mayoría lo he hecho yo, aunque por una cuestión de supervivencia, dejé que un electricista se encargara de la instalación

eléctrica.

—Una sabia decisión, sobre todo teniendo en cuenta que una vez dejaste a todo un edificio a oscuras intentando poner unas luces de Navidad.

—Por favor, Kirrily, sólo tenía dieciséis años. ¿Y cómo iba a saber yo que ya había una sobrecarga en el suministro eléctrico debido a la tormenta? Además, tú ni siquiera puedes acordarte. Sólo tenías… ¿cuántos? ¿Cuatro años?

Kirrily soltó una carcajada al oírlo ponerse a la defensiva. —Eso es verdad, pero aquella historia se convirtió prácticamente en una leyenda. Cuando yo estaba en la escuela, la utilizaban como ejemplo de cosas que no deben hacerse.

—Muy graciosa. Toma —sacó unas llaves y se las pasó—, ve abriendo mientras yo saco nuestras cosas.

—¿Nuestras cosas? —lo miró confundida—. ¿Por qué?

—Porque —respondió—, nos vamos a quedar aquí hasta que la policía encuentre a ese tipo que te está persiguiendo.

—¿Qué? Ryan, podrían tardar años…

—Quizá, pero no pienso dejar que te enfrentes tú sola a todo este lío. Así que, o estás de acuerdo en quedarte aquí conmigo o…

—¿O qué?

—O llamaré a Claire y a Jack y les diré lo que está pasando.

—¡No puedes hacer una cosa así! No quiero que mis padres se preocupen.

—Me parece bien, pero si no estás dispuesta a quedarte aquí, los llamaré —Kirrily abrió la boca para decir algo, pero Ryan se lo impidió—. Ahórrate la discusión, Kirrily. No me vas a convencer, así que lo mejor que puedes hacer es aceptarlo, te guste o no.

—¿A qué estás jugando, Ryan? ¿Te crees Dios?

—Mira, sé que te crees capaz de manejar cualquiera de los problemas de tu vida, y estoy seguro de que en circunstancias normales puedes hacerlo…

—Caramba, gracias por el voto de confianza —musitó.

—Demonios, Kirrily —repuso Ryan golpeando el volante—, no puedes negar que todo este asunto sería complicado para cualquiera. Ya oíste lo que dijo ayer la policía… Te has convertido en la víctima de un violento criminal y tienes que tomar algunas precauciones.

—¿Entonces fue la policía la que sugirió que me escondiera aquí?

—Bueno… no, eso fue idea mía. Pero si consigues dejar de ser tan cabezota y de pensar que jamás renunciaras a la maravillosa virtud de tu independencia, te darás cuenta de que quedarte conmigo es lo mejor que puedes hacer. De hecho, es la única opción que tienes.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó la joven mientras salía del coche.

—¿Estás de acuerdo conmigo? —estaba tan sorprendido que no era capaz de moverse—. ¿Otra vez?

Kirrily asintió.

—Supongo que no se me da mal renunciar a ciertas virtudes, ¿no crees?

Mientras la observaba subir los escalones que conducían hacia la casa. Ryan decidió que, o bien alguien le había echado algo en el café que se había tomado en el avión y estaba sufriendo alucinaciones o se lo habían echado al café de Kirrily. Y en ese caso, esperaba que el efecto fuera duradero.

Capítulo 10

El recuerdo de su propia casa, convertida en cenizas por las llamas, todavía estaba fresco en su memoria, de modo que cuando metió la llave en la cerradura, no pudo evitar que la tristeza inundara su corazón; pero eso no le impedía experimentar cierta emoción ante la perspectiva de explorar una casa diseñada y construida por el hombre al que amaba.

Su condición de hija de un proveedor, como era ella, supo apreciar el excelente trabajo de carpintería de la puerta, que se abría con el mínimo esfuerzo. Y tampoco pudo dejar de admirar el trabajo de artesanía de la entrada.

El suelo era un mosaico de intrincado diseño, con losetas de color crema, verdes y castaño rojizo, un complemento ideal para el maderaje de las paredes. Kirrily calculó que debía medir unos cinco metros de ancho y más de diez de largo. Al final había unas dobles puertas idénticas a las que tenía a derecha e izquierda, y un poco más allá se divisaban otras dos, éstas más pequeñas y una frente a otra. Todas estaban preciosamente talladas y cerradas, avivando así la curiosidad de la joven.

—Ahora ya sé como se sienten los participantes en los concursos de televisión —musitó, y Ryan soltó una carcajada tras ella.

Kirrily se volvió, pero antes de que tuviera posibilidad de decir nada, un aullido agudo quebró el aire. Ryan dejó las maletas en el suelo y corrió hacia una de las puertas. Pocos segundos después, el silencio fue reinstaurado, pero Kirrily tenía los nervios de punta. —Lo siento, se me había olvidado que la última vez que estuve aquí dejé conectada la alarma —la explicación de Ryan no consiguió tranquilizarla, sobre todo porque había más diversión que sinceridad en su mirada—. Pero tienes que admitir que es una alarma muy disuasoria.

Kirrily estaba deseando estrangularlo: pero en vez de eso, miró alrededor del vestíbulo, en el que no había ningún tipo de mueble.

—Puesto que la alarma funciona, asumo que la completa ausencia de muebles se debe a un ejemplo extremo de decoración minimalista.

—Qué va, es el resultado de un tipo que no tiene tiempo para comprar muebles.

—¿Y por qué no contratas a un decorador?

—Porque quiero que lo haga alguien que me pregunte de vez en cuando mi opinión, no alguien que piense que ya sabe todo lo que yo quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

Ryan frunció el ceño pensativo antes de contestar.

—Un estilo que vaya tanto con la casa como conmigo.

—Una especie de estilo de finales del diecinueve, arrogante e imponente, ¿no? —ignorando su mirada burlona, dio una vuelta por el vestíbulo—. Pues bien, si yo tuviera que decorar esta habitación, me dedicaría a recorrer todas las tiendas de antigüedades para buscar un aparador —comentó—. Tiene que ser algo que tenga la personalidad y las cicatrices dejadas por el tiempo. Y también colgaría docenas de fotos antiguas de los ancestros de la familia.

—No tengo ninguna.

—Pero tampoco hace falta que sean tus antepasados —repuso ella—, pueden valer los de cualquiera.

Ryan permanecía en silencio mientras Kirrily vagaba por la habitación.

—Quizá pondría también un espejo —musitó para sí—. Se podría poner algo así como una fuente…

—¿Una fuente? —jadeó Ryan. Sólo Kirrily podría desear poner una fuente con un cupido desnudo chorreando agua en medio de…

—¡No seas ridículo! —le dijo, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. He dicho algo parecido a una fuente, para cerrar un poco este espacio. ¿No tienes la sensación de que estás en medio de un aparcamiento vacío? Podría ser una urna antigua, no sé, pero algo discreto, nada chillón.

—Vuelves a sorprenderme, Kirrily. Pensaba que tendrías unos gustos algo más…

—¿Excesivamente teatrales? —terminó por él.

Ryan se encogió de hombros.

—Como ya te he dicho, eres una caja llena de sorpresas —el problema era, pensó, que aunque había algunas sorpresas a las que podría enfrentarse de forma racional, había otras, como la de la noche anterior, que nunca podría asumir con tanta tranquilidad.

Kirrily no era capaz de apartar los ojos de la penetrante mirada de Ryan. Al principio, se dijo que la razón era que no tenía otro lugar al que mirar estando en medio de una habitación vacía, y envueltos en el sobrecogedor silencio del campo. Pero inmediatamente se recordó que había sentido lo mismo en una habitación elegantemente amueblada de un hotel de Melbourne.

No… no era exactamente lo mismo. Los sentimientos que despertaba aquella mirada en ella eran ligeramente diferentes, más sutiles. La noche anterior su cuerpo se estremecía tan locamente que tenía la sensación de que iba a explotar si Ryan no satisfacía su deseo, mientras que en ese momento, los latidos de su corazón habían llegado a ser tan lentos que temía que pudiera dejarle de funcionar. Porque no era sólo pasión lo que veía en sus ojos, sino algo más… un sentimiento que ni siquiera se atrevía a nombrar.

—Vamos —dijo Ryan bruscamente, rompiendo la atmósfera tan extraña que se había creado entre ellos—. Vamos a hacer un recorrido por toda la casa. Me has dejado tan impresionado con tu consejo que estoy deseando que me digas qué otras cosas necesita la casa.

Su tono puso a Kirrily a la defensiva.

—Olvídalo —repuso con voz tersa—. No necesito que me acompañes si vas a seguir mostrándote tan condescendiente. Me cuesta creer que puedas aprobar ninguna de mis sugerencias. Y lo que es más, nunca he pretendido ser una experta en diseño de interiores; mis sugerencias son puramente intuitivas.

El problema era, reflexionó Ryan, que últimamente todo lo que tenía que ver con Kirrily le parecía sugerente. Sobre todo aquello que tenía que ver con sus instintos…

—Mira, Ryan, estoy cansada. Dime dónde está el baño, dónde tengo que dejar mis cosas y me iré a acostar.

—¿A las cuatro de la tarde?

—Ha sido un día muy largo, estoy cansada.

—Entonces haremos un café.

—No me apetece tomar café.

—Me extraña. Kirrily, los dos sabemos que eres una adicta al café.

—Sólo quiero ir al baño. Ryan —lo que al principio sólo era una excusa para alejarse de él, había llegado a convertirse en realidad.

Ryan sacudió la cabeza con pesar.

—No es de buena educación llegar a una casa y meterse directamente en el baño.

—Tampoco es de buena educación orinar en el suelo.

Ryan se colocó entre Kirrily y la puerta que había abierto antes para desconectar la alarma.

—Ryan, no estoy bromeando. Necesito ir, en serio.

—¿A dónde?

—Al baño, maldita sea.

—¿A cuál? Puedes elegir entre tres, mejor dicho, entre cuatro si contamos el del dormitorio principal.

—¡Quiero ir al que esté más cerca, grandísimo idiota!

—¿Qué te parece si hacemos un trato, Kirrily? Te diré dónde puedes encontrar un baño si me prometes decirme lo que crees que hace falta en cada una de las habitaciones.

—Ya lo buscaré yo —musitó Kirrily pasando por delante de él y mirándolo de reojo mientras abría una de las puertas—. Lo único que tengo que hacer es abrir unas cuantas puertas.

—Eso es cierto, pero la cuestión es, ¿tienes el tiempo de hacerlo?

Eso esperaba, pensó Kirrily, justo en el momento en el que estaba a punto de meterse en un enorme armario. Al oír la carcajada de Ryan soltó un juramento. Furiosa, se volvió hacia el sonriente Ryan.

—Lo siento, señorita —dijo él, imitando al presentador de un concurso de televisión—, pero ésa no es la puerta de la suerte. Sin embargo, tendrá un premio de consolación por ser tan guapa —inclinó la cabeza y le dio un rápido, pero más que efectivo beso.

Kirrily se quedó tan estupefacta que ni siquiera protestó cuando Ryan la agarró del brazo y la condujo hacia la puerta que había al final del vestíbulo.

—Allí está —señaló una puerta que había a la izquierda—. Allí está el baño. Y por allí está la cocina. Si no apareces dentro de cinco minutos, vendré a buscarte.

—No tengo leche; ¿te importa tomarlo solo? —le preguntó Ryan cuando Kirrily se reunió con él en la cocina.

A Kirrily le sacaba de quicio que Ryan pudiera mostrarse como el hombre más insufrible del mundo en un minuto y ser la persona más amable de la tierra al siguiente. Pero lo más frustrante era la facilidad con la que conseguía alterar sus propios sentimientos. Suspiró.

—Lo tomaré solo, no me importa.

—¿Estás segura? Lo dices como si fuera un sacrificio.

—Teniendo en cuenta la forma en la que haces el café, puedo asegurarte que es un sacrificio. Ryan le dirigió una mirada de indignación tan falsa que Kirrily tuvo que desviar la suya y dedicarse a observar la cocina para no estallar.

Era preciosa y a la vez muy funcional. Espaciosa, luminosa y con todo tipo de electrodomésticos. Y a pesar de que todavía le faltaban las cortinas y algún que otro adorno que pudiera darle un toque más personal, era también muy acogedora.

—Es bonita —dándose cuenta de que estaba siendo un poco mezquina, añadió—, realmente bonita. ¿Pero por qué has mantenido en secreto la existencia de esta casa?

—No lo he mantenido en secreto.

—¿Entonces por qué yo no sabía nada de ella?

—¿Estás enfadada por que no te he dicho que me estaba construyendo una casa?

—Enfadada no, pero me resulta curioso —aunque en secreto, tenía que confesarse que sí le producía cierta decepción—. Me extraña que nadie me haya comentado nada.

—Supongo que todo el mundo pensaba que no te interesaba.

—Para mi madre eso nunca ha sido un obstáculo; normalmente se comporta como si tuviera la obligación de mantenerme informada de todos tus movimientos —respondió secamente—. Lo más lógico habría sido que me soltara un discurso entusiasta sobre lo inteligente que eres y la casa tan maravillosa que te has construido.

—Nadie ha visto la casa terminada, supongo que eso explica que no te hayan dicho nada. Y supongo que no ha alabado mi brillante inteligencia porque se imagina que ya lo sabes.

—¡Por favor! Tu ego está empezando a alcanzar unas cotas increíbles, Ryan Talbot.

Jamás le había parecido a Ryan tan agradable el sonido de las risas y las bromas de Kirrily como en aquella habitación. Hasta ese momento, pensaba que el ambiente solitario de la casa se debía a la falta de muebles; durante el trayecto hasta allí, había pensado incluso que el sabor tradicional de la casa chocaría con el carácter vivaz y despreocupado de Kirrily. Pero estaba equivocado. La presencia de Kirrily daba un ambiente que nunca podrían proporcionarle los muebles.

La siguió con la mirada mientras estudiaba el diseño de la cocina. Después de abrir un par de armarios. Kirrily hizo lo mismo con el refrigerador.

—Eh, Ryan —le dijo—, no estoy segura de que me guste esta dieta consistente en la ausencia total de comida por la que pareces inclinarte.

—Ya compraré algo cuando salgamos a cenar. Normalmente, sólo compro lo que voy a necesitar mientras esté en la casa.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Cuando puedo. Normalmente, cada tres fines de semana, más o menos.

—¿Habías pensado en traerme aquí cuando estábamos en Sidney, o mi presencia en esta casa sólo es el resultado de los acontecimientos?

Ryan sabía que no le habría hablado de la casa a no ser que ella hubiera hecho alguna referencia, y también que no la habría llevado allí aunque se lo hubiera pedido. Empezaba a sospechar que

inconscientemente ya sabía el impacto que tendría Kirrily en aquella casa y. consecuentemente, en él.

—No había pensado en traerte aquí hasta que estábamos volviendo hacia Sidney. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada.

A Ryan le pareció advertir cierto dolor en su mirada, pero Kirrily se volvió antes de que pudiera estar seguro.

—¿Que hay allí?

—El cuarto de la lavadora.

—¿Puedo mirar?

—No.

—¿Por qué no? Antes me has dicho que íbamos a hacer un recorrido por toda la casa.

—Y tú has protestado porque estabas demasiado cansada. Hace unos minutos lo único que querías era irte a la cama.

—Supongo que el café me ha ayudado a recuperarme.

—Admirable, teniendo en cuenta que ni siquiera lo has probado —tomó la taza que la joven había dejado en la mesa y se la pasó.

—Eh… gracias —consiguió decir a pesar del temblor que la dominó cuando Ryan rozó su mano. Se llevó la taza a los labios con la esperanza de que la cafeína la ayudara a dominar la reacción provocada por su cercanía. Bebió un sorbo de café, pero estuvo a punto de atragantarse ante la intensidad de la mirada de Ryan. Éste la miró preocupado y la agarró de la muñeca para evitar que las cosas empeoraran si tomaba un segundo sorbo.

—Estoy bien —mintió Kirrily, con el corazón latiéndole como si quisiera salírsele del pecho.

Ryan frunció el ceño y recorrió su rostro con mirada especulativa. Incapaz de desviar los ojos. Kirrily se apartó un mechón de pelo de la cara, no porque lo necesitara, sino porque quería convencerse de que su parálisis era sólo mental.

—Entonces —dijo Ryan con expresión tensa, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para dominarse—, ¿ahora prefieres que demos una vuelta por la casa en vez de irte a la cama?

Kirrily tuvo que morderse la lengua para contener la descarada respuesta que amenazaba con salir de sus labios y se limitó a asentir. Ryan apretó los labios y se dirigió hacia el otro extremo de la cocina con evidente enfado.

—Es una pena —musitó de malhumor.

Kirrily estaba a punto de decirle lo que podía hacer con su mal genio cuando Ryan empujó una puerta y, mirándola con exagerada paciencia, le indicó que lo siguiera.

—Llévate el café —le dijo con una repentina y sorprendente sonrisa.

Kirrily se dijo a sí misma que era la curiosidad, y no aquella radiante sonrisa, la que la llevaba a obedecerlo.

Capítulo 11

Consciente de que estaba siendo observada mientras untaba los últimos restos de salsa con un trozo de pan de ajo. Kirrily alzó la mirada y se encontró con la expresión divertida de Ryan. Ambos compartían mesa en un pequeño y acogedor restaurante al que Ryan había sugerido que fueran a cenar.

—Ésa es una de las cosas que me gusta de ti. Kirrily —comentó—, que no eres nada mojigata a la hora de comer.

—Sobre todo cuando se trata de comida italiana —contestó, resistiendo como pudo la tentación de preguntarle cuáles eran las otras cosas que le gustaban—. Este lugar es muy bonito, ¿sueles venir mucho?

—La verdad es que no. Sólo suelo venir para hacer algún trabajo en la casa y cuando termino estoy tan destrozado que arreglarme para salir a cenar yo solo me resulta demasiado trabajoso —sonrió—, aunque sea comida italiana. Aunque supongo que estás dispuesta a discutir ese punto conmigo.

Kirrily sacudió la cabeza mientras se limpiaba con la servilleta.

—No. Sé exactamente lo que quieres decir. Algunos días, después de estar trabajando desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, estoy demasiado cansada para prepararme siquiera un sandwich —suspiró—. Pero lo que odio después de un día de trabajo es tener que arreglarme para ir a una función para recaudar fondos para cualquier cosa. Sobre todo cuando tengo que estar a las cinco de la madrugada en la sección de maquillaje.

—¿Y tienes que ir con mucha frecuencia a ese tipo de cosas?

—Con demasiada. Pero forma parte de mi trabajo, igual que el tener que pasar los fines de semana promocionando algún producto en un centro comercial.

—Pero supongo que están muy bien pagadas esas horas extra.

—¡No tanto como me gustaría! Desgraciadamente, los actores como yo no tenemos un gran sueldo, y todas esas comisiones que cobramos por promoción entran dentro del contrato.

Ryan observó en silencio a Kirrily mientras ésta le dirigía una de sus mejores sonrisas al camarero que les llevó el café. Al advertir el ceño fruncido del joven, supo que estaba preguntándose si Kirrily era realmente quien parecía que era. Ryan se lo imaginaba perfectamente entrando en la cocina y preguntando: «¿sabéis a quién he visto».

Eran tantas las personas diferentes que los habían atendido desde que habían llegado que empezaba a encontrar irritante la situación.

—¿Te das cuenta de que eres motivo de todo tipo de especulaciones? —le preguntó cuando se alejó el camarero.

—Eso también forma parte de mi trabajo. Y da gracias a Dios porque mi personaje lleva tiempo sin salir en la pantalla, si todavía estuviera apareciendo, las cosas podrían ser mucho peor.

—¿Cómo?

—Por ejemplo, tendría que firmar autógrafos —suspiró—. Una vez, en un restaurante, otra actriz y yo tuvimos que firmar treinta autógrafos. Los chicos que venían con nosotras se quedaron impresionados.

—Y no los culpo. Supongo que pensaron que aquel momento pertenecía a vuestra vida privada.

—¡Ja! Mi vida privada rara vez es mía.

—Tengo que admitir que no podía hacerme una idea de todo lo que significaba el trabajo de actor.

—Solemos mantenerlo en secreto, para que la profesión no pierda ni un ápice de su encanto para el gran público.

—Pero la realidad es mucho más dura.

—Mucho más.

—Por no decir bastante peligrosa, sobre todo cuando te conviertes en víctima de un maniático.

Ryan empleó un tono duro y frío para hacer aquel comentario, pero fue algo más que eso lo que hizo estremecerse a Kirrily. Al advertir su reacción, Ryan soltó un juramento.

—Kirrily, ¿ya has pensado lo que vas a hacer si no atrapan a ese

tipo?

—Lo atraparán, estoy segura.

—¿Pero y si no lo consiguen? —insistió—. ¿Vas a continuar trabajando públicamente? Eso te pondría en una situación de riesgo no sólo por culpa de ese lunático, sino que cualquier cretino podría desarrollar una obsesión sobre tu cuerpo y tu bello rostro —al ver que no contestaba, le entraron ganas de sacudirla—. Contéstame, maldita sea.

—No… no lo sé. A mí me gusta actuar, yo…

—Hace un momento te estabas quejando de las horas que tienes que dedicar a tu trabajo.

—Sí, bueno, pero hay otras cosas…

—¿Cómo cuáles?

—Es una profesión interesante. Llevo ya dos años en ella y todavía no me ha aburrido como otros muchos trabajos que he hecho antes. Antes de ser actriz, no había conseguido durar más de dos meses en ningún trabajo. Actuar me sirve para controlar mi vida.

—Tonterías.

—¿Qué…?

—Eso son tonterías, y tú lo sabes. El irte a Melbourne fue lo que te permitió controlar tu vida, o al menos lo que tú consideras controlar tu vida. Consideras que tu papel en *Hot Heaven* fue el que te permitió hacerlo porque te ayudó a irte de tu casa en un momento en el que estabas deseando marcharte y no te atrevías a decírselo a tus padres —aunque advertía el creciente enfado de Kirrily, no se detuvo—. Diablos, estoy seguro de que no se te había pasado por la cabeza la posibilidad de ser actriz hasta que ese modelo que andaba detrás de ti te engatusó para llevarte a una audición con él.

—¡Eso no es verdad!

—¿No?

—¡No!

Estaban a sólo unos centímetros el uno del otro, mirándose

furiosos. Y en algún momento que Ryan no conseguía determinar, su enfado se disolvió en el exótico perfume que emanaba de Kirrily y en las profundidades de sus ojos verde esmeralda.

—Para tu información, Ryan, fui por curiosidad. Y nadie me ha «engatusado» para que hiciera nada en mi vida.

—¿De verdad? ¿Entonces cómo explicas que terminaras en un coche con Rich Nichols hace unos cuantos años?

—Supongo que soy bastante vulnerable a la belleza de unos ojos azules y de un maravilloso pelo rubio.

—Rich tiene el pelo negro.

—Ya lo sé —respondió suavemente—. Y no me acuerdo ya del color de sus ojos.

—¿Y qué me dices de ese modelo con el que anduviste?

Kirrily lo miró a los ojos durante unos segundos interminables.

—¿Qué modelo?

No había nada brusco en su voz, que envolvía a Ryan suavemente, encendiendo la señal de alarma en su cerebro. Removiéndose en su asiento como si quemara, levantó la mano para pedir la cuenta. Tenía que irse de allí.

Kirrily golpeó la almohada, irritada. Pero sabía que no era la almohada el verdadero problema. Eran más de las dos de la madrugada y allí estaba, despierta en el sofá cama mientras Ryan Talbot debía estar ya durmiendo como un bendito en la enorme cama de su dormitorio. Lo más irritante era que entre ellos había cuatro habitaciones sin ningún sólo mueble. Le parecía inconcebible que a Ryan no se le hubiera ocurrido comprar por lo menos una cama para sus invitados. Por supuesto, ella no podía ser considerada una invitada, en realidad era una especie de refugiada a la que Ryan se había visto obligado a ofrecer asilo.

—Pero no te engañes —se dijo en voz alta—. ¿De verdad crees que es este estúpido sofá el que no te deja dormir?

Suspiró y se levantó de la cama. Iluminada solamente por la luz de la luna, localizó su bata, se la puso y se acercó a la ventana, con la intención de que el silencio y la tranquilidad del campo la ayudaran a tranquilizarse, pero estaba demasiado preocupada.

Aquella noche, por un momento, había llegado a pensar que Ryan iba a besarla. Vaya, podía jurar que le había suplicado un beso. Pero en vez de besarla, había salido del restaurante como si estuviera siendo perseguido por mil demonios.

Habían llegado a casa a las doce, y unos minutos después Ryan le había sacado las sábanas, la almohada y se había despedido de ella con un cortante «buenas noches».

Al reflexionar sobre lo ocurrido. Kirrily había llegado a la conclusión de que Ryan había interpretado su conducta en el restaurante como otro intento de seducción. Pues bien, estaba completamente equivocado. Había sido algo natural: de hecho, a ella misma le resultaba insoportable la reacción de su propio cuerpo cuando estaba cerca de Ryan. No entendía por qué el amor tenía que ser tan humillante y, por supuesto mucho menos, por qué había tenido que enamorarse de Ryan.

Gimió desesperada. Normalmente, cuando no podía dormirse, se refugiaba en un chocolate caliente y en cualquier película de televisión, pero Ryan estaba dormido y el único televisor que había estaba en su habitación, de modo que las dos opciones estaban descartadas. Y tampoco tenía ningún libro ni ningún guión para leer. Desesperada por hacer algo, salió al pasillo y se dirigió hacia el baño.

Estaba con la mano ya en el picaporte cuando oyó que se abría la puerta del dormitorio de Ryan.

—¿Kirrily? —el corazón le dio un vuelco al oírlo susurrar su nombre—. ¿Estás bien?

—Sí, sí… estoy bien —farfulló. Aunque en aquella semioscuridad no podía verle los ojos a Ryan, estaba segura de que su respuesta no le había parecido muy convincente—. De verdad, estoy bien. Lo que pasa es que no me podía dormir. Creo que es por el silencio. Estoy acostumbrada a dormirme con el sonido del tráfico, las sirenas y… bueno, todas esas cosas. He pensado que una ducha caliente podría ayudarme a relajarme. Si te he despertado, lo siento; yo…

—No, no me has despertado. Yo tampoco podía dormir.

—Oh…

—Sí —repuso Ryan secamente—, oh.

Había tanta ironía y frustración detrás de sus palabras que Kirrily decidió ponerse alerta.

—¿De verdad crees que una ducha puede servirte de algo?

Si servía de algo, se dijo Kirrily, sería el milagro mayor realizado con agua desde el paso del Mar Rojo.

—No sé, pero tampoco puede hacerme ningún daño —contestó.

—Quizá tengas razón. Pero a mí las de agua fría no me han ayudado ni una pizca. Ya me he duchado tres veces desde que hemos llegado a casa.

La obvia implicación de aquella frase dejó a Kirrily sin capacidad de respuesta. —Y todavía estoy ardiendo. Casi te deseo que sufras como estoy sufriendo yo.

De los labios de Kirrily escapó el nombre de Ryan, en un susurro apenas audible para ella entre los latidos de su corazón y el alocado movimiento de sus hormonas. La debilidad que sintió en las rodillas la obligó a apoyarse contra la pared mientras la sangre corría por sus venas a la velocidad de la luz y sus pulmones se encontraban con serias dificultades para tomar aire.

—Hay cientos de razones por las que no debería abrazarte en este momento —la suavidad de su tono y la semioscuridad parecían haber reducido el espacio que los separaba, cargando la atmósfera de una claustrofóbica sensualidad—. Dime esas razones, Kirrily. Recuérdame por qué debería meterme en mi habitación y cerrar la puerta con llave cuando lo que deseo es abrazarte y hacer el amor contigo hasta que estemos exhaustos.

Kirrily apretó los puños, intentando combatir la tempestad de emociones que la embargaban. «¡Maldito seas!», deseaba gritar. ¡Ella también lo deseaba, y mucho más de lo que él jamás podría imaginarse! Pero el enfado y la frustración eran como dos garras alrededor de su cuello. Las lágrimas empezaron a escapar de sus ojos y lo único que era capaz de hacer era sacudir lentamente la cabeza.

Inmediatamente, Ryan se acercó hasta ella y, con dedos temblorosos, le hizo levantar la barbilla para poder mirarla a los ojos.

—No. cariño, no hagas eso —le suplicó, enmarcándole el rostro con las manos con una delicadeza exquisita—. Por favor, no llores… Dios mío, prefiero tu enfado a tus lágrimas —la dulzura con la que le besó los párpados contrastaba fuertemente con la desesperación de sus palabras—. No llores, ángel, lo siento… Preferiría morir antes de hacerte llorar…

Para Kirrily, aquellas frases mal enlazadas y musitadas entre besos, fueron su salvación. Y mientras Ryan continuaba besándola, absorbiendo la sal de sus lágrimas, el enfado y la frustración dieron paso a una esperanza que nacía en su corazón y llegaba hasta la última fibra de su ser.

Ryan se quedó paralizado por la sorpresa cuando sintió la dulce boca de Kirrily en sus labios, pero el descubrir la lengua entre sus labios fue suficiente para reactivarlo. Con un suspiro de agradecimiento, la tomó por la nuca, le hizo inclinar la cabeza y se dispuso a disfrutar del placer beso.

—Oh, Ryan —susurró la joven con mirada ardiente—. Yo… yo…

Ryan sonrió ante su adorable expresión.

—Eres preciosa. Tan maravillosa y tan inocente…

Kirrily lo miró arqueando una ceja.

—¿Inocente? Evidentemente, has olvidado lo que ocurrió anoche.

—Ojalá pudiera olvidarlo.

—¿Te arrepientes de lo que pasó? —le preguntó en tono glacial.

—Yo no quiero decir que…

—¡Déjame marcharme!

—Kirrily, yo…

Intentó separarse de él pero la fuerza de Ryan se impuso y en cuestión de segundos se encontró atrapada entre su pecho y sus fuertes brazos.

—Escúchame —le dijo Ryan—. De lo que me arrepiento es de las circunstancias y de la forma en la que te traté.

Kirrily suspiró, temiendo ya sus próximas palabras.

—La otra noche me dejé llevar por la excitación, no presté atención a mis sentimientos, y mucho menos a los tuyos. Te hice daño, y yo…

—No, no me hiciste daño. Además, yo ya me esperaba que me doliera un poco.

—Oh, cariño, no me refiero al acto en sí, me refiero a mis acusaciones, a mi enfado —sacudió la cabeza—, no tengo palabras para decirte cuánto siento lo que pasó —le dibujó el labio inferior con un dedo—, pero te juro que vas a olvidarlo. Kirrily no comprendía cómo era posible que Ryan estuviera tan equivocado. Aunque no hubiera sentido lo que sentía por él, habría recordado cada uno de los detalles que habían compartido.

—Ryan, no es nada fácil que una mujer se olvide de la primera vez que hace el amor.

—Y yo pienso asegurarme de que nunca olvides la tuya —replicó, inclinó la cabeza y la besó.

Kirrily no estaba segura de si estaba más confusa por sus besos o por sus palabras.

—Pero si acabas de decir que me ibas a hacer olvidarlo.

—No exactamente —musitó mientras le cubría el rostro de besos—. He dicho que voy a hacerte olvidar lo que ocurrió anoche.

—Exacto, y ayer fue la primera vez que yo hice el amor.

—No. Kirrily, lo que compartimos anoche fue sexo. Esta noche vamos a hacer el amor. Y será la primera vez para los dos.

Capítulo 12

Kirrily estaba tan encantada con la sensación de estar en brazos de Ryan que cuando sintió la alfombra bajo sus pies no pudo evitar un gemido de decepción.

—Espera un segundo, cariño, ¿de acuerdo? —susurró Ryan.

—De acuerdo —su decepción desapareció en cuanto Ryan le dio un beso y le dirigió una sonrisa llena de promesas. Momentos después, pudo contemplar la habitación en penumbra, tenuemente iluminada por la luz que se filtraba del baño.

Ese mismo día, cuando Ryan le había enseñado la casa, había observado el dormitorio con una forzada falta de entusiasmo, pero en ese momento, encendida por el deseo y la perspectiva de hacer el amor con Ryan, lo contemplaba todo intentando grabar hasta el último detalle en su memoria. Observaba las ventanas, por las que a la mañana siguiente se filtraría el sol para iluminar sus cuerpos cansados, el espejo en el que, pese a la tenue luz, se reflejaban la excitación y la pasión de su mirada, la silla en la que Ryan había dejado desordenadamente sus ropas…

Sonrió. Ryan era escrupulosamente ordenado y el hecho de que al volver del restaurante estuviera tan nervioso que ni siquiera hubiera colgado su ropa, la llenaba de orgullo. Miró hacia la cama: por el estado en el que se encontraba, cualquiera habría dicho que se habían pasado la noche haciendo el amor en ella.

Riendo suavemente, comenzó a arreglarla.

—¿Qué te parece tan divertido? Kirrily volvió la cabeza, con intención de contestar, pero al ver que Ryan estaba dejando un par de preservativos encima de la mesilla, se quedó sin hablar.

—Tu cama parece haber sufrido los efectos de una orgía —dijo por fin. esperando parecer más tranquila de lo que realmente estaba. Se volvió hacia la cama para continuar estirando las sábanas, pero en cuanto Ryan la abrazó por la espalda, olvidó sus intenciones.

—Tú no tienes ni idea del aspecto que tiene una cama después

de una orgía —bromeó.

Kirrily se quedó sin aliento cuando Ryan empezó a desabrocharle la bata.

—Eso es cierto —contestó con voz trémula—, pero tengo mucha imaginación.

—Yo también —musitó Ryan contra la curva de su cuello mientras deslizaba la bata por sus hombros—. Por eso está la cama hecha un caos. Dios mío, Kirrily, estás tan guapa, tan increíblemente guapa…

Le besó en el hombro con tal reverencia que Kirrily se quedó paralizada, pero en cuanto Ryan posó las manos en sus caderas para estrecharla contra él, dejando a la vez que la bata cayera hasta el suelo, reaccionó. Se abandonó en sus brazos, y Ryan la abrazó con fuerza, pero Kirrily quería estar más cerca. Necesitaba estar más cerca.

Quería acariciar hasta el último centímetro de su piel. Ansiaba sentir sus brazos alrededor de los músculos desnudos de su espalda, sentir el vello de su pecho contra sus senos, quería ver sus pezones irguiéndose a la par que los suyos. Deseaba deslizar la lengua por sus dientes perfectos y admirar su rostro transfigurado por el placer.

Sobrecogida por la intensidad de sus propios pensamientos, intentó volverse, pero Ryan se lo impidió.

—Uh, uh. Tranquilízate. Kirrily —le dijo con voz ronca.

—¿Que me tranquilice? —repitió ella, mientras Ryan enterraba el rostro en su cuello.

—No voy a dejar que te des la vuelta.

—Ryan…

—Vamos a hacerlo todo muy despacio: ésas son las reglas. Aunque me muera en el intento, voy a procurar hacer las cosas bien.

¡Ryan y sus estúpidas reglas!, pensó Kirrily, con todos los nervios en tensión mientras él cubría de besos sus hombros. ¡Ella era la única que iba a morir si continuaba aquella tortura!

—Inclínate hacia delante —le pidió Ryan y continuó aquel seductor asalto por su cuello, hasta que llegó un momento en el que

Kirrily pensó que se iban a derretir todos sus huesos, uno por uno.

Convencida de que iba a desmayarse de un momento a otro, se aferró a sus piernas, que descubrió cubiertas por los vaqueros… pero éstos no impidieron que sintiera toda la fuerza de la excitación de su amante contra su espalda.

—Ry… an —gimió mientras él deslizaba la mano desde su muslo hasta la axila—. ¿No deberías…? —pero cuando Ryan posó la mano sobre su vientre ya no fue capaz de seguir hablando.

—¿No debería qué? —preguntó Ryan, maravillándose de poder articular palabra. Sin hacer otra cosa que abrazarla y acariciarla en las zonas más inocentes de su cuerpo, ya estaba ardiendo de deseo.

—¿No deberías… quitarte los vaqueros?

De los labios de Ryan escapó un gemido de angustia. Aquella pregunta había ido acompañada de un sutil movimiento con el que Kirrily rozó con el trasero el centro de su masculinidad. Decidido a mantener el control y a detener aquella estimulante sensación, Ryan cambió la posición de sus manos. Pero fue una pobre defensa…

Kirrily sintió los dedos de Ryan en el límite del vello que cubría parte de su vientre. Lo oyó tomar aire y lo envidió. A esas alturas ella ya ni se acordaba de lo que era respirar. Y como Ryan continuara desplegando su magia, iba a llegar un momento en el que empezara a hervirle, literalmente, la sangre.

—Por favor, Ryan… —le suplicó.

—¿Por favor qué? —le preguntó mientras continuaba acariciándole hacia arriba y hacia abajo, alargando aquella dulce tortura hasta que Kirrily estuvo prácticamente convencida de que tenía un escuadrón de mariposas revoloteando en su interior.

«Continúa bajando, continúa bajando», gritaba mentalmente, pero otra parte de sí misma la instaba a tener paciencia, le decía que, milímetro a milímetro, Ryan iría acercándose al rincón que ella deseaba.

—Tócame —le suplicó—. Por favor, Ryan… —volvió la cabeza hacia él y no pudo continuar hablando porque Ryan le cerró los labios con un beso.

Kirrily apenas había rozado su boca cuando Ryan sintió su

corazón latiendo con la fuerza y el poder de lo que sentía por aquella mujer. Además de las incomparables sensaciones físicas, fluían en su interior todo tipo de emociones. Durante mucho tiempo había sospechado que Kirrily podría llevarlo hasta el límite de sus sentimientos, pero descubrir que él tenía el mismo efecto en ella, lo volvía loco.

Durante un largo y delicioso momento, permitió que su ego se viera reconfortado por el beso de Kirrily y deleitado por los gemidos de frustración que escapaban de su boca mientras se retorcía intentando satisfacer su anhelo.

Al descubrir que él mismo estaba temblando de pies a cabeza, cambió ligeramente de postura y le hizo apoyarse a Kirrily sobre su muslo derecho. Después, hundió la lengua en la húmeda caverna de su boca, mientras con los dedos descubría otra parte de su cuerpo igualmente húmeda.

Kirrily agradeció en silencio la fuerza con la que la agarraba porque de otra forma podría haber terminado en el suelo, pero la gratitud se transformó en ardiente pasión cuando Ryan empezó a acariciarla tal y como ella deseaba, excitándola como sólo él sabía hacerlo. Instintivamente, intentó acercarse a él, necesitaba su magia, necesitaba que continuara aquel rítmico movimiento.

Aquel ritmo lo invadía todo; era como una canción pagana, primitiva, que sonaba cada vez más fuerte, hasta alcanzar un volumen ensordecedor. Era un ritmo que la devoraba, consumía su cuerpo entero mientras Ryan, en roncos susurros, la instaba a sentir, a disfrutar.

Inspirada por sus consejos e incapaz de negarse aquel placer. Kirrily se dejó atrapar por ese ritmo, olvidándose de todo lo demás.

El estremecimiento con el que alcanzó el climax estuvo a punto de poner en peligro el precario equilibrio de Ryan. Apretando los dientes, la sostuvo contra él con una mano, mientras con la otra se desabrochaba desesperadamente los vaqueros.

—Gracias.

Aquella dulce palabra le hizo alzar la cabeza. La angelical sonrisa de Kirrily amenazaba con llevarlo al abismo, pero la necesidad de saborear de nuevo su boca, le hizo tentar a la suerte haciéndola volverse en sus brazos.

—Disfruto —susurró contra su boca— cuando tú disfrutas —y la tumbó delicadamente en la cama.

A pesar de su intención de mantener aquella sensual lentitud durante todo el tiempo posible, una sola caricia de la lengua de Kirrily bastó para llevarlo al punto de ebullición. Sus bocas se fundieron, y rodaron en la cama abrazados.

Sentir el cuerpo de Kirrily sobre su piel desnuda era como estar rodeado de seda ardiente. Seda viva, que temblaba bajo sus dedos. Y en el momento en el que Ryan descendió con la boca hasta sus senos, aquel cuerpo se incendió como si le hubieran inyectado un millón de voltios. Kirrily alzó sus piernas y lo hizo tumbarse contra el valle que se escondía entre sus muslos, mientras estrechaba la cabeza contra sus senos. Kirrily gemía mientras Ryan continuaba acariciando sus senos y su cuerpo con caricias tan excitantes como frustrantes. Estaba siendo demasiado amable, demasiado delicado.

Era tal la intensidad de lo que sentía por Ryan que se preguntaba si realmente iba a ser capaz de ocultarlo. Lo amaba con cada fibra de su ser, con cada átomo de su cuerpo. Nadie era capaz de conmoverla como lo hacía Ryan: lo que sentía por él era algo infinito, intangible…

—Kirrily, Kirrily, dime lo que quieres —alzó la cabeza y Kirrily advirtió en sus facciones el mismo deseo que se reflejaba en su voz —. Quiero amarte como nunca te han amado. Esta vez va a ser algo muy especial.

—Sólo te quiero a ti —le respondió Kirrily enmarcándole el rostro con las manos—. Sin ningún tipo de barreras —al verlo fruncir el ceño, lo besó—. No soy de porcelana. Ryan, no me voy a romper.

Terminó sus palabras con un beso que estuvo a punto de destrozar toda la capacidad de control de Ryan. Cuando consiguió separarse de aquellos labios ardientes, buscó a tientas en la mesilla y tomó uno de los preservativos.

—¡Déjame a mí! —antes de que pudiera darse cuenta, Kirrily le había arrebatado el condón.

Ryan se volvió y, apoyándose sobre un codo, la observó deleitándose en su increíble belleza. Con la mano libre, empezó a acariciarle entre los muslos, pero ella se apartó.

—¡Para! —le dijo con el ceño fruncido—, me estás distrayendo.

Ryan se encogió de hombros.

—Las distracciones están permitidas. Tú misma lo has dicho, «sin barreras», ¿no? Sólo por curiosidad, ¿sabes lo que estás haciendo?

Kirrily se echó la melena para atrás y le dirigió una sonrisa afectada.

—Pues sí, sé exactamente lo que estoy haciendo —fijó en Ryan su mirada y con una seductora sonrisa, rasgó la envoltura del preservativo con los dientes.

Ryan se lanzó sobre ella y la agarró de la muñeca con firmeza.

—Um, no estoy segura, pero creo que vas a tener que levantarte para que pueda ponértelo.

—¡Olvídalo!

Tomó el condón y comenzó a enfundarse el preservativo; saberse bajo la atenta mirada de Kirrily lo ponía nervioso y lo excitaba. Cuando, una vez terminada su tarea, alzó la cabeza, comprendió que Kirrily también había encontrado excitante mirarlo.

—Ya me imaginaba que se ponía así —dijo con un brillo travieso en los ojos—. Pero supongo que pensabas que lo iba a hacer mal, ¿no?

—Sí —gruñó Ryan, mientras la hacía tumbarse boca arriba—. Tan mal que podrías terminar apareciendo en la lista de las diez causas más comunes de eyaculación precoz.

Las carcajadas provocadas por aquel comentario se interrumpieron cuando Ryan le abrió suavemente las piernas. Inundado de emociones más fuertes que ningunas de las que había experimentado en su vida, comenzó a acariciarla. Sin apartar la mirada de su boca ligeramente entreabierta, fue descendiendo ligeramente, con intención de disfrutar de su dulzura, pero al bajar vio su alma reflejada en los ojos de Kirrily, y en ese instante supo que estaba perdido…

Al sentirlo dentro de ella, Kirrily comenzó a mover instintivamente las caderas, debatiéndose emocionada entre la risa y las lágrimas.

—No cierres los ojos —le pidió Ryan sin apartar de ellos su mirada.

—No lo haré —le prometió Kirrily, con los ojos inundados de lágrimas—. Oh, Ryan, es tan… Tan… —se aferró con fuerza a sus hombros.

—¿Tan qué? —susurró Ryan mientras le lamía el lóbulo de la oreja. Sumergida en aquel delicioso mar de deseo, amor y pasión. Kirrily intentaba encontrar las palabras adecuadas para describir lo que estaba sintiendo. Sacudió la cabeza, más perpleja que frustrada.

—Es… es…

—¿Cómo? —insistió Ryan, entrelazando los dedos con los suyos.

—Es —Kirrily estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener los ojos abiertos—. Oh, Ryan… Ry…

—Oh —gimió Ryan con todo su cuerpo en tensión—. ¡Eres tan maravillosa! Tan, tan… Oh, Dios mío, Kirrily, mírame. ¿Qué me estás haciendo?

Estallaron juntos en una explosión tan espectacular que Ryan continuaba estremeciéndose mucho tiempo después de haberse vaciado en ella. Durante un tiempo que no habría podido determinar, lo único que pudo hacer fue permanecer sobre ella, intentando recobrar el control sobre sí mismo. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que estaba aplastándola e inmediatamente se tumbó boca arriba y la estrechó contra él.

Kirrily cerró los ojos e intentó sobrevivir con el poco aire que la pasión había dejado en sus pulmones. Ella ya había oído que los franceses llamaban al orgasmo «pequeña muerte», y acababa de comprender por qué, pensó con un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —le preguntó Ryan.

—Creo que estoy temblando de la impresión —le dijo—, nunca habría pensado que podría ser algo tan poderoso… tan cósmico —apoyó la cabeza en su hombro—. Supongo que esa es la razón por la que se dice que algo es «mejor que el sexo», ¿no crees?

—Sí —contestó, dibujando lentamente los labios de Kirrily con un dedo—. Es posible.

—¿Sólo posible?

—Al contrario que tú. Kirrily, nunca me ha gustado tomar decisiones precipitadas y… —presionó el dedo contra su boca para silenciar su protesta—, basadas en tan pocas experiencias. Así que me niego a contestar.

—Ah —contestó ella con una sonrisa—, ¿y cuántas experiencias crees que necesitarías para llegar a una conclusión?

—Es difícil decirlo; algunos científicos tienen que pasarse años y años investigando.

El tono de Ryan podría parecer natural, pero su mirada era casi tan táctil como el dedo que deslizaba por su cuello.

—Dime Kirrily, ¿alguna vez has pensado en convertirte en ayudante de investigación?

Kirrily sacudió la cabeza, luchando contra le excitación que Ryan reavivaba en ella mientras acariciaba el valle de sus senos.

—La ciencia nunca ha sido mi fuerte. ¿Tú crees que es interesante?

—Desde luego —contestó Ryan mirándola a los ojos—. Mucho mejor que el sexo.

Kirrily soltó una carcajada.

—En ese caso, profesor, soy toda tuya.

Capítulo 13

Kirrily dio la bienvenida al sol de la mañana con un suspiro de felicidad. Ryan. cuya mano descansaba en el abdomen de la joven, la deslizó desde allí hasta la parte inferior de sus senos.

—Mmm —ronroneó Kirrily, acurrucándose contra él.

—Mmm. ¿Qué?

—Mmm. sigue —respondió ella, sintiendo que su cuerpo se despertaba a mayor velocidad que su cerebro.

—¿Más qué? —bromeó Ryan mientras continuaba acariciándola.

—Más de todo —contestó, adorando el brillo de deseo que iluminada los ojos de Ryan y desilusionada al verlo sacudir la cabeza.

—Es demasiado pronto. Tienes que estar cansada y no quiero hacerte daño.

—Tú nunca me haces daño, Ryan —aquella confianza absoluta mereció una sonrisa radiante de Ryan.

—Pero todavía tienes que estar algo dolorida…

—En absoluto. Además, creo que tú tienes el remedio para curarme.

Ryan la miró arqueando una ceja.

—Eres una desvergonzada. Kirrily Cosgrove.

—No más que tú.

Y de pronto, Ryan fue asaltado con un beso que no tenía ninguna intención de resistir.

Kirrily era absolutamente irresistible. Ryan se dijo que sabía incluso más dulce que por la noche, pero aquello debía de ser producto de la pasión; en cualquier caso, era imposible que hubiera nada más delicioso y embriagador que la sensual respuesta de Kirrily a su amor.

Porque él la amaba. Sí. Había tenido que librar una dura batalla para admitirlo, pero, al final, se había dado cuenta de que era

absurdo negar la verdad: estaba enamorado de Kirrily Cosgrove y nada en el mundo podía alterar la realidad.

Profundizó su beso, como una defensa contra la sobrecogedora necesidad de decírselo a ella. No quería asustarla, y tampoco que se sintiera presionada. No quería que su inexperiencia e impulsividad la llevaran a pensar que aquellos sentimientos eran recíprocos.

Bah, se reprochó, ¿a quién estaba intentando engañar? Era ridículo fingir que estaba siendo noble y considerado cuando lo que pasaba era que era un cobarde. La mera idea de que ella no le respondiera con un «yo también te quiero», lo aterraba.

Kirrily se inquietó al ver que dejaba de acariciarla y se sentaba en la cama.

—¿Ryan? —le preguntó vacilante—. ¿Qué te pasa?

El sol que se filtraba por las ventanas convertía el despeinado pelo de Ryan en una maraña de hebras doradas. Kirrily alargó el brazo hacia él, pero desistió de tocarlo al verlo sacudir silenciosamente la cabeza.

—Ryan, dime, ¿qué te pasa?

Ryan estaba debatiéndose entre la posibilidad de inventar cualquier excusa y la de desnudar por completo su alma cuando Kirrily le dio un beso en el hombro.

—Es probable que te asustes cuando lo oigas —empezó a explicarle—, pero… —tomó aire—, estoy enamorado de ti.

—Ya lo sé.

—¿Que ya lo sabes? —preguntó Ryan casi indignado.

—Me lo dijo Trevor Nichols.

—¿Que Trevor qué?

—Pero no me asusta —continuó diciendo Kirrily ignorando sus balbuceos—, quizá me haga temblar, pero puedes estar seguro de que no es de miedo —se puso de rodillas en la cama, enmarcó el rostro de Ryan con las manos y rozó sus labios con una suavidad angelical.

—¿Y tú estás enamorada de mí? —apenas se atrevía a creerlo.

—Creo que desde antes de nacer.

Suspirando aliviado. Ryan la abrazó y terminaron juntos bajo las sábanas.

—¡Así que lo sabías porque te lo había dicho Trevor Nichols!

—¡Déjalo. Ryan! Nos hizo a los dos un favor.

—¿Sí? Me gustaría saber cuál.

Kirrily alzó la cabeza y miró a Ryan con el ceño fruncido.

—¿Sinceramente crees que me habría abalanzado sobre ti la noche que pasamos en el hotel si no hubiera sabido que me amabas?

—Aja… así que reconoces que te abalanzaste sobre mí…

Kirrily le respondió con una mirada desafiante.

Durante los siguientes cuatro días, la inesperada novedad de saberse amada por Ryan, mantuvo a Kirrily completamente feliz: había algo deliciosamente excitante en vivir encerrada con él en aquella enorme casa, sin que nadie conociera su paradero.

Pero aunque les hubiera gustado que las cosas fueran de otra manera, tampoco estaban completamente desconectados del resto del mundo. Ryan había arreglado las cosas para que se desviaran automáticamente hasta allí las llamadas dirigidas a su casa de manera que, tanto la policía como el personal de su empresa, pudiera estar en contacto con él, aunque realmente, era Ryan el que llamaba a diario.

Kirrily tenía la sensación de que Ryan estaba cada vez más nervioso, y temía que su preocupación tenía mucho que ver con la falta de respuestas de la policía y con el miedo a que la compañía no pudiera funcionar como debiera en su ausencia.

En algunas ocasiones, lo descubría con aire ausente y, aunque su distracción desaparecía en cuanto veía a Kirrily, ésta no podía dejar de pensar que estaba intentando ocultarle algo que lo inquietaba. Intentaba decirse a sí misma que quizá fueran imaginaciones suyas, pero su negativa a confiar en ella, salió de nuevo a la luz el viernes.

Habían pasado la mañana recorriendo tiendas de antigüedades, y habían llegado a casa con un baúl que, según Kirrily, podría llegar a convertirse en una estupenda mesita de café para el cuarto de estar. Aunque al principio Ryan había dudado, al final se había

mostrado de acuerdo, y había confesado su sorpresa por las habilidades de Kirrily para regatear.

—Soy una negociante profesional —le comentó ella mientras se dirigían hacia la cocina con el pan fresco y el jamón que habían comprado para almorzar.

—Yo diría que eres una timadora profesional —repuso Ryan pellizcándole la nariz cariñosamente.

Kirrily le apartó la mano.

—Una de las cosas más divertidas de ir a comprar cosas de segunda mano es regatear.

Ryan posó las manos en sus caderas para acercarla a él.

—¿Y cuáles son las demás?

—Después de hoy, creo que otra de las cosas más divertidas es la cara de culpable que pones cuando por fin consigo que me dejen algo al precio que propongo.

—Eres incorregible —respondió Ryan con una carcajada.

—Y tú insaciable —pero su queja murió en sus labios mientras se preparaba para un beso. Al oír en ese preciso instante el teléfono, suspiró decepcionada.

—Espérame donde nos hemos quedado —musitó Ryan, le dio un beso y la soltó.

Al principio, Kirrily así lo hizo, pero en cuanto comprendió que la llamada iba a ser más larga de lo esperado, se puso a preparar el almuerzo. Estaba perdida en sus propios pensamientos, recreándose en la perfección cósmica que había descubierto en los brazos de Ryan cuando oyó que éste gritaba algo sobre los arquitectos con más creatividad que sentido común. A los pocos segundos. Ryan entraba en la cocina mesándose los cabellos y con una expresión mucho más elocuente que todas sus palabras de enfado.

—¿Ha habido problemas en la oficina?

—¿Eh? No, nada que un constructor no pueda arreglar. Ron lo tiene todo bajo control.

—Pero aun así, tú te sientes responsable y piensas que deberías estar en Sidney.

Ryan le dirigió una dura mirada.

—Talbot es responsabilidad mía, tienes que entenderlo, jovencita.

—¿Por qué cada vez que asumes una actitud responsable tienes que llamarme «jovencita»? Estoy segura de que ni te das cuenta, pero sólo me llamas así cuando no…

—Cuando no te llamo cariño, querida, preciosa… —sonrió, rodeó el mostrador y se acercó hacia ella—. Pero reconoce que nunca te llamo «pequeña». Sé que odias a los tipos que te llaman así —le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cabeza en su cuello—. Hueles muy bien…

—Y tú estás intentando distraerme cuando lo que yo pretendo es hacer el almuerzo y poder tener una conversación seria contigo.

—Caramba, y yo aquí, intentando seducirte —suspiró—. De acuerdo, ¿qué estabas diciendo?

—Olvídalo —suspiró Kirrily. Al fin y al cabo, le resultaba imposible pensar cuando Ryan la acariciaba de aquella manera.

En medio de la semioscuridad del amanecer, Ryan dejó el teléfono en la mesilla, agradeciendo el haber estado despierto para contestar antes de que Kirrily se despertara. Volvió a tumbarse en la cama mirando hacia el techo. Había crecido creyendo que el enamorarse ayudaba a que todo en la vida pareciera perfecto, pero su vida se había convertido en un auténtico lío con una desagradable tendencia a empeorar.

Ryan siempre se había dicho que sería totalmente sincero si alguna vez se enamoraba, que no tendría secretos para la mujer con la que compartiera su futuro y que con el amor y la comprensión de la mujer amada, al cabo de un tiempo sería capaz de perdonarse a sí mismo. Pero sus expectativas habrían sido factibles si se hubiera enamorado de alguien que no fuera Kirrily Claire Cosgrove. En ese caso, la sinceridad sólo serviría para destruir su amor.

Y eso significaba que su amor no tenía ningún futuro.

—¿Por qué? —susurró con voz ronca—. ¿Por qué ella? —volvió la cabeza y observó el plácido rostro de Kirrily—. ¿Por qué has tenido que escogerme a mí?

Después de hacer el amor aquella noche. Kirrily le había preguntado por lo que harían cuando se fueran de allí y lo único que había podido responderle era que consideraba preferible no tomar decisiones en un momento en el que ella estaba sometida a una fuerte tensión emocional por culpa del maníaco que la perseguía. Kirrily había admitido a regañadientes que tenía razón, y después de otra dosis de dulces y confiadas declaraciones de amor se había quedado dormida, dejando a Ryan batallando contra su propia cobardía y contra los demonios del pasado.

Aunque podía excusarse a sí mismo por lo que había sucedido en el hotel de Melbourne, sabía que todo lo demás era fruto de una decisión consciente por su parte. Y en todo momento había albergado la esperanza de que el amor lo ayudara a enfrentarse a los sus fantasmas del pasado. Ése era el problema de la esperanza; al final, siempre tenía que luchar con la dura realidad. Y la realidad era que aunque jamás le había dicho a Kirrily una mentira, toda su relación estaba basada en que la joven ignoraba la verdad.

Al despertarse sola y sin las cariñosas muestras de amor con las que Ryan la despertaba todas las mañanas. Kirrily se sintió inquieta. Y la preocupación que se reflejaba en el rostro de Ryan no la ayudó a librarse de aquella sensación.

—¿Ryan? —le preguntó, extrañada al encontrarlo ya duchado y vestido cuando pensaban pasar el día arreglando en casa—. ¿Qué pasa? ¿Por qué…?

—Ya lo han atrapado, Kirrily.

—¿Qué?

—Que ya han atrapado al tipo que te perseguía. Pero no eras tú su objetivo, sino Cathy, tu compañera de piso. El tipo en cuestión se llama Conrads, Wes Conrads.

—¡Espera! ¿Quieres decir que la víctima era Cathy, no yo? No entiendo nada.

—Aparentemente, Conrads estaba obsesionado con ella. El anuncio de su compromiso lo afectó sobremanera y decidió volarle el coche. Pensaba que era suyo porque…

—Porque yo se lo prestaba de vez en cuando. Y supongo que quemó la casa porque también pensaba que era de ella. ¿Pero qué

sentido tiene que me mandara cartas al estudio?

—Por lo viso Conrads piensa que eras una influencia negativa para Cathy. Eso es todo lo que sé. Si quieres más información puedes llamar al sargento Maskowski —señaló el teléfono con la cabeza—. Puedes llamarlo desde aquí, pero vístete primero y yo iré metiendo las maletas en el coche.

—¿Que vas a meter…? Ryan, ¿qué demonios está pasando aquí?

—Volvemos a Sydney.

—¿Ahora? —Kirrily, ya han atrapado a ese tipo. Ya no hay ninguna razón para que te quedes en Sidney, y mucho menos aquí. Si te apetece pasar unos días en la casa, tú misma, pero si no te das prisa en vestirte para que pueda ir metiendo las maletas…

—¿A qué viene tanta prisa? Sólo tenemos un par de maletas.

Ryan no respondió, sino que salió de la cocina sin dar ninguna explicación. Pero aquel gesto tenía un significado que Kirrily no se atrevía a reconocer.

—¡Ryan! ¿A dónde vas? ¿Qué estás haciendo?

Ryan se volvió hacia ella y se quedó mirándola con una completa falta de expresión en el rostro.

—Kirrily, si quieres venir conmigo, salgo dentro de media hora.

—¿Y si no?

—Y si no, me iré ahora.

Kirrily no era capaz de decir el tiempo que estuvo llorando y vagando por la casa, pero sí el momento en el que decidió parar. Bueno, por lo menos intentarlo.

—Así que esto es un desengaño amoroso —se dijo en voz alta, intentando utilizar una técnica que en el mundo de la interpretación se llamaba «el tercer ojo» y consistía en intentar distanciarse y examinar lo que se estaba sintiendo.

En primer lugar, tenía un ligero dolor de cabeza y los ojos irritados, y, por primera vez en su vida, era como si estuviera viéndose su interior, como si pudiera ver su corazón herido y la pequeña llama de esperanza que se negaba a creer que Ryan se había ido para siempre.

El sonido de la puerta inflamó la llama hasta convertirla en una hoguera.

—¡Ryan! —gritó, corriendo hacia el vestíbulo—. Oh, Ryan —jadeó riendo y llorando al mismo tiempo, mientras abría la puerta —, sabía que volverías —pero aquella explosión de júbilo cesó al ver frente a ella a un desconocido vestido con un mono gris.

—Eh, ¿es usted la señora Cosgrove?

Kirrily vio entonces la grúa que estaba frente a la casa.

—Oh, Dios mío, ¡ha tenido un accidente!

—No. qué va. No ha habido ningún accidente.

—Entonces. ¿Ryan está bien?

—Lo estaba cuando dejó el Jaguar en el garaje —sonrió y le tendió las llaves—. Me ha pedido que se lo trajera.

—¿Le ha dejado las llaves de su coche para que me las diera?

—Sí. Ha dicho que podría necesitarlo. ¡Tiene usted suerte! Normalmente no hago este tipo de encargos, pero no he podido resistirme a conducir esta belleza…

Kirrily se quedó mirando fijamente al coche. Evidentemente, su falta de entusiasmo sorprendió al mecánico.

—Entonces… bueno, ¿quiere que lo meta en el garaje?

—Lo que de verdad me gustaría es que lo incrustara contra la pared del garaje —dijo entre dientes—, pero será mucho más divertido que lo haga yo misma.

El mecánico se quedó boquiabierto al oírla y Kirrily tuvo que forzar una sonrisa.

—Lo siento… no quería decir eso. Lo que ocurre es que me sorprende que Ryan me haya dejado su coche. Pensaba que iba a llevárselo a Sidney.

—Me ha dicho que iba a alquilar otro. Creo que debería sentirse feliz: ha salido ganando en el trato, es imposible que pueda alquilar un coche mejor por los alrededores.

—Sí —contestó ella— supongo que debería sentirme afortunada.

—Hola, Kirrily.

—¡Kirrily, ¿qué estás…? —Kirrily, ¿qué…?

La furia guiaba los pasos de Kirrily mientras ésta pasaba por delante de los asombrados clientes y trabajadores de la empresa.

Se merecía algo mejor. ¡Se merecía algo muchísimo mejor que lo que Ryan le había ofrecido como despedida! Ignorando todo tipo de precauciones, agarró el picaporte de la puerta del despacho de Ryan y entró ardiendo de rabia.

Ryan alzó la cabeza sobresaltado al oír el portazo. Cuando la vio, se quedó completamente paralizado.

—¡Toma! —le dijo Kirrily, dejando las llaves del Jaguar en su escritorio—. Y ahora dame la explicación que me debes.

—Por el amor de Dios, Kirrily, no grites. ¿Quieres que te oiga toda la oficina?

—¡No me importa que me oiga quien sea!

—Maldita sea, Kirrily, tranquilízate.

—No pienso tranquilizarme. ¡No quiero! ¿Cómo atreves a decirme tú… tú?

Ryan aprovechó aquel momento de confusión para salir del escritorio y agarrarla del brazo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame y déjame marcharme, cana…!

—Todavía no. Quiero que te tranquilices, te sientes y te quedes un momento conmigo.

—¿Que me quede un rato? Oh… qué bonito —rió con amargura —. Hace una semana estaba deseando que me dijeras que me quedara contigo… que me quedara contigo para siempre, que…

Se le quebró la voz: la cercanía de Ryan tenía en ella efectos que no había previsto. Comprendió entonces que había cometido un error. No debería haber ido hasta allí, no debería haberlo vuelto a ver, y mucho menos ponerse en la posición en la que estaba en ese momento, sintiendo a Ryan desde la cabeza hasta la punta de los pies.

—No pasa nada, Kirrily, tranquilízate.

Kirrily sacudió la cabeza sin apartarla del pecho de Ryan. A pesar de la esperanza que crecía en su interior al estar cerca de él,

sabía que había pasado algo, algo terrible. Pero aun así, no quería que su vida se convirtiera, como lo había hecho la de Jayne, en un continuo recuerdo del amor perdido. Y si tenía que superar lo ocurrido, necesitaba creer que el error había sido de Ryan, no suyo; no quería tener ninguna razón para disculparlo.

—Kirrily, escucha…

—No, no voy a escuchar. A lo largo de nuestras vidas, cada vez que hemos estado en desacuerdo sobre algo y te he escuchado, has terminado teniendo razón invariablemente. Si escucho tu explicación, estoy segura de que volverá a ocurrir. Pues bien, esta vez no quiero escucharte —se interrumpió para tomar aire—. Si tienes razón en esto, nunca encontraré un motivo para odiarte. Y quiero odiarte, Ryan —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Quiero odiarte por haber hecho que me enamorara de ti, por haberme dado los seis días más maravillosos de mi vida, y por haberme impedido volver a amar a ningún otro hombre. Ni siquiera voy a poder ofrecer un corazón herido, Ryan, porque tú me has arrancado el corazón.

Las facultades de Ryan estaban tan paralizadas por la emoción que lo único que podía hacer era mirarla en silencio.

—Adiós. Ryan —terminó diciendo Kirrily en un tono glacial, se volvió y se acercó hasta la puerta.

—¡Kirrily, espera!

La joven se detuvo, pero no se volvió.

—Puedo darte una razón para odiarme… Yo soy el responsable de la muerte de Steven. Yo tengo la culpa de que tu hermano muriera.

Capítulo 14

Fue tan fuerte la impresión causada por las palabras de Ryan que Kirrily tuvo que aferrarse con ambas manos al pomo de la puerta para no caerse. Durante unos segundos interminables, lo único que oía eran los latidos de su propio corazón. Y después su mente empezó a gritar: «¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!»

—Steven murió porque un borracho se saltó una señal de ceda al paso —el temblor de su voz daba a aquella afirmación una incertidumbre que inmediatamente intentó disipar—. ¡Sé que es verdad! ¡Sé que es verdad! —se volvió hacia él y su corazón lloró al ver la angustia que inundaba los ojos de Ryan—. Siempre he sospechado que no me lo habían contado todo, pero sé que Steve no murió por tu culpa.

—Él no debería haber ido conduciendo… tendría que haber sido yo. Pero habíamos estado en un pub y…

—¿Quieres decir que Steve estaba borracho?

—¡No! —la miró horrorizado—. ¡Era yo el que estaba borracho!

—Entonces… ¿eras tú el que conducía?

—Debería haber ido conduciendo yo. Me tocaba a mí —hablaba como si estuviera a kilómetros de distancia—. Mi falta de responsabilidad mató a Steve, y podría haberme matado a mí si al final hubiera llevado el otro coche. ¡Maldita sea! Se suponía que me tocaba conducir a mí…

Cuanto más hablaba, menos entendía Kirrily y la frustración empezaba a despejar los temores que había evocado al principio la declaración de Ryan.

—No entiendo nada —se acercó a él, como si al acortar la distancia que los separaba pudiera aclarar algo. Pero Ryan retrocedió—. ¡Por favor, Ryan, estate quieto! No entiendo nada de lo que dices, no tiene ningún sentido —lo acusó—. De pronto, me dices que deberías haber ido conduciendo, después que estabas borracho cuando creo que jamás te he visto tomar más de dos copas en el mismo día… —su expresión estaba a tono con el escepticismo de su voz—, y bueno, estás hablando de irresponsabilidad cuando

no conozco a nadie más responsable que tú.

—Me estás confundiendo con tu hermano.

—¡Jamás te he confundido con nadie! ¿Cómo podría confundirte con nadie? Me basta pensar en ti para que mi corazón empiece a latir a toda velocidad; ningún ser humano tiene ese efecto en mí… Y ningún otro lo tendrá.

Ryan apretó los puños a ambos lados de su cuerpo para evitar la tentación de abrazarla y responder al amor que se veía en sus ojos. No podía dejarse llevar por los sentimientos hasta que no estuviera seguro de que Kirrily le estaba entendiendo.

—¿Qué recuerdas tú sobre Steve? —le preguntó.

—A veces me cuesta imaginármelo —contestó en un susurro—. Sé que era muy guapo, que tú lo llamabas el «rompecorazones» y que aunque todas las chicas del barrio estaban detrás de él, estaba loco por Jayne —una débil sonrisa curvó sus labios—. Cuando no podía salir con ella porque se tenía que quedar a cuidarme, me decía que yo era una pelmaza y que cuando se casara con Jayne iba a tener una docena de hijos para que tuviera que quedarme yo a cuidarlos…

Al ver el brillo de las lágrimas en sus ojos, Ryan la interrumpió.

—No pensaba que fueras ninguna pelmaza. Kirrily. La verdad es que te adoraba.

—Oh, ya lo sé, me lo decía de broma —respondió rápidamente —. Siempre era tan amable, tan divertido, tan…

—Responsable.

—Sí, en ese sentido tú y Steve erais iguales.

—No —contestó Ryan con dureza—, no éramos iguales.

—Pero tú eres…

—¿Qué recuerdas de mí en esa época, Kirrily? ¿Tienes algún recuerdo de mí antes de que Steve muriera?

A Kirrily la sorprendió la dificultad que tenía para encontrar algún recuerdo nítido.

—Eh… bueno, recuerdo el día que pusiste las luces de Navidad y nos dejaste a todos a oscuras… —se mordió el labio—. Bueno, no lo

recuerdo exactamente, pero como todo el mundo me ha hablado de ello…

—¿Y?

—Y recuerdo también que mi padre me llevaba a veros jugar al fútbol y que una vez te echaron por empezar una pelea —sonrió—. ¡Cómo se puso tu padre! Se enfadó casi tanto como cuando te suspendieron por haber llevado bebidas alcohólicas a un baile del colegio.

—No parecen cosas propias de una persona responsable…

—Quizá no. pero los niños hacen ese tipo de cosas.

—¿Has oído que alguna vez las hiciera Steve?

—No, pero sé que normalmente iba contigo…

—Sí, eso es cierto. A veces intentando hablar conmigo para evitarme problemas, pero la mayor parte de las veces intentando sacarme de los líos en los que me había metido o procurando cubrirme —sacudió la cabeza con tristeza—. Steve era el responsable, no yo. Éramos tan distintos como el día y la noche, pero él me comprendía mejor que nadie. Fue él el que convenció a mi padre de dejarme ir a la universidad a estudiar arquitectura no era tirar el dinero.

—Pero si Bob siempre ha estado muy orgulloso de ti… Me cuesta creer que no quisiera que fueras a la universidad.

—Pues créetelo. En aquel entonces, mi relación con mi padre era muy tensa, pero Steve consiguió convencerlo —repitió con expresión distante.

—¿Y qué habría pasado si no lo hubiera conseguido?

—Me habría ido de casa.

—¿Y habrías trabajado durante el día y estudiado por las noches?

Ryan sonrió con pesar.

—Lo dudo. En aquella época no era una persona ni responsable ni con una gran disposición hacia el trabajo. En realidad ésa era la razón por la que me atraía tanto la universidad: horario de clases y tutorías durante el día, y fiestas durante la noche.

—No te creo.

—Pues es la verdad.

—¿De verdad? ¿Entonces qué santo hizo el milagro de convertirte en un estudiante ejemplar y en una persona de moralidad intachable?

—No fue ningún milagro —respondió con brusquedad—. Fue una tragedia, una tragedia que podría haberse evitado si yo no hubiera estado siempre tan obsesionado con pasármelo bien.

Se interrumpió, pero Kirrily no quería presionarlo. Esperó en silencio a que continuara.

—No sé por qué, pero Jayne y él habían discutido y Steve no había podido convencerla para que viniera con nosotros al pub. Teníamos un acuerdo entre los tres, conducíamos por turnos. Aquel día le tocaba a Jayne, pero como ella no estaba, tenía que conducir yo —se calló y se frotó los ojos—. Recuerdo que le dije de mala manera que como era el novio de Jayne, era él el que debía sustituirla. Steve me pasó las llaves sonriendo y me dijo que me tocaba a mí porque era mi hermana.

—Más o menos yo ya había aceptado conducir, hasta que empezó a ser evidente que una rubia explosiva que habíamos conocido en el pub estaba más interesada en Steve que en mí. ¡En Steve! Y él estaba tan loco por mi hermana que ni siquiera era capaz de darse cuenta de que me estaba quitando a una chica.

Kirrily se dijo que, o bien su hermano era mucho más guapo de lo que ella recordaba, o aquella rubia debía estar ciega.

—El caso fue que, cuanto más herido sentía mi ego, más bebía. Y cuando apareció el ex-novio de la rubia y empezó a discutir con ella, yo estaba dispuesto a dar la vida para que se fijara en mí. Lo único que recuerdo de aquella pelea es que aterricé en el suelo al primer puñetazo… Lo siguiente fue que me desperté en un coche volcado y oliendo a gasolina.

—Eso —continuó—, y observar a Steve sabiendo que la persona que más quería en el mundo estaba muriendo en mis brazos. Él me había salvado el pellejo sacándome del pub, y yo no podía salvarlo a él…

—Oh, Dios mío…

Aunque Kirrily sabía que había sido Ryan el que había sacado de los restos del coche a su hermano, jamás había considerado el impacto que aquel acontecimiento había tenido en su vida. Mientras que en sus padres y en Jayne había sido patente la conmoción causada por aquella muerte, siempre había pensado que Ryan la había superado sin excesivos problemas. Qué equivocada estaba.

Comprendió entonces que Ryan no sólo se culpaba de lo que había sucedido, sino que también había asumido las responsabilidades que le hubieran correspondido a Steve si hubiera vivido: Jayne, el negocio de la familia, ella…

—Él fue consciente en todo momento de que estaba intentando sacarlo del coche antes de que se incendiara. Conseguí alejarlo del coche. No explotó pero. Dios mío, cómo olía. Jamás lo olvidaré —respiró hondo, como si quisiera llenarse del aire limpio de su despacho—. La gente empezó a salir de sus casas; oía las sirenas en la distancia y le dije a Steve que aguantara, que ya venía la ambulancia. «Estupendo», me dijo, «seguro que la necesitas». Estaba tan lúcido que yo pensé que no estaba tan grave como al principio me había parecido. Incluso cuando me pidió que le dijera a Jayne que sentía que hubieran discutido y que la quería, le contesté que podría hacerlo él mismo y que yo no me iba a dedicar a solucionar sus problemas sentimentales. Y cuando te mencionó a ti…

—¿A mí? —preguntó la joven, conteniendo a duras penas su emoción.

—Me dijo que quizá fuera como pedirle a un ciego que ayudara a cruzar la calle a otro ciego, pero que te vigilara. «Creo que mis padres no van a poder con ella», me dijo, «y creo que ya es hora de que dejes de hacer el tonto con las rubias». Yo pensaba que si era capaz de bromear debía de estar mejor de lo que parecía. Pero no lo estaba. Murió antes de que llegara la ambulancia.

—Oh. Ryan…

El sollozo estrangulado con el que pronunció su nombre y las lágrimas que corrían por las mejillas de Kirrily le causaron un dolor que nunca había imaginado pudiera sentir. El primer impulso fue el de acercarse a consolarla, pero comprendió que era la última persona que debería hacerlo; sabiendo lo que sabía Kirrily después de aquella confesión, su propia existencia sólo serviría para

aumentar su sufrimiento.

—Entonces eso es lo que habéis estado ocultándome durante todos estos años —musitó Kirrily cuando por fin alzó la cabeza—. ¿Lo sabe Jayne?

—Sí.

—Pero ella todavía sigue culpándose por lo que sucedió.

—No fue culpa suya, Kirrily…

—¡Ya lo sé! Pero tampoco fue culpa tuya.

—Se suponía que yo tenía que…

—¡No! —negó con vehemencia—. Jayne cree que debería haber sido ella la que debería haber ido conduciendo. Tú mismo has dicho que le tocaba a ella.

—Déjalo. Kirrily, culpar a Jayne no va a devolverle a Steve la vida.

—¡Por supuesto que no! —afirmó ella—. Maldita sea, Ryan, no estoy intentando culpar a Jayne. ¿Por qué iba a tener que hacerlo cuando se ha pasado los últimos quince años castigándose? Igual que tú.

—Estás diciendo tonterías.

—¿Pero qué demonios os pasa a los Talbot? Jayne estaba tan desesperada intentando reparar su supuesta culpa por la muerte de Steve y conservando vivo su recuerdo que tuvo un embarazo psicológico y después se convirtió en una especie de reclusa. Y tú… tú, Ryan —rodeó el escritorio y se dirigió hacia él—, ¡y tú intentaste convertirte en Steve!

—Ya te he dicho que estás diciendo tonterías.

—¿Yo? ¿Entonces por qué renunciaste a formar parte de una de las más importantes firmas de arquitectos del país para dedicarte a dirigir Talbot cuando tu padre se retiró?

—Siempre se había pensado que yo me haría cargo de la empresa…

—No, siempre se había esperado que fuera Steve el que terminara dirigiéndola. De la misma forma que se esperaba que estuviera aquí para atender a Jayne y ser un hermano mayor para

mí. Creo que los más sorprendidos fueron nuestros propios padres cuando dijiste que querías hacerte cargo de la Talbot. Recuerdo que comentaban que te daban dos años como mucho antes de que te dedicaras a lo que realmente te gustaba: la arquitectura.

—Entonces se equivocaron, ¿no?

—No, maldita sea, no se equivocaron. Tú odias lo que estás haciendo. ¡No lo niegues! —explotó, cuando lo vio abrir la boca para protestar—. He visto los diseños que tenías en tu casa, he pasado gran parte de la semana estudiándolos y…

—¿Y qué?

—Son muy buenos. Excelentes, de hecho.

—Tú eres una actriz, Kirrily. No sabes suficiente sobre arquitectura como para emitir un juicio de ese tipo.

—Quizá no, pero te conozco. Y cada uno de esos proyectos dice mucho sobre ti, Ryan.

—Déjalo, Kirrily, no son más que unos dibujos.

—Son tus sueños, Ryan.

Ryan soltó una dura carcajada. —Pues si son mis sueños, no son más que quimeras.

—¿Pero es que no te das cuenta? No tienen por qué ser quimeras. Eres un arquitecto brillante: estoy segura de que si lo intentaras podrías vender esos proyectos mañana mismo. Pero no lo vas a hacer, porque no es eso lo que quieres, ¿verdad?

—Dímelo tú, parece que lo sabes todo.

—Sí, lo sé. Jamás venderás esos proyectos porque no puedes soportar la idea de que alguien a quien realmente no le importan haga una chapuza con esos diseños. Si alguna vez decides construir alguna de esas casas para venderla, lo harás casi con tus propias manos, estoy segura de que pondrás en ella tanto esfuerzo y cuidado como lo has puesto en la tuya.

—Lo cual sería un auténtico fracaso comercial, teniendo en cuenta que todavía no he podido terminar la única que he empezado. Nada de lo que has dicho resulta práctico. Me involucré tanto en el trabajo de mi casa porque era una inversión personal.

—Para ti, construir también es una especie de terapia emocional —lo contradijo—, porque la frustración de estar dedicándote a un trabajo que podría hacer cualquier constructor medianamente inteligente te está volviendo loco.

—Puedes creer lo que quieras. Kirrily; eso no altera el hecho de que hace quince años mi egoísmo no sólo causó la muerte de Steve, sino también un dolor irrevocable para la gente que tanto a él como a mí más nos importaba. Te juro que jamás voy a hacer nada que pueda suponer un sufrimiento para esa gente. He asumido responsabilidades hacia nuestros padres, hacia Jayne, hacia…

—¡Cierra la boca y deja de hablar de responsabilidades hacia los demás! ¿Qué ocurre con la responsabilidad hacia ti mismo? Como tú mismo has dicho, el dolor es irrevocable. Ryan, tú no eres Dios, tú no podías saber que iba a ocurrir ese accidente, en caso contrario seguro que te habrías puesto tú al volante.

—No, maldita sea, no podía saberlo! Pero sé que las circunstancias en las que murió Steve se interpondrán siempre entre nosotros y, antes o después, terminarás odiándome por lo ocurrido —viendo su dolor, Kirrily se acercó a consolarlo, pero él la rechazó —. Déjalo, Kirrily. Tu perdón sólo sirve para hacer que me sienta más culpable.

—Te resultaría más fácil que te aborreciera, ¿verdad? Sí, supongo que sería más fácil, sabrías como enfrentarte a ello. Al fin y al cabo has estado aborreciéndote durante años. Durante todos estos años, no sólo has asumido el papel de protector, sino también el de mártir, negándote a ti mismo todos tus sueños y ambiciones. Y ahora… bueno, ahora te has propuesto alcanzar nuevas cotas negándote el amor, mi amor.

Para desesperación de Kirrily, Ryan permanecía impasible.

—¡Maldita sea, Ryan! Admítelo, ¿por qué no lo admites?

Como Ryan permanecía obstinadamente en silencio. Kirrily comprendió que ya no podía decir ni hacer nada más. Maldiciendo las lágrimas que cegaban su visión, se acercó a la puerta y la abrió.

—He hecho muchas tonterías en mi vida, pero enamorarme de ti Ryan Talbot, es la mayor de todas. Aun así, no pienso darte la satisfacción de odiarte. Sólo espero que te atragantes con tus estúpidas reglas, tus preciosas responsabilidades y tu complejo de

culpabilidad.

El portazo que dio a la salida fue más sonoro que el que había dado al llegar.

Capítulo 15

Ryan permanecía sentado detrás de su escritorio, sintiéndose como si estuviera en una especie de túnel emocional, atrapado en medio de una sensación de alivio por haber podido desahogarse y la desesperación de saber que había sacado a Kirrily para siempre de su vida.

Al principio, no le había contado la verdad sobre lo que le había ocurrido a Steve por miedo a hacerle daño. Más tarde, bueno, simplemente se decía a sí mismo que se lo diría cuando llegara el momento oportuno y, por supuesto, había encontrado múltiples excusas para retrasarlo… Pero la verdad era que, durante aquellos años, había pasado de ser un bien intencionado e ingenuo jovencito a transformarse en un egoísta y cobarde capaz de engañarse a sí mismo. Conscientemente, se había negado a reconocer que Kirrily había pasado de ser una niña de nueve años a la que se suponía debía de orientar en la vida, para transformarse en una mujer atractiva e inteligente, capaz de valerse por sí misma.

Pero su subconsciente y su corazón habían sido más astutos, habían sabido que lo que él estaba intentando interpretar como simple lujuria era, en realidad. Amor con mayúscula, del tipo de «hasta que la muerte nos separe».

Y había sido él el que había dejado que la muerte los separara. Desde hacía ya quince años.

Ryan se había jurado muchas veces que si alguna vez se enamoraba seriamente de alguna mujer, le contaría la verdad sobre lo que había sucedido y pensaba que si ella lo amaba, lo entendería y perdonaría.

Y Kirrily lo había entendido. Kirrily le había entendido mejor que nadie. Mejor que él mismo. Le había dicho que no tenía nada que perdonarlo. Que no lo odiaba, pero que enamorarse de él era lo más estúpido que había hecho en su vida. Y probablemente lo fuera, pensó. ¡Pero mucho más estúpido era haber dejado que Kirrily se fuera para siempre de su vida!

—¿Dónde están mis llaves? —se preguntó en voz alta, buscándolas por su escritorio—. Las ha dejado por aquí… —vaya,

por lo visto Kirrily tenía su coche. No importaba, decidió, corriendo hacia la puerta; utilizaría la furgoneta de la empresa.

Corrió hacia la puerta y, al abrirla, chocó contra una montaña de músculos.

—Maldita sea. Nichols, ¿qué quieres ahora?

—He venido ha hablar contigo sobre la fontanería de un dúplex, pero a juzgar por la forma en la que cierta jovencita ha salido hace unos minutos de tu oficina, supongo que no llego en un buen momento, ¿no?

—Tienes toda la razón —Ryan se acercó al escritorio de una de sus representantes de ventas—. Julie —dijo, ignorando la sonrisa divertida de Nichols—. ¿Dónde demonios están las llaves de la furgoneta?

—Creo que están en el mecánico, con la furgoneta. Le estaban haciendo algunos cambios en el motor, ¿no se acuerda?

Ryan soltó tal obscenidad que podrían haberse caído las paredes, pero apenas consiguió sacar una sonrisa de Trevor Nichols.

—Llévate mi coche. Talbot. Un Bronco rojo que está en el aparcamiento. Llamaré a uno de mis aprendices para que venga a buscarme.

La sorpresa, retrasó momentáneamente la reacción de Ryan, pero casi inmediatamente sonrió, agarró las llaves que Nichols le ofrecía y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias. ¡Te debo una!

—Me basta con que me invites a la boda para que pueda besar a la novia sin miedo a que me rompas la nariz como a Rick. Cuando pasó la señal que indicaba que estaba llegando a Central Coast, un barrio de Avoca en el que vivían los padres de Kirrily, a Ryan empezó a latirle violentamente el corazón.

Kirrily tenía que estar allí. ¡Tenía que estar allí! Habían pasado ya ocho horas desde que había salido de su oficina, y ya no le quedaba ningún lugar en el que mirar.

Había mirado en su propia casa, por si había ido allí a hacer las maletas, en el aeropuerto, por si había decidido volver a Merlboume, había vuelto a Bowral, por si había optado por volver a

la casa en la que habían pasado la última semana y al final había llegado a la conclusión de que lo más normal era que se hubiera ido a casa de sus padres.

Al oír un estrépito de cristales y chatarra, Kirrily se asomó a la ventana que daba al camino de entrada a la casa.

—¡Oh, no! —se lamentó la joven al ver el coche que acababa de estrellarse contra el Jaguar de Ryan—. No me lo puedo creer.

Rezando para que se tratara de una alucinación, corrió a la puerta de la entrada.

—Por favor, que sean imaginaciones mías —rezó en voz alta, asomándose con los ojos cerrados a la barandilla del porche—. Dios mío, cuando abra los ojos, no me dejes descubrir que Trev Nichols se ha cargado toda la parte trasera del coche de Ryan.

Pero al abrir los ojos se dio cuenta de que Dios debía de estar de vacaciones.

—¡Aag! —gritó—. Trevor, maldito idiota, ¿qué demonios has hecho?

—El idiota no es Trevor, sino yo.

—¡Ryan! ¿Qué…? ¿Cómo…? —sabía que parecía incoherente, pero al menos era algo más consistente que lo que sentía.

Su pulso latía a una velocidad inusual, a la vez que se habían apoderado de ella el miedo de verlo aparecer y el alivio de que no estuviera herido. —Supongo que no he pisado suficientemente los frenos —comentó Ryan mientras se acercaba a ella—. Ya sabes… no estoy acostumbrado a ese coche.

—¿Qué… qué estás haciendo? —Kirrily sacudió la cabeza y comenzó otra vez—. ¿Qué estás haciendo con el coche de Trevor?

—¿Quieres decir además de participar en un derby de demolición de coches en el camino de casa de tus padres?

—¡Ryan! ¿Cómo puedes bromear sobre lo que has hecho? —se le quebró la voz cuando Ryan le enmarcó el rostro con las manos. Completamente paralizada por la cercanía de Ryan, lo sintió, más que oírlo, susurrar su nombre.

—Lo que le hecho al coche se puede solucionar. Pero me preocupa más el daño que nos he hecho a nosotros, a nuestro

futuro.

La emoción que se adivinaba en su voz y la reverencia con la que le acariciaba las mejillas mientras estudiaba su rostro llenaron a Kirrily de lo que sólo se podía denominar, una especie de calor espiritual.

—Te amo, Kirrily. Te amo más de lo que nunca he sido capaz de decirte o demostrarte. Para mí vales más que mi propia vida y he sido un estúpido al…

—Chsss. No eres ningún estúpido, Ryan Talbot —sonrió mientras le acariciaba los labios—. La prueba es que yo soy demasiado inteligente para enamorarme de un tonto y estoy completamente enamorada de ti.

—Hace unas horas has dicho que era lo más estúpido que habías hecho en tu vida.

—He dicho muchas cosas que no tenía derecho a decir.

—Tenías derecho a decirlas porque eran verdad. He dejado que el sentimiento de culpabilidad dominara toda mi vida. Lógicamente, siempre he sabido que el accidente fue precisamente eso, un accidente. Pero no puedo evitar preguntarme si…

Juró suavemente, antes de enterrar el rostro en su pelo e, instintivamente, Kirrily se estrechó contra él. Sabía que Ryan todavía necesitaba tiempo, que no podía liberarse del pasado fácilmente, pero al menos, ya se había dado cuenta de que no era un error intentarlo.

—No sólo te amo, Kirrily —le dijo Ryan con una voz llena de emoción—. Te necesito, necesito que me ayudes a poner mi vida en orden. Necesito que estés a mi lado, que compartas la vida conmigo.

—¿De verdad? —le preguntó Kirrily, decidida a aguijonearlo para que volviera a la normalidad—. ¿Eso significa que me estás ofreciendo un contrato indefinido en el departamento de contabilidad de Talbot?

—Bueno… Podría acostumbrarme al trabajo…

—¡Maldita sea, Kirrily! —estalló Ryan sacudiéndola ligeramente por los hombros—. ¡No estoy hablando de la empresa! ¡Estoy haciéndote una propuesta y lo sabes!

—Oh —exclamó Kirrily fingiendo sorpresa—. El problema es que siempre me había imaginado que el hombre que me pidiera que me casara con él lo haría, por lo menos, con una sonrisa en los labios —le rodeó el cuello con los brazos—. De hecho, creo que esa sonrisa es esencial para conseguir por mi parte una respuesta afirmativa.

El brillo de diversión que apareció en los ojos de Ryan, fue motivo de una carcajada.

—¿Eso quiere decir que sí? —le preguntó Ryan.

Kirrily se alejó de él y adoptó una expresión pensativa.

—¿Decir que sí significa que tengo derecho a poner algunas de las reglas de nuestro matrimonio?

—Eso depende —musitó Ryan contra su cuello—, de cuántas me toque a mí cumplir.

—Sólo una —susurró Kirrily, poniéndose de puntillas para estar más cerca de su rostro.

—¿Y cuál es?

—Que no dejes de amarme nunca.

—Eso está hecho —contestó Ryan. Bajó lentamente la cabeza y la besó, despertando en Kirrily una miríada de sentimientos que ni siquiera se había imaginado nunca que existieran.

Fin